

Han Kang

ACTOS HUMANOS

Traducción de Sunme Yoon

Paratextos de Mar Abad y Álvaro Colomer

**Espero que tú me guíes a partir de ahora.
Que me lleves a la claridad, a donde brilla
la luz, a donde se abren las flores.**

**El chico de cuello largo y ropa liviana
camina por el sendero entre las tumbas
cubiertas de nieve. Yo sigo sus pasos.
A diferencia de la ciudad, en este lugar
todavía no se ha derretido la nieve.
La nieve acumulada moja los dobladillos
de sus pantalones de gimnasia color celeste
y humedece sus tobillos. El chico siente
el frío y se da la vuelta. Me sonrío con los ojos.**



Lectulandia

En mayo de 1980^{l*}1, en la ciudad de Gwangju el ejército surcoreano sofocó a sangre y fuego una sublevación popular, provocando miles de muertos. *Actos humanos* revive esos terribles sucesos a través de las experiencias de siete personajes diferentes: la tortura, el miedo, la angustia de no encontrar a los desaparecidos, el duelo, el sentimiento de culpa del superviviente, las pesadillas, las heridas, las secuelas, los reencuentros... Y el recuerdo de los muertos, su voz y su luz.

Kang Han

Actos humanos

ePub r1.0

Titivillus 28.10.2024

Título original:
Kang Han, 2014
Traducción: Sun-me Yoon

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Actos humanos

Nota

ACTOS HUMANOS

1 Las avecillas

2 El hálito negro

3 Las siete bofetadas

4 Hierro y sangre

5 La pupila de la noche

6 Donde se abren las flores>6

Epílogo.

La violencia, vista desde las profundidades

Hay recuerdos que no cicatrizan nunca

Sobre el autor

Notas

Nota

소녀의 일기

176
여러 사람

비가 올 거 같아.
 비는 내리는데 조금씩만.
 정말 비가 쓸려와도 / 7월 24일.
 비는 하늘 가는데 뜨고 도망 가는 은하나 별들을 지켜
 볼까. 하늘에 가만 서서로 볼까. 바람이 한숨이
 드려서라도 가만 가만하. 우리 천국이 숨어 있는 비
 방울들이. 그래서 하늘에서 내려와, 하늘도 보지 않게
 하늘이 내리 바람이 아니라 하늘 가만하.
 비는 하늘 크게 떠날까. 우리 내리 가는데 뜨고
 떠날까. 나뭇잎이 흔들려 날아가. 그제서
 안개는 사라져야 사라져야. 비로만 바람이 불려야.

Primera página del primer capítulo del manuscrito original

*Yo me quedé mirando en silencio
los bordes de las llamas
que se agitaban como alas translúcidas.*

¿Cuánto tiempo se quedará el alma junto a su cuerpo?
¿Aleteará como si fuera un pájaro?
¿Agitará el borde de la vela?

Lee este libro solo si tienes fuerzas para convertirte en víctima. ¿Y por qué ibas a hacer tal cosa? Pues porque necesitas creer que vives en un mundo en el que la bondad y el candor son capaces de contener la barbarie.

ACTOS HUMANOS

1

Las avecillas

«Parece que va a llover... ¿Y si llueve de verdad?».

Murmuras en voz alta, entrecerrando los ojos y observando los *gingkos*^[1] delante del edificio del Gobierno Provincial^[2], como si de pronto fuera a aparecerse la silueta del viento entre las ramas que se agitan, como si las gotas de lluvia fueran a salir expelidas de los resquicios del aire para quedar flotando en la atmósfera como brillantes gemas cristalinas.

Pruebas a abrir mucho los ojos, pero los contornos de los árboles se ven más borrosos que cuando los mirabas con los ojos entornados. «¿Tendré que ir un día a que me hagan unas gafas?», piensas, y te acuerdas de la cara congestionada de tu hermano mayor, con sus gafas de pasta de color marrón y montura cuadrada, pero enseguida la imagen se vuelve opaca y es tapada por los gritos y aplausos que provienen del lado de la fuente^[3]. Tu hermano te había contado que en verano las gafas se le resbalaban de la nariz todo el tiempo y que en invierno se empañaban los cristales en los lugares cerrados y no podía ver nada. ¿No habría alguna forma de evitar que la vista empeore para no tener que usarlas?

—Hazme caso, te lo estoy diciendo de buena manera. ¡Vamos inmediatamente a casa!

Agitas la cabeza para sacudirte la voz enfadada de tu hermano. A través de los altavoces instalados delante de la fuente, se escucha la voz aguda y retumbante de una mujer joven que ha cogido el micrófono. Desde los escalones del polideportivo donde estás sentado, no se ve la fuente. Para ver el homenaje fúnebre, aunque sea de lejos, tendrías que ponerte de pie y dar la vuelta al edificio por la derecha. En lugar de eso, prestas atención a la voz de la mujer.

—¡Amigos, están llegando los cuerpos de nuestros conciudadanos que estaban en el Hospital de la Cruz Roja!

Dirigidos por ella, todos comienzan a entonar el himno nacional^[4]. Las voces superpuestas de miles de personas forman una torre de altura kilométrica que tapa por completo a la mujer. Tú también tarareas en voz baja la música, que después de alzarse grávida y contundente hasta el clímax, desciende con determinación.

¿Cuántos cuerpos habrán llegado del Hospital de la Cruz Roja? Cuando se lo preguntaste a Jinsu esta mañana, te contestó con parquedad que unos treinta. Mientras el estribillo de la solemne canción volvía a levantarse como una torre interminable para precipitarse a continuación, treinta ataúdes serían descargados uno a uno del camión y serían puestos al lado de los veintiocho que tú y tus compañeros trasladasteis esta mañana desde el polideportivo hasta la fuente.

Veintiséis de los ochenta y tres ataúdes que estaban en este edificio no habían recibido todavía el homenaje colectivo, pero ayer por la tarde vinieron dos familias y reconocieron dos cuerpos, por lo que fueron depositados en cajones a toda prisa y finalmente terminaron siendo veintiocho ataúdes. Tú anotaste en el libro de registros sus nombres y los números de los féretros, uniendo con un gran corchete todo el grupo de la lista bajo el encabezamiento de «Homenaje fúnebre n.º 3». Lo hiciste así porque Jinsu te dijo que había que ser muy concienzudo con las anotaciones para que no ocurriera que el mismo ataúd recibiera dos veces el acto de homenaje.

—Puede venir alguien en cualquier momento, así que quédate aquí.

Fue lo que te dijeron antes de irse todos al acto, dejándote solo por ser el de menor edad. Los familiares, que habían velado a los cuerpos durante noches, se pusieron una cinta negra en el lado izquierdo del pecho y salieron andando pesadamente detrás de los ataúdes como muñecos de trapo rellenos de arena. Eunsuk fue la última en irse y te sonrió, mostrando ligeramente sus dientes irregulares, cuando le dijiste que no se preocupara, que se fuera de una vez. Debido a que le sobresalían los dientes, su expresión se tornaba juguetona cuando esbozaba una sonrisa incómoda porque se sentía turbada o culpable.

—Voy a ver solamente el principio y vuelvo enseguida —dijo antes de irse.

En cuanto te quedaste solo, te sentaste en los escalones de entrada del edificio y pusiste sobre tus rodillas el libro de registros con tapas de cartón negro. Sentiste el frío del escalón de cemento a través del delgado pantalón de

gimnasia de color celeste claro que llevabas puesto, así que te abrochaste hasta el cuello la camisa militar y te cruzaste de brazos con firmeza.

Rosas de Sharon^[5], *tres mil millas de espléndidas montañas y ríos...*^[6]

De repente dejas de tararear el himno. Al llegar a la parte de «espléndidas montañas y ríos», te acuerdas del ideograma «espléndido»^[7] que memorizaste en la clase de escritura china. Ese ideograma, que ya no estás seguro de poder escribir correctamente, estaba compuesto de numerosos trazos que querían decir «flores hermosas». ¿Significaba entonces que eran montañas y ríos con espléndidas flores o que eran montañas y ríos espléndidos como una flor? Sobre el recuerdo del ideograma, se superponen las malvarrosas que en verano crecen más altas que tú en el patio de tu casa. Largos y rectos tallos que florecen en lo alto como platos^[8] de tela blanca... Quieres acordarte mejor de ellas y cierras los ojos. Al entreabrirlos ligeramente, los *gingkos* que están delante del edificio del Gobierno Provincial siguen agitándose al viento. Ni una sola gota de lluvia ha saltado todavía de los resquicios del viento.

* * *

Ya se ha acabado el himno, pero parece que no han terminado de retirar los ataúdes. Se escucha vagamente a alguien que solloza a viva voz en medio del sordo runrún de la multitud. Quizá para ganar tiempo, la mujer del micrófono propone que ahora canten todos el *Arirang*^[9].

*El amado que se ha ido abandonándote
enfermará de los pies antes de caminar diez millas...*^[10]

—Guardemos un minuto de silencio por las almas de los que se han ido —dice la mujer del micrófono al aplacarse el llanto.

En el instante en que se acalla de pronto el rumor de las miles de personas reunidas, te sorprendes de la calma que había a tu alrededor y que ahora queda al descubierto. En lugar de sumarte al minuto de silencio, te levantas con el libro de registros bajo el brazo y subes los escalones hacia la puerta del edificio, que está entreabierta. Sacas una mascarilla del bolsillo y te la pones.

«No sirve de nada quemar cera», piensas al entrar en el polideportivo aguantando el fuerte hedor. Como el día está nublado, dentro parece que ya hubiera anochecido. Cerca de la puerta de entrada están alineados en orden

los ataúdes que ya han recibido el homenaje fúnebre; y debajo del gran ventanal hay treinta y dos cuerpos cubiertos con sábanas blancas que todavía no han sido reclamados por ningún familiar. Junto a sus rostros se queman lentamente las velas, apoyadas en lo alto de botellas de gaseosa vacías.

Vas caminando hasta el fondo del pabellón. Se ven las siluetas alargadas de los cuerpos tendidos en un rincón. Están cubiertos hasta la cabeza con sábanas blancas y sus rostros se muestran brevemente solo a las personas que están buscando a mujeres jóvenes o niños, pues los cuerpos están cruelmente destrozados.

El que está en peor estado es el que está ubicado al fondo y en el último lugar. Cuando lo viste por primera vez, era el cuerpo de una muchacha de complexión pequeña y de alrededor de veinte años, pero se ha hinchado al irse descomponiendo y ahora tiene el tamaño de un varón adulto. Cada vez que levantas la sábana para mostrarla a quienes están buscando a su hija o a su hermana, te sorprendes de lo rápido que se descompone. La frente, el ojo y el pómulo izquierdos, el mentón, el lado izquierdo de su pecho desnudo y la cintura presentan heridas cortantes hechas con una bayoneta. El lado derecho del cráneo está hundido como si hubiera recibido un bastonazo, y el cerebro está a la vista. Estas lesiones visibles fueron las que comenzaron a corromperse primero y le siguieron después los hematomas del torso. Los dedos de los pies, cuyas uñas lleva pintadas con esmalte transparente, estaban intactos porque no habían sido lastimados, pero con el tiempo se han ennegrecido y se han vuelto gruesos como rizomas de jengibre. Lleva una falda plisada y con lunares que al principio le llegaba hasta los tobillos, pero ya no alcanza a tapar las rodillas hinchadas.

Caminas hacia la entrada del pabellón y tras sacar algunas velas nuevas de la caja que está debajo de la mesa, te diriges de nuevo a la última mujer del fondo. Acercas la mecha de la nueva vela al pabito mortecino que arde cerca de su cabeza. Al prenderse la mecha de algodón, apagas de un soplo el cabo de la vela gastada, lo quitas con cuidado de la botella para no quemarte y colocas en su lugar el nuevo cirio.

Te quedas un rato inclinado con el cabo de vela todavía caliente en la mano. Observas la llama de la vela aguantando el hedor cadavérico, que parece capaz de hacerte estallar la nariz. La zona externa de la flama de color claro, que dicen que quema el mal olor, arde temblando con fuerza. La interna, de color naranja, ondea tibiamente subyugando la vista. Todavía más adentro, puedes ver la llama azulada que rodea la mecha y palpita con la forma de un minúsculo corazón o del centro de una manzana.

Ya no puedes seguir aguantando el olor y te enderezas. Al dar una vuelta por la sala ensombrecida, te parece que las llamas oscilantes de las velas junto a la cabecera de los muertos te observan como pupilas silenciosas.

«¿A dónde irán las almas cuando se mueren los cuerpos?», piensas de pronto. «¿Cuánto tiempo se quedarán junto a él?».

Después de revisar bien que no hay más velas que cambiar, te diriges hacia la puerta.

«Cuando una persona viva observa el cuerpo de un muerto, ¿estará también al lado el alma observando su propio cuerpo?».

Echas un último vistazo antes de salir del polideportivo. No se ven las almas por ningún lado. Solo están los cuerpos tendidos en silencio y el terrible hedor cadavérico.

* * *

Al principio todas esas personas estaban tendidas en el pasillo de la sala de atención al público del edificio del Gobierno Provincial. Te quedaste mirando en silencio cómo una chica algo mayor que tú, vestida con el uniforme de verano de solapas anchas del instituto femenino Speer^[11], y otra chica de edad parecida limpiaban con un trapo húmedo los rostros cubiertos de sangre y trataban de extender a la fuerza los brazos contraídos de los cadáveres para pegárselos al cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —te preguntó la chica de uniforme, bajándose la mascarilla hasta el mentón. Tenía unos ojos redondos y graciosos que le sobresalían ligeramente de la cara y estaba peinada con dos trenzas de las que se le escapaban en abundancia los cabellos rizados, que tenía pegados en la frente y las sienes por el sudor.

—Estoy buscando a un amigo —le respondiste, bajando la mano con la que te tapabas la nariz para no oler la sangre.

—¿Has quedado en encontrarte aquí con él?

—No, quería ver si estaba entre estas personas...

—Búscalo entonces.

Repasaste sistemáticamente las caras y los cuerpos de la veintena de personas que estaban tendidas a ambos lados del pasillo. Hubieras debido mirarlas con atención para cerciorarte, pero era imposible fijar la vista por mucho tiempo y parpadeabas todo el rato.

—¿No está? —te preguntó, enderezándose, la joven que llevaba una camisa de color verde limón arremangada hasta los codos.

Habías imaginado que era de la misma edad que la chica de uniforme, pero al verle la cara cuando se bajó la mascarilla, supiste que debía de tener más de veinte años. Tenía la piel pálida y amarillenta, y el cuello muy delgado, lo que le daba un aspecto frágil, pero tenía una mirada sólida y su voz también era firme.

—No está aquí...

—¿Has ido a los hospitales de la Universidad Nacional de Chonnam^[12] y de la Cruz Roja?

—Sí.

—¿Dónde están sus padres? ¿Por qué lo estás buscando tú?

—Solo tiene a su padre, pero está en Daejon. Vive con su hermana mayor en un cuarto alquilado de mi casa.

—Todavía no se puede llamar fuera de la ciudad, ¿verdad?

—No, no se puede y eso que lo he intentado varias veces.

—¿Y dónde está la hermana de tu amigo?

—Ella no volvió a su casa el domingo, por eso mi amigo y yo habíamos salido a buscarla. Un vecino me dijo que había visto cómo una bala alcanzaba a mi amigo ayer cuando los soldados estuvieron disparando cerca de aquí.

Sin levantar la cabeza de su tarea, la chica de uniforme escolar se metió en la conversación:

—¿No estará en el hospital, entre los heridos?

—No, se hubiera puesto en contacto conmigo como fuera porque sabe lo mucho que nos preocupamos —respondes tú, sacudiendo la cabeza.

—Entonces vuelve dentro de unos días. Dicen que van a traer todos los cuerpos aquí porque son tantas las personas tiroteadas que en las morgues de los hospitales ya no queda sitio —te sugirió la joven de camisa verde limón.

La chica de uniforme acabó de limpiarle la cara a un joven que tenía la nuez de Adán afuera porque le habían rajado la garganta con una bayoneta y luego le cerró los ojos, que tenía muy abiertos, presionando los párpados con la palma de la mano. A continuación, lavó el trapo en una palangana y lo escurrió con fuerza. Cayó un chorro de agua ensangrentada que salpicó fuera del recipiente. La joven de camisa verde limón se irguió cogiendo la palangana y te dijo:

—¿Tienes tiempo? ¿Podrías ayudarnos solo por hoy? Nos hace falta gente. No es difícil el trabajo... Solo tienes que cortar trozos de ese lienzo blanco que ves allí y tapar los cadáveres. Si viene alguien para ver los cuerpos como lo has hecho tú, se los muestras levantando la tela. Tienen las caras muy

dañadas, así que hay que mostrarles también la ropa que llevan puesta y el resto del cuerpo para que puedan reconocerlos.

* * *

Desde aquel día formas un equipo con esas chicas mayores que tú. Eunsuk, tal como lo suponías, va al instituto de chicas Speer y está en tercer año. Seonju, la de la camisa verde limón arremangada, manejaba la máquina de coser en una sastrería de la calle Chungjang-ro, pero se ha quedado sin trabajo, pues los dueños se han marchado con su hijo universitario a la casa de un pariente que vive en un pueblo del interior. Ambas por separado habían escuchado por los altavoces de la calle que se moría la gente porque faltaba sangre y se habían acercado al Hospital de la Universidad Nacional de Chonnam para donarla. Allí se habían enterado de que también hacía falta gente para trabajar en el Gobierno Provincial, donde la ciudadanía se estaba organizando por propia iniciativa, y al llegar allí, antes de darse cuenta ya estaban encargándose de los cuerpos.

Como en el colegio los bancos de la clase se repartían por orden de altura, a ti siempre te tocaba sentarte en la primera fila. Tu voz se había tornado algo más grave y habías crecido bastante ahora que estabas en tercer año de secundaria, pero seguías sin verte como un chico de tu edad.

Jinsu, que trabaja en el centro de control^[13], preguntó muy sorprendido al verte la primera vez:

—¿Eres de primer año de secundaria? El trabajo es muy duro aquí, mejor vete a casa.

Tenía pliegues bien marcados en los párpados y las pestañas largas y bonitas como las de una muchacha. Estudiaba en una universidad de Seúl, pero había venido a Gwangju al decretarse la suspensión de clases.

—No, estoy en tercer año. Y el trabajo no me parece duro —le dijiste.

Y era cierto, tu trabajo no era duro. Seonju y Eunsuk se ocupaban de poner planchas de madera aglomerada o poliestireno sobre el suelo y extender una lámina de plástico para acomodar encima los cadáveres. Les limpiaban la cara y el cuello con una toalla húmeda, les peinaban los cabellos enmarañados con un peine fino y los envolvían con el plástico para evitar que despidieran olor. Mientras tanto, tú anotabas en el libro de registros el sexo, la edad aproximada, la clase de vestimenta y calzado que llevaban y les asignabas un número. A continuación, escribías el mismo número en un trozo de papel basto y lo fijabas a la ropa de los cuerpos con un imperdible a la altura del pecho. Luego los cubrías hasta el cuello con telas blancas de algodón y, con

ayuda de tus compañeras, empujabas el cuerpo hacia la pared. Como si fuera la persona más ocupada de todo el edificio, Jinsu venía corriendo a buscarte varias veces al día para copiar en grandes carteles los datos identificativos que habías anotado y pegarlos en la puerta de entrada del Gobierno Provincial. A los familiares que entraban después de leer esos carteles o de enterarse por otros medios, les mostrabas los cuerpos alzando los lienzos blancos. Si identificaban a alguno de los muertos, te retirabas un poco para darles tiempo a llorar y gemir sobre el cuerpo. Luego los familiares tapaban con algodón los orificios nasales y los oídos de aquel cuerpo que había sido atendido mínimamente para que no se viera tan horrible, y lo vestían con ropas limpias y en buen estado. Después de amortajarlo de aquella manera simple y depositarlo en un ataúd, el cuerpo era trasladado al polideportivo, dato que también te encargabas de anotar en el libro de registros.

Había algo que no podías entender de todo aquel procedimiento y era que los deudos cantaran el himno nacional en la breve ceremonia fúnebre que se les dispensaba a los cuerpos una vez que eran depositados en sus cajones. También te parecía extraño que extendieran la bandera nacional^[14] sobre los ataúdes y la dejaran bien asegurada con cuerdas.

—¿Por qué les cantan el himno nacional a esas personas que mataron los militares? ¿Por qué las envuelven con la bandera, como si no fuera la misma patria quien las hubiera matado? —preguntaste con cautela.

—Los militares se amotinaron para hacerse con el poder. Tú has visto cómo apaleaban y usaban sus bayonetas contra la gente a plena luz del día, ¿no? Como eso no fue suficiente, dispararon sus armas. Así se les ordenó que hicieran. ¿Cómo se puede considerar *patria* a quienes hicieron semejante cosa? —te respondió Eunsuk, abriendo mucho los ojos.

Te sentiste confuso, como si su respuesta no se correspondiera en absoluto con la pregunta que habías hecho.

Ese día por la tarde hubo más reconocimientos de cadáveres de lo usual, por lo que se hicieron varios amortajamientos al mismo tiempo en el pasillo. Entre los sollozos de los deudos se escuchaba, como en contrapunto, el canto del himno. Conteniendo el aliento, fijaste tu atención en la sutil discordancia que se producía en el choque de ambos sonidos, como si eso pudiera ayudarte a comprender el significado de la palabra *patria*.

* * *

Dos días después, tú y tus compañeras trasladasteis algunos cuerpos que olían excesivamente mal al patio que está detrás de la sala de atención al público,

pues faltaba espacio para ubicar a los muertos que seguían llegando.

—¿Pero y si llueve? —preguntó sorprendido Jinsu, quien como siempre acababa de llegar corriendo del centro de control y recorría con perplejidad el pasillo lleno de cadáveres y con apenas sitio para poner los pies.

—No hay otro remedio porque aquí ya no queda espacio. ¿Qué hacemos si por la noche traen más cuerpos? ¿Cómo está la situación en el polideportivo? ¿No hay algo de espacio allí? —le preguntó Seonju, quitándose la mascarilla.

Antes de que pasara una hora, llegaron cuatro personas enviadas por Jinsu. Debían de haber estado resistiendo en algún sitio porque llevaban rifles al hombro y se cubrían con los cascos que había dejado abandonados la policía antidisturbios. Mientras cargaban en el camión los cuerpos tendidos en el pasillo y en el patio, tú y tus compañeras recogisteis todo lo que hacía falta y fuisteis andando hasta el polideportivo siguiendo al primer camión. Era una mañana radiante. Pasaste por debajo de los *gingkos*, que no acababan de echar aún todas sus hojas, y toqueteaste sin pensar las ramas más bajas, que casi rozaban tu frente.

Eunsuk, que iba delante, fue la primera en llegar y entrar al edificio. Cuando la alcanzaste, estaba contemplando los ataúdes que llenaban por completo el pabellón, apretando con fuerza los guantes de algodón manchados de sangre negruzca. Seonju, que iba detrás de ti, se adelantó y, atándose el pelo que le caía hasta los hombros con un pañuelo, dijo:

—No me di cuenta cuando enviábamos hacia aquí los cajones... Ahora que los veo todos juntos, realmente son muchísimos...

Viste a los familiares, que estaban sentados con las rodillas casi pegadas entre sí, velando a sus muertos. Sobre los ataúdes habían colocado fotos enmarcadas de los difuntos. Había un cajón que tenía en la cabecera dos botellas de Fanta de naranja. Una de ellas lucía un ramo de flores silvestres y la otra, una vela encendida.

Esa noche le preguntaste a Jinsu si podría conseguirte una caja de velas y él te respondió asintiendo con buena voluntad:

—Claro, las velas encendidas mitigarán el mal olor.

Ya fueran telas de algodón, cajones de madera, papel o banderas, Jinsu anotaba en su libreta todo lo que se le pedía y lo traía antes de que terminara el día. Según Seonju, Jinsu iba a comprar todas las mañanas a los mercados Daein o Yangdong; y lo que no conseguía allí, lo encontraba recorriendo las carpinterías, funerarias y tiendas de tela de la ciudad. Todavía quedaba bastante del dinero recolectado durante las manifestaciones y, además, cuando

les decía a los comerciantes que había venido del Gobierno Provincial, le daban todo a precio de ganga o le decían que se lo llevara sin más, de modo que no había mayores problemas para conseguir lo que hacía falta. Sin embargo, también le había contado que se habían agotado todos los ataúdes que había en la ciudad y que, para salir del paso, había tenido que encargar a una carpintería que se los fabricara con planchas de madera aglomerada.

Cuando, a la mañana siguiente, Jinsu trajo cinco cajas de cincuenta velas cada una y una caja de fósforos, recorriste todos los rincones del edificio del Gobierno Provincial para reunir botellas vacías de gaseosa y usarlas como portavelas. Después de encenderlas sobre la mesa que estaba cerca de la puerta y clavarlas en las botellas, los familiares las colocaban delante de los ataúdes. Como había suficientes, se pudieron iluminar también los ataúdes que no eran velados por sus parientes y los cuerpos que aún no habían sido identificados.

* * *

Todas las mañanas entraban nuevos ataúdes al polideportivo, donde habían levantado un altar fúnebre colectivo. Eran los cuerpos de las personas que habían muerto mientras eran atendidas en los hospitales. Cuando los familiares traían los féretros sobre carretillas, con las caras brillantes de sudor y lágrimas, tú te encargabas de hacerles sitio acortando la distancia entre los ataúdes que habían llegado primero.

Al anoecer traían los cuerpos de las personas que habían sido tiroteadas en los enfrentamientos con el ejército en las lindes de la ciudad. Era gente que había muerto en el acto, alcanzada por proyectiles, o mientras era trasladada a los servicios de urgencias. Como acababan de morir, sus cuerpos estaban aún tan llenos de vida que Eunsuk tenía que salir corriendo a vomitar, haciendo un alto en la tarea de volver a meterles las entrañas translúcidas, que se derramaban continuamente. Seonju sangraba con frecuencia por las fosas nasales y cada tanto tenía que echar hacia atrás la cabeza y apretarse con fuerza la mascarilla contra la nariz.

Comparado con el trabajo que hacen ellas, lo tuyo es una tarea fácil. Del mismo modo que lo hacías en la sala de atención al público del Gobierno Provincial, anotas en el libro de registros la fecha y la hora de llegada de los cuerpos y sus señas de identificación. Cortas con antelación los lienzos de algodón del largo adecuado y dejas los trozos de papel traspasados con imperdibles para poder anotar de inmediato los números que les corresponden. También te ocupas de acortar el espacio que hay entre los

cuerpos de los no identificados y entre los ataúdes para hacerles sitio a los que siguen llegando. En las noches que llegan más cadáveres de lo normal, como no hay tiempo ni espacio disponible, juntas todos los ataúdes haciendo coincidir sus esquinas. Entonces te paras a contemplar a todas esas personas muertas que llenan por completo el pabellón y se te ocurre que parecen una muchedumbre que se hubiera dado cita en ese lugar para manifestarse. Con el libro de registros debajo del brazo, caminas entre esa multitud que no grita ni se mueve ni se coge de las manos, sino que simplemente despide un terrible hedor cadavérico.

* * *

«De verdad parece que va a llover».

Es lo que piensas cuando sales del polideportivo e inspiras profundamente. Te diriges al patio trasero para poder respirar un aire más fresco, pero te detienes en la esquina del edificio, diciéndote que no debes alejarte demasiado. Se escucha la voz de un hombre joven hablando a través del micrófono.

—No podemos entregar las armas y rendirnos incondicionalmente como nos ordenan. Antes tienen que devolvernos los cuerpos de nuestros conciudadanos. También tienen que liberar a los cientos de personas que se llevaron detenidas. Sobre todas las cosas, tienen que prometernos que darán a conocer a todo el país lo que realmente ocurrió aquí para limpiar nuestro buen nombre. Solo entonces entregaremos las armas, ¿os parece?

Percibes que se ha reducido bastante el clamor de la multitud que jaleaba y aplaudía. Te acuerdas de la muchedumbre que se congregó al día siguiente de retirarse el ejército. Era un hervidero de gente y hasta había personas subidas a la azotea y la torre del reloj del Gobierno Provincial. Exceptuando los espacios ocupados por los edificios, cientos de miles de personas llenaban las calles libres de vehículos y se agitaban como una ola gigantesca. Entonaron el himno nacional como si elevaran una torre infinita de miles de pisos de altura y sus aplausos parecían miles de petardos explotando en cadena. Ayer escuchaste lo que le decía Jinsu a Seonju con expresión seria. Corría el rumor de que los soldados iban a matar a toda la población si volvían a entrar a la ciudad y, debido al miedo que tenía la gente, se estaba achicando rápidamente el tamaño de la multitud que se congregaba. «Así como están las cosas, tendríamos que ser muchos más para que los soldados no pudieran entrar como se les antoje. Me da mala espina. Cada vez hay más ataúdes, pero la gente sale cada vez menos de sus casas».

—Conciudadanos, ha corrido demasiada sangre. ¿Cómo hacer tabla rasa de toda esa sangre derramada? ¡Las almas de los que se fueron nos están mirando con los ojos bien abiertos!

La voz del hombre al micrófono se desgarró al final de la frase. Tanto escuchar la palabra *sangre* te sofoca y abres la boca para inspirar profundamente.

«Las almas no tienen cuerpo, ¿cómo van a mirarnos con los ojos abiertos?», piensas, mientras te acuerdas de cuando falleció tu abuela materna el invierno pasado. Un resfriado leve que contrajo se convirtió en pulmonía y estuvo casi dos semanas internada en el hospital. La tarde del sábado en que tuviste el último parcial en el colegio, fuiste despreocupadamente a visitarla al hospital con tu madre. Sin embargo, el estado de salud de tu abuela había empeorado de repente, y tú y tu madre estuvisteis a su lado cuando ella exhaló su último suspiro, lo que ocurrió antes de que llegaran tu tío y su esposa, que venían a toda prisa en un taxi.

Cuando eras pequeño e ibas a casa de tus abuelos maternos, tu abuela —quien, hasta donde alcanza tu memoria, siempre tuvo la espalda encorvada casi en noventa grados— te decía en voz baja que la siguieras y tomaba la delantera. Obedeciéndola, entrabas en un cuarto semioscuro que ella usaba como despensa. Sabías que iba a abrir la alacena para sacar dulces de arroz frito^[15] y galletas hechas con frutos secos^[16] que tenía guardados para el ritual de ofrendas a los ancestros^[17]. Cuando le sonreías con todos los dientes y con los dulces en la mano, ella también te sonreía entrecerrando los ojos. Su tránsito al otro mundo había sido tan silencioso como su carácter apacible. De pronto algo parecido a un pájaro se escapó de su rostro, del que solo se podían ver los ojos cerrados y la máscara de oxígeno. Te quedaste de pie, pasmado, contemplando su cara llena de arrugas, que se había convertido en la de un cadáver en apenas un instante, porque no sabías a dónde se había ido esa avecilla.

¿Las almas de los que están en el polideportivo también habrán salido de sus cuerpos como pájaros? ¿A dónde habrán ido esas avecillas asustadas? No crees que sea a ningún lugar exótico, el paraíso o el infierno, como habías escuchado en la escuela dominical a la que fuiste hace mucho tiempo con tus amigos, durante la Pascua, para comer los huevos que repartían. Tampoco te parece que se dediquen a vagar en la niebla vestidos de blanco y con los cabellos enmarañados, como sucede en las viejas películas.

Gruesas gotas de agua comienzan a caer sobre tu cabeza, pelada al rape. Al levantar la cara, caen también sobre tus mejillas y tu frente. Un instante

después se derraman convertidas en lluvia.

El hombre del micrófono grita con apremio:

—Sentaos, por favor. Todavía no ha terminado el homenaje fúnebre. Esta lluvia son las lágrimas que vierten los que se nos han adelantado en el camino de la muerte.

Las gotas de lluvia que entran por el cuello de tu chaqueta militar te arrancan un escalofrío, mojan tu camiseta y se deslizan hasta tu cintura. «Las lágrimas de las almas son frías», piensas. Se te eriza la piel de los brazos y la espalda. Corres y te resguardas bajo el techo de la puerta de entrada. Las gotas de agua rebotan con fuerza en las hojas de los *gingkos* que están delante del Gobierno Provincial. Acurrucado en lo alto de la escalera, piensas en la clase de biología que tuviste hace poco. Te parece de otro mundo esa quinta hora de clase en la que el sol calentaba cansino mientras estudiabas la respiración de las plantas. Escuchaste al profesor decir que los árboles realizan una única respiración al día. Hacen una larga inspiración cuando salen los rayos solares y expiran lentamente el dióxido de carbono cuando el sol se oculta. Sobre las bocas y narices de los árboles, que hacen esa única, dilatada y paciente respiración, cae ahora la lluvia con todo su peso.

Si ese otro mundo hubiera continuado con normalidad, la semana pasada hubieras tenido los primeros exámenes parciales. Como hoy hubiera sido el domingo después de los exámenes, te habrías quedado durmiendo hasta tarde y luego habrías jugado al bádminton con Jeongdae. Del mismo modo que te parece increíble todo lo ocurrido en esta semana, igualmente increíble te parece el tiempo vivido en ese otro mundo.

Ocurrió el domingo de la semana pasada cuando saliste de tu casa para ir a comprar un libro de ejercicios de matemáticas en la librería que está enfrente de tu colegio. Te dieron miedo los soldados armados que llenaban las calles de un modo inusitado, así que fuiste por el camino que bordea el riachuelo. En sentido contrario a ti, venía caminando una pareja que parecía de recién casados. Él vestía traje y llevaba en la mano la Biblia y el libro de himnos, y ella lucía un vestido. Se escucharon varios gritos muy agudos en la calle, que corre más arriba y paralelamente al camino del riachuelo, y de pronto tres soldados que portaban fusiles y blandían bastones bajaron por la pendiente y rodearon a la joven pareja. Parecía que estaban persiguiendo a alguien y habían bajado al camino del riachuelo por error.

—¿Qué pasa? Vamos de camino a la igl...

Antes de que el hombre terminara de hablar, viste lo que es capaz de hacer una mano, una cintura y unas piernas humanas.

—¡Por favor, no me maten! —alcanzó a exclamar el hombre sin aliento.

Ellos siguieron apaleándolo, aunque estaba tirado en el suelo, hasta que su pie, que temblaba convulsivamente, se quedó finalmente inmóvil. No llegaste a ver lo que le pasó a la mujer, que no paraba de gritar y fue cogida de los cabellos, pues subiste a cuatro patas por la pendiente, castañeteando los dientes, y te metiste en la calle, donde se desplegaba una escena todavía más inaudita.

* * *

Te sobresaltas y levantas la vista. Una mano te ha rozado el hombro derecho. Parece el contacto de un espíritu frágil, como si tuviera envueltas las puntas de los dedos con tiras de algodón frío.

—Dongho...

Tiene las trenzas, la chaqueta blanca y los tejanos empapados hasta el dobladillo... Es Eunsuk, que te sonríe, inclinada sobre ti.

—¿Por qué te asustas tanto? —pregunta ella.

Estás pálido y te ríes confuso. «Pero si los espíritus no tienen manos», piensas.

—Iba a volver antes, pero como llovía, me dio cosa levantarme... No quería que los demás se marcharan viendo que yo también lo hacía. Aquí todo bien, ¿no?

—No vino nadie —respondes tú, asintiendo con la cabeza—. Ni una sola persona.

—Más o menos lo mismo en la fuente. Vino muy poca gente.

Eunsuk se sienta a tu lado, poniéndose en cuclillas. Del bolsillo de la chaqueta saca con muchos crujidos un pedazo de bizcocho^[18] y un yogur líquido.

—Nos lo repartieron las señoras de la iglesia, así que traje uno también para ti.

Te habías olvidado de que tenías hambre, pero rompes con premura el envoltorio y te llenas la boca con un enorme mordisco del bizcocho. Eunsuk abre la tapa de papel de aluminio del yogur y te lo ofrece.

—Me quedaré yo a partir de ahora, así que vete a casa y cámbiate de ropa. Parece que ya han venido todos los que tenían que venir.

—Yo casi no me he mojado, vete mejor tú a cambiarte —le respondes, masticando el bizcocho y bebiendo el yogur para no atragantarte.

—Hueles a sudor. Ya has pasado muchos días comiendo y durmiendo aquí.

Te pones colorado. Cuando te aseas en el edificio anexo, también te lavas la cabeza. Y para que no se te pegue el olor a cadáver, todas las noches te bañas con agua fría, que te hace castañetear los dientes, pero al parecer no sirve de mucho.

—Escuché en la reunión que esta noche van a entrar los soldados. Vete a tu casa y no vuelvas por aquí.

Eunsuk baja de repente la cabeza.

Parece que el pelo le cosquillea la nuca. Te quedas mirando en silencio cómo ella junta con la mano los mechones mojados y los saca fuera del cuello de la chaqueta. Se le ha demacrado en pocos días la cara regordeta y graciosa que tenía cuando la viste por primera vez. Te quedas observando sus ojos hundidos y ojerosos, y piensas: «¿La avecilla que se escapa del cuerpo cuando muere alguien, ¿dónde se encuentra cuando la persona está viva? ¿En el entrecejo? ¿Detrás de la cabeza como un halo? ¿Quizá en un rincón del corazón?».

Como si no hubieras escuchado lo que te acaba de decir Eunsuk, te metes el último pedazo de bizcocho en la boca y respondes:

—La que tiene que cambiarse eres tú, que tienes la ropa mojada. ¿Qué importa oler un poco a sudor?

Ella saca otro yogur de su chaqueta y te lo da:

—Come despacio, que no te lo voy a quitar. Este lo había reservado para Seonju...

Lo coges con voracidad. Mientras quitas la tapa de papel de aluminio con las uñas, le sonríes a Eunsuk con todos los dientes.

* * *

Seonju no es de las que se te acercan sin que lo notes y posan suavemente la mano sobre tu hombro. Te llama desde lejos con voz enérgica. Al llegar a tu lado, pregunta:

—¿No ha venido nadie? ¿Has estado solo todo el tiempo?

Súbitamente te tiende un rollo de *kimbap*^[19] envuelto en papel de aluminio. Luego se sienta sobre los escalones junto a ti y come contigo contemplando la lluvia, que está amainando:

—¿Todavía no has encontrado a tu amigo? —Te lanza de repente la pregunta, como si nada. Cuando niegas con la cabeza, sigue diciendo—: Los soldados lo habrán enterrado en alguna parte.

Para bajar mejor el *kimbap*, que comes sin agua, te empujas el pecho con la palma de la mano.

—Yo estuve allí ese día. Los soldados cargaron en los camiones a la gente que estaba delante y había recibido los tiros —sigue diciendo ella.

Al darte cuenta de que va a continuar hablando a su antojo, le tapas la boca y le dices:

—Tú también estás mojada, vete a tu casa a cambiarte. Eunsuk ya se fue a ponerse ropa seca.

—¿Para qué? Si quedaremos empapados de sudor cuando nos pongamos a trabajar al caer la noche.

Ella dobla y vuelve a doblar el papel de aluminio hasta dejarlo del tamaño del dedo meñique y, presionándolo con fuerza en su mano, se queda contemplando las gotas de lluvia. Tiene una expresión de tanta serenidad y fortaleza que te dan ganas de hacerle preguntas.

Sin embargo, titubeas y no las pronuncias en voz alta. «¿De verdad morirán todos los que se queden esta noche? Si eso es lo que va a ocurrir, deberíamos marcharnos todos y dejar el edificio vacío. ¿Por qué algunos se van y otros se quedan?».

Ella arroja la bola de papel de aluminio al parterre. Se queda mirando sus manos vacías y luego se las restriega con fuerza por los ojos, las mejillas, la frente y las orejas como lavándose la cara, como si la venciera la fatiga.

—Se me cierran los ojos... Me voy a tumbar a dormir un rato en cualquier sofá mullido del edificio anexo. Así me seco un poco también.

Te sonrío mostrando sus dientes pequeños y a continuación añade, como pidiéndote disculpas:

—¿Qué le vamos a hacer? Te dejo otra vez solo haciendo penitencia...

* * *

Puede que Seonju tenga razón y los soldados se hayan llevado a Jeongdae en un camión y lo hayan enterrado en alguna parte. Pero también puede ser que tenga razón tu madre y lo estén curando en algún hospital y que, como todavía está inconsciente, no puede llamar a casa. Eso fue lo que dijo tu madre ayer cuando ella y el segundo de tus hermanos mayores vinieron a buscarte y tú insististe en quedarte porque tenías que encontrar a Jeongdae.

—Hay que buscarlo en los servicios de urgencia. Vayamos juntos a los hospitales —dijo tu madre y, cogiéndote de la manga, añadió—: No te imaginas cómo me asusté cuando me dijeron que te habían visto aquí. ¡Por Dios, mira todos estos cadáveres! ¿No tienes miedo? ¡Con lo asustadizo que eres!

Esbozando una sonrisa, le respondiste:

—Lo que me da miedo son los soldados, no los muertos.

Tu hermano se puso serio y te miró enfadado. Desde pequeño había sido muy estudioso, siempre el primero de su clase, pero no le acompañó la suerte en los exámenes de ingreso a la universidad y ahora se estaba preparando para el tercer intento. Se parecía a tu padre y tenía la cabeza grande y la barba espesa, por lo que parecía ya un señor cuando solo tenía veintiún años. Por el contrario, el mayor de tus hermanos, que trabajaba en Seúl como funcionario en el grado más bajo del escalafón, tenía un rostro aniñado y era de complexión pequeña, por lo que cuando volvía a casa durante las vacaciones, todos creían que era el menor de tus hermanos.

—La unidad de élite de las fuerzas especiales que controla el estado de sitio^[20] tiene ametralladoras y tanques. ¿Te crees que no entran en la ciudad por miedo a las milicias civiles, que no tienen más que carabinas de la época de la guerra? Simplemente esperan el día fijado para la operación. ¡Si te quedas aquí, te matarán!

—¿Por qué me van a matar si no he hecho nada? Yo solo estoy ayudando un poco —le respondiste, retrocediendo por temor a que tu hermano te diera un coscorrón en la frente. Luego te deshiciste de un tirón de la mano de tu madre, que te aferraba el brazo, y añadiste—: No te preocupes, mamá. Voy a ayudar unos días más y luego volveré a casa. Una vez que encuentre a Jeongdae.

Les saludaste agitando la mano embarazosamente y entraste corriendo al polideportivo.

* * *

El cielo, que se estaba despejando lentamente, se aclaró de repente de un modo deslumbrante. Te levantas y rodeas el edificio por la derecha. Contemplas la plaza vacía, ya dispersada la muchedumbre. Se ven pequeños grupos de familiares vestidos con ropas blancas y negras, reunidos alrededor de la fuente. También puedes distinguir a tus compañeros, que están cargando en el camión los ataúdes de delante del estrado. Entrecierras los ojos por el sol y tus párpados tiemblan ligeramente tratando de reconocerlos. Enseguida el temblor se extiende a tus mejillas.

* * *

Les dijiste una cosa que no era cierta a tus compañeras cuando las viste por primera vez. La última persona que vio a Jeongdae en la muchedumbre no fue un vecino, sino tú mismo. Fue el día de la marcha encabezada por la carretilla

que transportaba los cuerpos de los dos hombres que fueron tiroteados en la estación, el día que todos se congregaron de forma multitudinaria en la plaza, desde ancianos tocados con sombreros y niños de doce años hasta mujeres llevando coloridas sombrillas. No solo lo viste, sino que incluso presenciaste cómo recibía una bala en el costado. Es más, tú y Jeongdae caminabais cogidos de la mano hacia el calor de los que iban en la avanzada. Al escucharse los tiros, que rompían los tímpanos, todos se dieron la vuelta y comenzaron a correr. «¡Son balas de fogueo! ¡No pasa nada!», gritó alguien y, en medio de la confusión que se armó al querer algunos volver al frente de la marcha, soltaste sin querer la mano de Jeongdae. Cuando sonaron otra vez los atronadores fusiles, dejaste a tu amigo, caído en el suelo, y saliste corriendo. Te refugiaste junto a otros tres hombres detrás del muro de una casa contigua a una tienda de productos electrónicos que tenía las persianas cerradas. Cuando un cuarto hombre, que parecía ser amigo de ellos, quiso acercarse, cayó de bruces al suelo con la sangre manándole a borbotones del hombro.

—¡Dios mío! ¡En la azotea! —masculló resollando el hombre calvo que estaba a tu lado—. ¡Le han disparado desde la azotea!

Sonó otro disparo procedente de la azotea del edificio contiguo. Algo atravesó la espalda del hombre caído, que trataba de incorporarse con dificultad. La sangre empezó a manar, esta vez de su estómago, y se extendió en un instante por todo el torso. Alzaste la cabeza para mirar a los hombres que estaban a tu lado. Ninguno habló. El calvo temblaba, tapándose la boca con la mano.

Entrecerraste los ojos y miraste a las decenas de personas que estaban tiradas sobre el suelo en mitad de la avenida. Te pareció ver a alguien que tenía los mismos pantalones de gimnasia de color celeste que los tuyos. Había perdido las zapatillas, y sus pies desnudos parecían moverse un poco. Cuando estabas a punto de salir corriendo, el hombre que temblaba tapándose la boca te detuvo sujetándote por el hombro. Justo en ese instante salieron tres muchachos de una calle lateral. Se acercaron a los caídos y trataron de alzarlos cogiéndolos por debajo de los brazos, pero entonces sonaron las armas de los soldados que estaban en el centro de la plaza y los jóvenes cayeron al suelo como bolsas de patatas. Tú dirigiste la mirada a la calle que se abría al otro lado de la plaza. Una treintena de hombres y mujeres estaban pegados a los muros de ambos lados de la vía observando la escena, como congelados.

A los tres minutos aproximadamente de acallarse los disparos, un hombre de estatura muy baja salió corriendo de la calle de enfrente y se precipitó con

todas sus fuerzas hacia una de las personas abatidas. De nuevo sonaron los disparos y el hombre cayó al suelo, entonces el que te tenía agarrado del hombro te tapó los ojos con sus manos gruesas y dijo:

—Te matarán como a un perro si sales ahora.

Cuando retiró las manos, viste salir a otros dos hombres de la calle de enfrente y correr como atraídos por un imán hacia una joven tumbada para levantarla del suelo. Esta vez los disparos sonaron desde la azotea y los hombres cayeron rodando.

Ya nadie más intentó acercarse hacia los caídos. Cuando pasaron alrededor de diez minutos de total silencio, salieron una veintena de soldados de dos en dos y comenzaron a llevarse arrastrando a toda prisa a los cuerpos que estaban más adelante. Como si estuvieran esperando ese instante, una docena de personas salieron corriendo de las calles de ambos lados de la avenida y cargaron sobre sí a los que estaban más cerca de ellos. Esta vez no hubo disparos desde la azotea. Sin embargo, tú no saliste corriendo hacia Jeongdae. Los hombres que estaban contigo alzaron a su amigo sin vida y desaparecieron a toda prisa por una calle. Te entró el pánico al verte de pronto solo y, preocupándote únicamente de no ser descubierto por el tirador de la azotea, te pegaste bien a la pared y te alejaste a toda prisa de la plaza.

* * *

Ese día por la tarde, la casa estaba en silencio. A pesar del caos reinante, tu madre había salido a trabajar a la tienda de cueros que tenía en el mercado Daein; y tu padre, que se había lastimado la espalda moviendo las cajas que transportaban los materiales de cuero, estaba acostado en su dormitorio. Cuando entraste al patio empujando el portón de hierro, que estaba entreabierto, escuchaste a tu hermano memorizando palabras en inglés en su cuarto.

—¿Eres tú, Dongho? —Resonó con fuerza la voz de tu padre desde su habitación—. ¿Has vuelto a casa?

Tú no respondiste nada.

—Si eres tú, ven aquí y masajéame la espalda.

Como si no lo hubieras escuchado, te dirigiste hacia el arriate y bombeaste el grifo para hacer salir el agua. La palangana de hojalata se llenó enseguida de agua fresca y clara. Primero metiste las manos y luego la cabeza. Cuando la levantaste, te chorreó el agua por la cara y el cuello.

—¡Dongho! ¿No eres tú el que está ahí afuera? Ven aquí un momento.

Te quedaste un rato de pie sobre el escalón de piedra, con las palmas chorreando agua apoyadas sobre tus párpados. Después te quitaste las zapatillas, cruzaste el vestíbulo y abriste la puerta del cuarto de tus padres. En la habitación, que olía fuertemente a moxibustión^[21] de artemisa, tu padre estaba tendido boca abajo.

—Me he vuelto a torcer la espalda hoy y no me puedo levantar. Masajéame un poco con los pies cerca de las nalgas.

Te quitaste los calcetines, pusiste el pie derecho sobre la parte baja de la espalda de tu padre e hiciste un poco de presión.

—¿Por dónde anduviste callejeando? ¿Sabes cuántas veces llamó tu madre para preguntar si habías vuelto a casa? No se te ocurra acercarte a las manifestaciones. Dicen que anoche dispararon en la estación y murió gente... ¡Qué locura! ¿Cómo piensan ganarle a las balas solo con los puños?

Cambiando los pies y con movimientos diestros, lo masajeabas con cuidado entre la columna y el hueso sacro.

—¡Ah, ahí! Es ahí... ¡Qué alivio!

* * *

Saliste del dormitorio de tus padres y entraste en tu habitación, junto a la cocina. Te acostaste sobre el suelo de linóleo de vinilo y te acurrucaste como una bola. Arrastrado por el sueño, caíste dormido como si te desmayaras, pero unos minutos después abriste de pronto los ojos, sacudido por una pesadilla terrible e imposible de recordar. Te esperaba un mundo real más aterrador que el de los sueños. En la habitación de Jeongdae, que estaba separada de la casa y a un lado del patio, no se oía ruido alguno, como era de esperar. Así seguiría, aunque se hiciera de noche. Tampoco nadie encendería la luz. La llave de la puerta se quedaría inerte, acurrucada en el fondo de la tinaja que estaba al lado del escalón de piedra.

En medio del silencio reinante, trajiste a la memoria la cara de Jeongdae. En el instante en que recordaste cómo se había estremecido el pantalón del chándal color celeste que tenía puesto, una bola de fuego obstruyó tu pecho y no pudiste respirar. Para poder aspirar de nuevo el aire, intentaste pensar en tu amigo de todos los días. El Jeongdae que podía entrar en cualquier momento por el portón como si nada hubiera pasado; el que seguía sin pegar el estirón y parecía todavía un chico de la escuela primaria y al que por eso su hermana Jeongmi, a pesar de que apenas ganaba dinero para mantenerse los dos, alimentaba con leche que hacía traer por reparto todos los días; el que era tan feo que le hacía a uno preguntarse si en verdad era hermano de Jeongmi —

que tenía una nariz bien formada y unos ojos pequeños como ojales—, pero en cualquier caso tenía una cara tan graciosa que, cuando se reía y fruncía la nariz, hacía sonreír a todo el mundo; el que había hecho morirse de risa al severo profesor a cargo de la clase inflando la cara como un globo y poniéndose a bailar música disco; el que quería dejar los estudios y ponerse a trabajar, pero se estaba preparando para entrar en bachillerato porque así lo quería su hermana; el que trabajaba a escondidas repartiendo periódicos; al que se le ponían las mejillas rojas y ásperas y se le llenaban los manos de verrugas a principios de invierno; el que ensayaba su *smash* cuando jugaba contigo al bádminton en el patio como si fuera un jugador de la selección nacional.

El Jeongdae que metía en su bolso el borrador de la pizarra del colegio como quien no quiere la cosa...

—¿Para qué te llevas eso?

—Para dárselo a mi hermana.

—¿Y para qué lo quiere ella?

—Dice que le trae recuerdos. Que cuando estaba en secundaria se divertía más siendo la encargada semanal del aula que estudiando. Una vez era el Día de los Inocentes y los chicos habían llenado la pizarra con garabatos para que el profesor, que era muy joven, se pusiera a borrar y pasara un mal rato, pero en lugar de eso se enfadó y preguntó quién era el encargado del aula, así que mi hermana tuvo que salir al frente y borrarlo todo. Mientras todos estaban en clase, tuvo que salir al pasillo y sacudir el borrador golpeándolo con un palo. Es raro pero dice que eso es lo que mejor recuerda de los dos años que fue a la secundaria.

* * *

Te levantaste del frío suelo apoyándote en tus manos. Te pusiste las chanclas y, tras cruzar el pequeño patio, te paraste delante del cuarto donde vivían Jeongdae y su hermana Jeongmi. Metiste el brazo hasta el hombro en la tinaja honda y rebuscaste hasta encontrar la llave debajo de un martillo y un mazo. Abriste el candado, te quitaste las chanclas y entraste.

No parecía que hubiera venido nadie. Todavía seguía abierto el cuaderno sobre la mesilla enana, en donde el domingo por la noche hiciste una lista de los sitios a los que podría haber ido su hermana para calmar a Jeongdae, que sollozaba. La escuela nocturna, la fábrica, la iglesia que frecuentaba, la casa de los primos segundos en Ilgok-dong... Al día siguiente fuisteis tú y

Jeongdae a cada uno de esos lugares para buscarla, pero ella no estaba en ninguna parte.

De pie en medio de la habitación, que estaba casi a oscuras, te frotaste los párpados con el dorso de la mano. Lo hiciste hasta que la piel se te puso roja y caliente. Probaste a sentarte ante el escritorio de Jeongdae, después te echaste sobre el frío suelo boca abajo. Te apretaste con el puño cerrado en el centro del tórax donde sentías el dolor. Si en ese momento Jeongmi hubiera entrado de pronto a la casa abriendo el portón, te habrías puesto de rodillas ante ella y le habrías dicho que fuerais juntos al Gobierno provincial a buscar a Jeongdae.

«¿Y te puedes llamar su amigo? ¿Cómo pudiste dejarlo solo allí?».

Habrías permitido que ella te pegara todo lo que hubiese querido. Entonces le habrías pedido perdón con toda tu alma.

* * *

Jeongmi ya tenía veinte años, pero también era muy baja para su edad. Llevaba siempre una melena corta, por lo que, vista desde atrás, parecía una estudiante en el último año de la escuela primaria o a lo sumo de secundaria. Vista de frente, si no se maquillaba, parecía de primer año de bachillerato. Seguramente fuera consciente de ello, Porque siempre se pintaba ligeramente. Trabajaba todo el tiempo de pie, así que se le hinchaban mucho las piernas, pero siempre se ponía zapatos con tacones cuando iba a trabajar. Sus pasos eran ligeros y jamás alzaba la voz, como si nunca en su vida se hubiera dado el gusto de enfurecerse ni menos todavía de pegarle a alguien. Sin embargo, Jeongdae te había dicho un día muy serio: «La gente no se lo imagina, pero mi hermana da más miedo que mi papá».

Durante los dos primeros años que Jeongdae y su hermana vivieron en tu casa, no tuviste muchas oportunidades de hablar con ella. Trabajaba en una fábrica textil y casi siempre se quedaba haciendo horas extras. Como Jeongdae también llegaba tarde debido a su trabajo de repartidor de periódicos —a su hermana le decía que se iba a estudiar a la biblioteca—, sucedía a menudo que se les apagaba la briqueta de carbón. Cuando alguna vez ella llegaba antes que Jeongdae, tocaba suavemente a la puerta de tu habitación. Con cara de cansancio y la melena corta echada detrás de las orejas, articulaba con un hilo de voz: «Verás... ¿podrías prestarme una briqueta encendida?». Entonces te ibas a todo correr a la caldera sin abrigarte siquiera con una chaqueta. Cuando le tendías la briqueta encendida con las tenacillas y todo, ella no sabía qué decirte para agradecértelo.

La primera vez que pudiste hablar largo y tendido con ella fue el año pasado a principios del invierno. Había anochecido y Jeongdae, que había entrado solo un momento para dejar su portafolios de estudiante y salir a hacer el reparto, todavía no había regresado. Tú supiste de inmediato qué quería cuando escuchaste que tocaba a tu puerta. Fue un sonido leve, como temeroso, hecho con las puntas de unos dedos que parecían envueltos con varias capas de un lienzo frío y suave. Cuando abriste la puerta y saliste, ella te preguntó:

—Por casualidad, ¿tiraste todos tus libros de texto de primer año?

—¿Los libros de primer año?

Entonces te contó con frases entrecortadas que iba a empezar la escuela nocturna en diciembre.

—Al parecer han cambiado las cosas y ya no pueden hacernos trabajar horas extras sin más. También nos aumentarán el sueldo. Por eso quería aprovechar para estudiar. Como dejé el colegio hace mucho tiempo, pensé que sería bueno echarles un vistazo a los libros antes de empezar las clases. Cuando lleguen las vacaciones de invierno, leeré los de Jeongdae.

Le dijiste que esperara un momento y subiste al desván. Cuando volviste con los libros de texto y algunos otros de referencia, cubiertos de polvo, Jeongmi te miró con los ojos grandes:

—¡Madre mía! ¿Cómo es que eres tan aplicado siendo un chico? Jeongdae ya tiró los suyos hace mucho. —Y al mismo tiempo que recibía los libros en sus brazos, te pidió un favor—: A Jeongdae no le digas nada. Piensa que fue por él que dejé de estudiar y se siente culpable. Hazte el tonto hasta que pase los exámenes de nivel de secundaria.

Te quedaste pasmado contemplando sus ojos risueños, como capullos silvestres abriéndose en flor.

—¿Quién sabe? Después de que Jeongdae entre a la universidad, quizá yo también pueda hacerlo si estudio mucho.

Te preguntaste cómo haría ella para estudiar a escondidas. ¿Cómo podría abrir un libro y taparlo con esa espalda tan pequeña y en ese cuarto minúsculo? Además, Jeongdae nunca se iba a dormir temprano ya que se quedaba hasta tarde haciendo los deberes...

Fue una duda que te asaltó brevemente, pero luego no pudiste dejar de pensar en ello. Imaginaste sus manos regordetas, que abrirían tus libros en la cabecera de Jeongdae, dormido; las palabras que memorizaría moviendo apenas los finos labios... «¡Madre mía! ¿Cómo es que eres tan aplicado siendo un chico...?», te había dicho; esos ojillos risueños, esa sonrisa

cansada; ese tocar a la puerta con los dedos como envueltos en varias capas de un lienzo suave... Todas esas cosas que te partían el alma y te impedían dormir. Cuando escuchabas que ella salía de madrugada del cuarto y bombeaba el agua para lavarse la cara, te envolvías con las mantas, te arrastrabas hasta la puerta y aguzabas el oído para escucharla con los ojos cerrados y ebrios de sueño.

* * *

El segundo camión, cargado hasta los topes de ataúdes, se estaciona delante del polideportivo. Con tus ojos apenas entreabiertos por los rayos del sol, ves que se baja Jinsu del asiento del pasajero. Deteniendo sus pasos rápidos, te dice:

—A las seis se cierra esto. Vete a casa.

—Pe... pero... ¿quién va a cuidar de todas esas personas de ahí dentro?
—preguntas tartamudeando.

—Esta noche va a entrar el ejército a la ciudad. Hay que mandar a sus casas a los familiares. No debe quedar nadie después de las seis.

—Pero si no hay más que muertos, ¿para qué van a querer venir aquí los soldados?

—Dicen que van a acribillar por amotinamiento hasta a los heridos que están en los hospitales, ¿crees que van a dejar tranquilos los cuerpos y a quienes los cuidan?

Prosigue con pasos decididos como si estuviera furioso y entra en el pabellón. Seguramente les dirá lo mismo a los familiares que están dentro. Con el libro de registros de tapas negras apretado contra tu pecho como un tesoro, te quedas mirando la espalda de Jinsu. Miras sus cabellos, su camisa y sus pantalones mojados y cómo los familiares, que están de perfil, o bien sacuden la cabeza o bien asienten. También escuchas la voz de una mujer que suena aguda y temblorosa:

—Yo no pienso dar un solo paso. Voy a morir aquí con mi hijo.

De pronto fijas la vista en los cuerpos al fondo del salón, tapados hasta la cabeza con sábanas de algodón y aún no reconocidos por nadie. No puedes quitar los ojos de la persona que está en el rincón. La primera vez que la viste en el pasillo de la sala de atención al público, te recordó a la hermana de Jeongdae. Ya había empezado a descomponerse y en su cara, abierta y cruzada por una profunda herida de bayoneta, resultaba difícil distinguir las facciones. Pero de todos modos era parecida a ella. Hasta te parecía haberla visto una vez con una falda plisada semejante a la que llevaba el cadáver.

¿Pero acaso esa falda de lunares no era muy corriente? Además, no estabas seguro de haberla visto saliendo el domingo con una falda así. ¿Tan corto llevaba el cabello? ¿Acaso ese corte no lo llevaban solamente las chicas de secundaria? Con lo ahorrativa que era, ¿se habría pintado las uñas de los pies cuando ni siquiera era verano? Pero en realidad nunca le habías visto los pies desnudos. Seguro que Jeongdae sabría si su hermana tenía un lunar oscuro como un guisante encima de su rodilla. Necesitabas a Jeongdae para saber si ese cuerpo era el de su hermana.

O al revés. Para encontrar a Jeongdae, necesitabas a su hermana. Ella lo hubiera buscado en todos los hospitales del centro de la ciudad hasta dar con él, que ya habría recobrado el conocimiento en una sala de recuperación. Del mismo modo que había dado con él en febrero, cuando Jeongdae se había escapado de su casa diciendo que no iba a ir al bachillerato por nada del mundo y que empezaría un curso de preparación para entrar en un colegio técnico. Como si fuera una bruja, ella lo había encontrado al día siguiente en una tienda de cómics y lo había traído de las orejas hasta casa. Al ver a Jeongdae, que se deshacía de miedo ante su hermana, tan pequeña y de ordinario tan callada, tu madre y tu hermano se habían desternillado de la risa. Hasta tu padre, normalmente tan serio, había lanzado una tosecilla para evitar reírse. Ese día escuchaste hablar a los hermanos hasta pasada la medianoche. Cuando una de las voces se alzaba un poco, la otra trataba de aplacarla con afecto; y si de nuevo una voz subía de tono, la otra la apaciguaba con tono suave. Luego, a medida que te fuiste quedando dormido en tu habitación junto a la cocina, dejaste de discernir a quién pertenecían las voces que discutían, se apaciguaban y se reían en voz baja.

* * *

Estás sentado en el escritorio que está cerca de la puerta de entrada del polideportivo.

Con el libro de registros abierto sobre el lado izquierdo de la mesa, transcribes en letras grandes, sobre cuartillas de papel de periódico, los nombres de los muertos, sus números de registro, el número de teléfono o la dirección. Lo haces así porque Jinsu te ha dicho que hay que dejarlo todo bien dispuesto, de modo que, aunque mueran todos los de la milicia civil esta noche, los familiares puedan ser notificados luego. Tienes que apresurarte para terminar todo y pegar los papeles en los ataúdes antes de las seis.

—¡Dongho!

Levantás la cabeza al escuchar que te llaman. Es tu madre, que entra al edificio abriéndose paso entre los camiones. Esta vez ha venido sola, sin tu hermano. Lleva puesta una blusa gris y unos pantalones anchos de color negro que suele usar como uniforme de trabajo en la tienda. Lo único diferente es que sus cabellos, que siempre lleva bien peinados, hoy están enmarañados y mojados por la lluvia.

De la alegría de verla, te levantas sin darte cuenta y bajas corriendo por la escalera, pero te detienes de pronto. Tu madre sube a trompicones los escalones que faltan y te coge de las manos.

—Vámonos a casa, hijo.

Retuerces la muñeca para desembarazarte de ella, que tira de tu mano con la fuerza desesperada de un ahogado. Con la otra mano, aflojas uno a uno los dedos con que te sujeta.

—Dicen que va a entrar el ejército. Vámonos a casa ahora mismo.

Por fin logras deshacerte de los dedos atenazadores de tu madre y te escapás con agilidad al pabellón. El desfile de los familiares que quieren llevarse los ataúdes le impide el paso a tu madre.

—¡A las seis van a cerrar esto, mamá!

Tu madre se pone de puntillas para poder verte detrás de la fila de familiares. Alzas la voz hacia donde se ve su frente fruncida, como la de un niño llorando.

—¡Yo también me iré a casa cuando cierren esto!

—¡Ven sin falta! —grita tu madre—. ¡Vente antes de que caiga el sol, así cenamos en casa todos juntos!

* * *

Antes de que pasara media hora desde que se fue tu madre, te levantas de tu asiento al ver a un anciano vestido con una chaqueta larga tradicional de color marrón, que a todas luces es demasiado calurosa para la estación. El anciano tiene el pelo totalmente blanco, se cubre la cabeza con un sombrero de fieltro de color gris humo y camina con pasos tambaleantes apoyándose en un bastón de madera de tejo. Dejas asegurados los papeles bajo el libro de registros y el bolígrafo para que no se vuelen con el viento y bajas la escalera.

—¿A quién busca, señor?

—A mi hijo y a mi nieta —responde el anciano pronunciando de un modo poco claro, debido a que le faltan algunos dientes—. Llegué ayer desde Hwasun en un tractor. Como no me dejaban entrar con él a la ciudad, atravesé con mucha dificultad un monte que no vigilaban los soldados —explica el

anciano jadeando, mientras se le apiña la saliva gris en los pelos blancos y ralos de las comisuras de la boca.

No te explicas cómo este anciano, que camina con tanta dificultad sobre el suelo llano, ha podido llegar hasta aquí cruzando un monte.

—Mi hijo menor es mudo... Sufrió de fiebres cuando era pequeño y no puede hablar. Un hombre que vino anteayer de Gwangju nos contó que los soldados mataron a bastonazos a un muchacho mudo en pleno centro hace ya varios días.

El anciano sube los escalones apoyado en ti.

—Y mi nieta, que es la hija de mi primogénito, vive sola en un cuarto enfrente de la Universidad Nacional de Chonnam, donde estudia. Fui a verla ayer, pero no he podido encontrarla por ninguna parte... El dueño del cuarto y los vecinos dicen que no la han visto desde hace varios días.

Al entrar en el pabellón, te pones la mascarilla. Mujeres vestidas de luto envuelven en paños grandes las botellas de gaseosa, los periódicos, las bolsas de hielo y las fotos de los difuntos con el fin de despejar el lugar. También se oye a familiares que discuten si es mejor trasladar los ataúdes a sus hogares, donde estarán más seguros, o es preferible dejarlos aquí.

El anciano rechaza tu brazo y camina delante de ti tapándose la nariz con un pañuelo de gasa arrugado. Se detiene a mirar cada una de las caras que sobresalen de las sábanas sacudiendo su cabeza temblorosa. El suelo cubierto de goma del salón de actos absorbe sordamente el rítmico sonido del bastón de tejo.

—¿Quiénes son aquellos? ¿Por qué tienen la cara tapada? —pregunta el anciano, señalando a los que están cubiertos con la sábana hasta la coronilla.

Cuando llega ese momento, siempre vacilas. Cuando levantas la tela blanca de algodón manchada de sangre y pus secos, te esperan las caras desgarradas, los hombros cercenados, los pechos que se pudren debajo de las blusas. Cuando se hace de noche, mientras tratas de dormir sobre varias sillas juntas en el comedor del subsuelo del edificio central, esas visiones se te representan tan claras que se te abren los ojos.

Tomas la delantera y te diriges hacia las personas del rincón. Como si un enorme imán te rechazara, tu cuerpo quiere salir corriendo en contra de tu voluntad. Para ganarle a esa fuerza, caminas echando los hombros hacia adelante. Cuando te inclinas para levantar uno de los lienzos, se desliza una gota de cera translúcida desde el centro azulado de la llama de la vela.

¿Cuánto tiempo se quedará el alma junto a su cuerpo? ¿Aleteará como si fuera un pájaro? ¿Agitará el borde de la vela?

Piensas que ojalá empeorara tu vista y vieras borrosas incluso las cosas cercanas. Sin embargo, lo ves todo claro. No cierras los ojos al levantar el lienzo de algodón. Te muerdes el labio por dentro hasta hacerlo sangrar mientras sostienes la tela. Después la vuelves a bajar, pero sigues sin cerrar los ojos. «Yo habría salido corriendo...», piensas mientras aprietas los dientes. Aunque hubiera sido esta mujer quien hubiera caído en lugar de Jeongdae, habrías salido corriendo. Aunque hubiera sido tu hermano, tu padre o tu madre, habrías salido corriendo de todos modos.

Te das la vuelta para mirar al anciano de cabeza temblorosa. Sin preguntarle si se trata de su nieta, esperas con paciencia lo que sea que vaya a decirte.

—Nunca voy a perdonar esto.

Miras de frente al anciano, cuyos ojos tiemblan como si hubiera presenciado lo más terrible de este mundo.

—Nunca voy a perdonar nada ni a nadie, ni siquiera a mí mismo.

El hálito negro

Nuestros cuerpos estaban apilados en forma de cruz.

Sobre mi barriga tenía a un señor desconocido, colocado transversalmente en un ángulo de noventa grados, y encima de la barriga del señor, había un joven bastante mayor que yo, también desconocido. Sobre mi cara caían los cabellos de este joven y las caras internas de sus pantorrillas se apoyaban sobre mis pies desnudos. Si pude ver todo esto es porque aún seguía bien pegado a mi cuerpo.

Ellos se acercaron. Vestían uniformes militares moteados, llevaban cascos en la cabeza y brazaletes de la Cruz Roja en los brazos y se movían de prisa. Empezaron a coger nuestros cuerpos y a arrojarlos al interior del camión. Lo hacían con movimientos mecánicos, como si lanzaran fardos de patatas. Para no perder mi cuerpo, subí al camión pegado a mis mejillas y a mi nuca. Cosa rara, estaba solo. Es decir, no pude encontrar a las otras almas. Aunque había almas en todas partes, no podíamos vernos ni sentirnos. Al final era una mentira eso de que nos encontraríamos todos en el otro mundo.

Como los otros cuerpos, el mío también fue movido en silencio y cargado al camión. Mi corazón se paró porque perdí mucha sangre, pero seguí derramando tanta que mi cara se tornó delgada y transparente como una hoja de papel. Casi no me reconocí porque era la primera vez que me veía con los ojos cerrados.

Se acercaba la noche. El camión dejó atrás las calles de la ciudad y siguió por caminos oscuros y solitarios que atravesaban la planicie. Al subir una colina baja y cubierta de un espeso bosque de robles, apareció un portón de hierro. El camión se detuvo un momento y los dos soldados de guardia saludaron con una reverencia. Sonó dos veces un largo y agudo chirrido

metálico, una vez al abrirse el portón y otra al cerrarse. El camión siguió subiendo un rato más por la colina y se detuvo donde había un claro en el bosque y se levantaba una construcción de cemento de una sola planta.

Salieron de la cabina del camión. Después de abrir el candado de la parte trasera del vehículo, entre dos hombres comenzaron a trasladarnos de nuevo cogiéndonos por los brazos y las piernas. Resbalándome y agarrándome una y otra vez del mentón y las mejillas, permanecí junto a mi cuerpo. Entonces alcé la vista y vi el edificio de cemento, que tenía las luces encendidas. Tuve ganas de saber qué era eso, dónde estábamos, a dónde se llevaban mi cuerpo.

Ellos entraron en el matorral de arbustos que había detrás del claro. Siguiendo las órdenes del que parecía ser el oficial superior, volvieron a apilar uno a uno los cuerpos en forma de cruz. Mi cuerpo, aplastado por la mole de cadáveres, era el segundo desde abajo. Aun comprimido de esa manera, ya no me quedaba sangre que derramar. Con la cabeza doblada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca entreabierta, mi cara se veía todavía más pálida bajo las sombras del bosque. Cuando cubrieron al último hombre del montón con un saco de paja, la torre de cuerpos parecía el cadáver de un monstruo gigantesco con innumerables patas.

* * *

Cuando ellos se marcharon, se hizo todavía más oscuro. El mortecino resplandor crepuscular que se veía al poniente de la bóveda celeste fue apagándose lentamente. Permanecí flotando sobre la cima de la torre de cuerpos y vi que emanaba una luz pálida de la media luna que aparecía envuelta en una nube grisácea. Las sombras de los arbustos creadas por esa luz estampaban extrañas formas sobre las caras muertas, como si fueran tatuajes.

Creo que fue más o menos a medianoche cuando algo frágil y sutil me tocó suavemente. No sabía de quién era esa sombra sin rostro, sin cuerpo y sin palabras, así que esperé en silencio. Hubiera querido recordar la manera de hablarle a un alma, pero me di cuenta de que no la había aprendido en ningún lado.

Me pareció que esa otra alma tampoco sabía la manera de hablarme. No sabíamos qué teníamos que hacer para dirigirnos la palabra, pero sí podíamos sentir que estábamos pensando el uno en el otro con todas nuestras fuerzas. Finalmente, como si se diera por vencida, esa cosa se desprendió de mí y volví a quedarme solo.

Algo parecido se repetía todas las noches cuando la oscuridad era completa. Si algo tocaba en silencio mi sombra, se trataba siempre de otra alma. No teníamos pies, cara o lengua, pero permanecíamos quietos, las sombras juntas, tratando absortos de adivinar quién era el otro, y finalmente nos despegábamos sin poder intercambiar una sola palabra. Cada vez que una sombra se desprendía de mí, yo elevaba la vista al cielo. Quería pensar que la media luna envuelta en nubes me miraba como una pupila, pero no era más que una roca plateada y desierta, una gigantesca masa de piedra desolada que no albergaba a ningún ser vivo.

Cuando esa noche vívida e ignota estaba terminando, y la negrura del cielo comenzó a impregnarse por fin de una tonalidad matinal azulada, de pronto me asaltó tu recuerdo. Claro, si tú y yo estuvimos juntos. Hasta que una especie de garrote frío se estrelló de repente contra mi costado. Hasta que me desplomé en el suelo como un muñeco de trapo. Hasta que levanté mi brazo en alto en medio de las fuertes pisadas que parecían hacer estallar en mil pedazos el asfalto, en medio del estruendo de las balas que rompían los tímpanos. Hasta que sentí que la sangre que empezó a manar de mi costado se extendía caliente hacia mis hombros y mi nuca. Hasta ese momento tú estuviste a mi lado.

* * *

Los insectos en la maleza movían sus alas haciendo ruido. Pájaros invisibles empezaron a cantar con tonos agudos. Agitados por el viento, los negros árboles hicieron sonar sus hojas de un modo fascinante. Empezó a emerger un sol pálido y de pronto subió con furia directo hacia el centro del cielo. Nuestros cuerpos apilados detrás del matorral de arbustos comenzaron a pudrirse al recibir sus rayos. Los moscardones y las efímeras se posaron en las costras resacas de sangre negra. Yo me quedé ondulando al lado de mi cuerpo mientras observaba cómo los insectos se frotaban las patas delanteras, se arrastraban, ensayaban un vuelo y volvían a posarse. Hubiera querido buscar tu cuerpo y ver si también estabas incrustado en la torre de cadáveres apilados, si estabas entre las almas que me acariciaron la noche anterior, pero, como si estuviera sujeto por una fuerza magnética, no pude apartarme de mi cuerpo, no pude apartar los ojos de mi rostro lívido.

Así estuve hasta cerca del mediodía, cuando de pronto tomé conciencia de algo.

Tú no estabas allí.

Tú no solo no estabas en ese lugar, sino que aún seguías vivo. Resulta que las almas, si bien no pueden reconocer a las otras almas que están cerca, sí pueden saber quién está vivo y quién está muerto si se concentran con todas sus fuerzas. Me entró el miedo cuando caí en la cuenta de que detrás de ese matorral desconocido, entre todos esos cuerpos pudriéndose, no había nadie a quien conociera.

Aguantándome el miedo, pensé en mi hermana. Viendo cómo el sol abrasador se iba inclinando cada vez más tenso hacia el sur, fijé la vista en mi cara y mis párpados cerrados y me concentré únicamente en mi hermana. Ella murió antes que yo. Cuando quise soltar un sollozo, como no tenía lengua ni voz, derramé con dolor sangre y pus en lugar de lágrimas. ¿De dónde me salía sangre si no tenía ojos? ¿Cómo es que sentía el dolor? Miré mi rostro lívido, que no derramaba nada. Mis manos sucias no se movieron. Sobre mis uñas, que se habían vuelto de un color oscuro como el ladrillo debido a la sangre oxidada, caminaban unas hormigas rojas sin hacer ruido.

* * *

Dejé de sentir que tenía quince años. Incluso treinta y cinco o cuarenta y cinco años me parecieron poca edad. Tampoco me habría sentido raro si tuviera sesenta y cinco o setenta y cinco.

Ya no era Jeongdae, el más bajo de mi año. Ya no era más Park Jeongdae, que quería y temía a su hermana como a nadie en este mundo. Me nacía una fuerza extraña y violenta, pero no era porque estuviera muerto sino porque no podía parar de pensar. ¿Quién me había matado? ¿Quién había matado a mi hermana? ¿Por qué lo había hecho? Cuanto más pensaba, esa fuerza desconocida se hacía cada vez más sólida. Se hizo más espesa y viscosa la sangre que manaba interminablemente de donde no tenía ojos ni mejillas.

En alguna parte debía de estar flotando el alma de mi hermana, ¿pero dónde sería eso? Ahora que no teníamos cuerpos, seguramente no necesitábamos moverlos para encontrarnos. ¿Pero cómo encontrarnos ahora que no teníamos cuerpos? ¿Cómo podría reconocerla?

Mi cuerpo seguía pudriéndose. Cada vez se apiñaban más moscas en la herida abierta. Los moscardones posados en los párpados y los labios se movían lentamente frotando sus patas, negras y delgadas. Cuando el sol se fue poniendo lanzando rayos de color anaranjado por entre las copas de los robles, agotado de pensar en dónde estaría mi hermana, empecé a pensar en ellos. ¿Dónde estarían los que me mataron a mí y a mi hermana? Como también tendrían almas, quizá podría comunicarme con ellas, aunque no se

hubieran muerto aún, si me concentraba mucho. Tenía ganas de abandonar mi cuerpo. Hubiera querido cortar esa fuerza que salía de mi cuerpo y tiraba de mí como un fino y tenso hilo de araña. Quería volar hacia ellos. Preguntarles por qué me habían matado, y por qué y cómo habían matado a mi hermana.

Al cernirse la oscuridad, los pájaros se callaron. Comenzaron a batir sus alas los insectos nocturnos, que emitían ruidos tenues, en lugar de los insectos que cantaban durante el día. Al hacerse completamente de noche, como había ocurrido la noche anterior, la sombra de alguien se posó sobre mi sombra. Nos separamos después de acariciarnos los bordes. Seguramente durante el día cada uno estuvo ensimismado en cosas semejantes, inmóviles bajo el sol abrasador, y en cuanto se hizo de noche nos nació la energía suficiente como para alejarnos un poco de la fuerza magnética de nuestros cuerpos. Hasta que ellos volvieron de nuevo, estuvimos acariciándonos mutuamente, queriendo saber el uno del otro, aunque al final de nada logramos enterarnos.

El doble chirrido metálico que hizo el portón de hierro al abrirse y cerrarse cortó el silencio de la noche. El ruido del motor se fue aproximando. Las luces de los faros del camión nos acometieron, afiladas. Al alumbrar y moverse sobre nuestros cuerpos, las sombras de los matorrales, grabadas como negros tatuajes sobre nuestras caras, se estremecieron y se movieron a la par.

Esta vez eran solamente dos. Trasladaron hacia nosotros a otras personas muertas sosteniéndolas de los brazos y las piernas. Eran cuatro cuerpos con el cráneo partido y el torso manchado de sangre, uno de ellos vestido con el pijama azul a rayas de los pacientes del hospital. Superponiendo estos cuerpos también en forma de cruz, levantaron una pila más baja al lado de la nuestra. Después de poner arriba del todo el cuerpo del paciente del hospital, lo taparon con un saco y se retiraron un poco. Viendo sus ceños fruncidos y su mirada vacía, lo supe. Supe que, en solo un día, nuestros cuerpos despedían un horripilante olor fétido.

Mientras ponían en marcha el motor, me acerqué flotando a esos cuerpos. Pude sentir que no era el único y que las sombras de las otras almas también se acercaban y los rodeaban. De las ropas de los hombres y mujeres con el cráneo hundido todavía caían gotas de sangre clara. Como si les hubieran arrojado agua a la cabeza, tenían las caras más o menos limpias y mostraban claramente sus facciones. El que se destacaba de entre todos ellos era el hombre joven vestido con pijama de hospital. Tendido con el saco cubriéndole el pecho, se veía más limpio que ninguno. Alguien había bañado

su cuerpo, le había cosido la herida y lo había curado. La venda que envolvía su cabeza con varias vueltas brillaba blanca en la oscuridad. Aunque estaba muerto como los demás, su cuerpo, que conservaba las señales de una mano que lo había cuidado, se veía tan espléndido que me embargó una extraña tristeza a la vez que envidia. Me dio vergüenza y odié mi cuerpo incrustado como un animal en la parte más baja de la torre de cadáveres.

Así es, a partir de ese momento comencé a odiar mi cuerpo. Nuestros cuerpos tirados y apilados como masas de carne, nuestras caras inmundas pudriéndose al sol y desprendiendo un olor hediondo.

* * *

Si pudiera cerrar los ojos...

Si pudiera dejar de mirar el amasijo de nuestros cuerpos, que parece el cadáver de un monstruo de incontables patas. Si pudiera dormirme un rato, si pudiera sumergirme ahora mismo en las oscuras profundidades de la conciencia.

Si pudiera esconderme en los sueños.

O al menos en los recuerdos...

Como ese día del verano del año pasado, cuando tu profesor estaba alargando el saludo de despedida más de lo acostumbrado y yo te esperaba en el pasillo de tu aula. Vi salir a tu profesor por la puerta delantera y me puse en posición de firmes con el portafolio en la mano. Como habían salido todos tus compañeros y tú no aparecías, entré y, viendo que estabas borrando la pizarra, te llamé en voz alta:

—¿Qué haces?

—Me toca ser el encargado.

—Si ya lo fuiste la semana pasada.

—Es que al que le tocaba hoy tenía algo que hacer, así que le cambié mi turno.

—¡Serás idiota!

Nos miramos y nos reímos a la vez porque sí. Nos entró el polvo de la tiza en la nariz y nos dieron ganas de estornudar. Metí a escondidas el borrador que acababas de sacudir en mi portafolio y pusiste cara de perplejidad. Comencé entonces a hablarte de mi hermana, no con alarde, tampoco con tristeza o vergüenza.

Esa noche me envolví con la sábana la barriga y me hice el dormido desde temprano. Escuché a mi hermana, que siempre llegaba a casa después de trabajar horas extras y se ponía a comer arroz frío con agua en la mesilla.

Abriendo apenas los ojos en la oscuridad, vi que entraba en el cuarto de puntillas después de lavarse los pies y los dientes y se dirigía hacia la ventana. Quería constatar que el repelente en espiral para los mosquitos se estaba quemando sin problemas y se rio al descubrir el borrador de la pizarra que dejé apoyado en posición vertical en el marco de la ventana. Primero se rio por lo bajo, como si suspirase, y luego haciendo un poco de ruido.

Sacudió la cabeza de un lado a otro y cogió por un momento el borrador para luego volver a dejarlo en su sitio. Como siempre, extendió el futón lejos de mí y se acostó. Enseguida se irguió y se acercó a mí moviéndose en cuclillas. Cerré fuerte los ojos, que tenía entornados como si estuviera durmiendo de verdad. Me acarició la frente y la mejilla, y se volvió a su sitio. Otra vez volví a escuchar su risa en la oscuridad. Primero callada, como si suspirase, y luego haciendo un poco de ruido.

Ese era el recuerdo que yo tenía que retener a toda costa en aquel matorral de arbustos en tinieblas. Todo lo que ocurrió esa noche en la que yo aún tenía cuerpo. El viento frío y húmedo que entraba por la ventana durante la noche, su suave roce en mi empeine desnudo, el vago aroma a loción y cataplasma que emanaba de mi hermana dormida, el canto en sordina de los insectos del patio, las grandes malvarrosas que crecían bien altas ante nuestra ventana, las sombras de las mosquetas que trepaban por el muro que estaba enfrente de tu habitación junto a la cocina; mi cara, que mi hermana acarició dos veces, mi cara con los ojos cerrados, que tanto amaba ella.

* * *

Necesitaba más recuerdos.

¡Rápido! Tenía que hilar otros recuerdos antes de que se me olvidaran.

En las noches de verano, doblábamos el torso hasta tocar el suelo con las manos y nos tirábamos agua por la espalda en el patio. Llenabas la palangana de latón con agua fría recién bombeada, la más limpia y sublime del mundo, y me la echabas de golpe sobre la espalda pegajosa de sudor. Te reías viendo cómo yo gritaba y me estremecía.

Íbamos en bicicleta por el sendero que bordeaba el riachuelo, yendo a toda velocidad en contra del fuerte viento que nos daba de frente. Mi camisa blanca del uniforme de verano flameaba como si tuviera alas. Me llamaste y yo apreté con más fuerza los pedales. Al comprobar que tu voz se escuchaba cada vez más lejos, pedaleé todavía con mayor entusiasmo.

Fue aquella vez en que el Día del Nacimiento de Buda^[22] cayó en domingo. Salimos temprano con mi hermana a Gangjin para visitar el templo

que guardaba los restos de nuestra madre y volver el mismo día. Por la ventanilla del autobús de larga distancia, se veían las parcelas de arroz llenas de agua, tan típicas de la primavera. «¡El mundo entero es una pecera!», exclamé. El cielo se reflejaba interminable sobre la límpida superficie líquida antes del trasplante del arroz. El perfume de las acacias se colaba por la ventanilla entreabierta y se me ensanchaban los orificios de la nariz sin darme cuenta.

Mi hermana me cocía patatas nuevas y yo me las comía resoplando y quemándome la lengua.

Una vez comí una sandía dulce como el azúcar que se deshacía en la boca y hasta me tragué las semillas, semejantes a gemas negras, masticándolas con fuerza.

Otra vez corrí a casa, donde me esperaba mi hermana, con una bolsa de pastelitos calientes guardada debajo del suéter, contra el pecho. Tenía las piernas tan congeladas del frío que casi no las sentía, solamente tenía ardiendo el corazón.

Quería ser más alto.

Quería ser capaz de hacer cuarenta flexiones de brazos seguidas.

Quería estar algún día con una mujer. Quería tocar a esa mujer de cara desconocida, la primera para mí, quería posar mi mano trémula en el borde de su corazón.

* * *

*Pienso en mi costado, que se está pudriendo,
en la bala que atravesó ese sitio,
eso que al principio fue como un garrotazo gélido
y enseguida se transformó en una bola de fuego que
me aguijoneó las entrañas,
en el agujero que me hizo en el costado opuesto, por
donde se me derramó toda la sangre caliente.
Pienso en el cañón del rifle por donde salió la bala,
en el frío gatillo,
en el dedo tibio que lo apretó,
en el ojo que apuntó contra mí,
en los ojos de quien ordenó disparar.*

Quiero verles las caras, flotar sobre sus párpados dormidos, meterme de repente en sus sueños, en sus frentes, permanecer toda la noche escrutando

sus párpados, hasta que en sus pesadillas fijen la vista en mis ojos, que derraman sangre, hasta que escuchen mi voz diciendo: «¿Por qué me disparaste? ¿Por qué me mataste?».

* * *

Pasaron días y noches silenciosos. Pasaron las penumbras de los amaneceres y los crepúsculos. Pasaron los ruidos de motor del camión militar y las afiladas luces de sus faros que llegaban a medianoche.

Cada vez que venían, fueron creciendo las torres de cuerpos cubiertas con sacos. Cuerpos que, en lugar de estar tiroteados, tenían machacada la cabeza y los hombros dislocados. Y mezclados cada tanto entre ellos, cuerpos limpios con vendas blancas y vestidos con pijamas de hospital.

En una ocasión no pude encontrarle las caras a la docena de cuerpos que habían dejado apilados. Cuando me di cuenta de que no era que no tuvieran cabezas, sino que les habían borrado las caras con pintura blanca, retrocedí ondulando. Con las cabezas dobladas hacia atrás, esas caras de un blanco plateado como papel de aluminio miraban a alguna parte del matorral. Miraban al vacío, sin ojos, nariz ni boca.

* * *

¿Habrían estado todos esos cuerpos en aquella avenida?

¿Habrían estado conmigo, gritando y cantando todos juntos en esa gran muchedumbre, en medio de los vítores de la multitud que avanzaba hacia donde llegaban los autobuses y los taxis con los faros encendidos, como una inmensa ola?

¿Qué habría pasado con los cuerpos de los dos hombres que habían sido tiroteados en la estación y encabezaban la manifestación llevados en carretillas? ¿Con esos pies descalzos que se agitaban cadenciosos al aire? Cuando viste eso, te estremeciste. Parpadeaste y te temblaron las pestañas. Entonces yo te tomé de la mano. «Nuestro ejército les disparó...», murmurabas como alelado, mientras yo te arrastraba hacia adelante, cada vez más hacia el frente de la multitud. «Nuestro ejército les disparó...». Parecías a punto de echarse a llorar y yo avanzaba arrastrándote con fuerza mientras cantaba, mientras entonaba con todas mis fuerzas el himno nacional. Fue antes de que ellos me incrustaran una bala como una bola de fuego en mi costado. Antes de que borrarán todas esas caras con pintura blanca.

* * *

Los primeros cuerpos que apilaron fueron también los primeros en corromperse, y los gusanos blancos bullían en ellos sin dejar un solo espacio libre. Contemplé en silencio cómo mi rostro se fue poniendo negro y se reblandecieron mis rasgos, cómo se fueron desmoronando los contornos hasta que dejé de ser reconocible.

Cuando la noche se hacía profunda, las sombras, que habían crecido en número, venían a apoyarse sobre mi sombra. Nos encontrábamos sin ojos, manos o lengua. Aunque seguíamos sin saber quién era la otra, podíamos vislumbrar vagamente cuánto habíamos estado juntos. Cuando una sombra que había estado desde el principio y otra recién llegada se superponían a mí, lado con lado, aunque no sabría explicar cómo, podía discernir los sonidos de ambas. Algunas sombras parecían haber soportado durante mucho tiempo torturas que ignoraba. ¿Serían las almas de los cuerpos que tenían las ropas mojadas y llagas de color morado intenso debajo de las uñas? Cada vez que una de esas sombras se tocaba con la mía, me transmitía una vibración terriblemente dolorosa.

Si hubiéramos pasado más tiempo de ese modo, ¿podríamos habernos reconocido a partir de algún momento? ¿Habríamos acabado de encontrar la manera de intercambiarnos algún tipo de palabra o pensamiento?

Sin embargo, llegó esa noche.

Fue un día en que llovió intensamente por la tarde. Tan fuerte fue la lluvia que nos limpió la sangre; y al quedar limpios, más rápido nos descompusimos. Las caras, que se habían tornado negroazuladas, brillaban imprecisamente bajo la luna llena.

Llegaron antes de medianoche, más temprano de lo que solían. Al escuchar que se acercaban, me alejé un poco de la torre de cuerpos como hacía siempre y me apoyé ingrávido contra la sombra de los matorrales. Siempre habían venido las mismas dos personas, pero esta vez había varios que no conocía y eran seis en total. Después de transportar los cuerpos agarrándolos de cualquier manera de los brazos y las piernas, los apilaron descuidadamente sin acomodar las extremidades ni ordenarlos en forma de cruz. Como si no pudieran soportar el mal olor, se alejaron un poco tapándose la nariz y contemplaron con ojos vacíos las torres de cadáveres.

Uno de ellos se dirigió al camión y volvió lentamente con un bidón grande de gasolina en cada mano. Sosteniéndolos con los músculos de la espalda, los hombros y los brazos se acercó tambaleante hacia nuestros cuerpos.

Pensé que era el final. Las incontables sombras aletearon con movimientos frágiles y suaves. Se sumieron en mi sombra, nos sumimos unas en otras. Nos unimos en el cielo temblando para enseguida separarnos, luego volvimos a superponer nuestros bordes aleteando sin ruido.

Dos de los soldados que estaban esperando se adelantaron para recibir los bidones de gasolina. Abrieron los tapones con calma y comenzaron a rociar las torres de cadáveres para cubrirlos a todos de modo uniforme e igualitario. Después de verter hasta la última gota de combustible, se retiraron y, tras encender un manojo de arbustos secos, lo lanzaron con todas sus fuerzas sobre nuestros cuerpos.

* * *

Lo primero que se incendió y se convirtió en ceniza fueron las ropas manchadas de sangre, que se pudrían pegadas a nuestros cuerpos. A continuación, los cabellos, el vello, la piel, los músculos y las entrañas. Las llamas se levantaron gigantescas como si fueran a devorar el bosque. El claro se iluminó como si fuese pleno día.

Entonces lo supe. Supe que lo que nos había hecho permanecer allí eran esas pieles, esos cabellos, esos músculos y esas entrañas. La fuerza magnética con que nos atraían nuestros cuerpos se fue debilitando vertiginosamente. Las sombras, que nos habíamos retirado a los matorrales y nos rozábamos, apoyábamos y acariciábamos, nos elevamos rápidamente por el aire, transportadas por la humareda negra que emanaba de nuestros cuerpos.

Ellos empezaron a subir al camión. Como si hubieran recibido la orden de quedarse vigilando hasta el final, solo permanecieron allí un soldado raso y un oficial con la insignia de sargento. Bajé flotando sobre ellos y miré sus rostros infantiles, estirándome sobre sus hombros y sus nuca. Vi el incendio de nuestros cuerpos reflejado en sus pupilas negras, asustadas.

Nuestros cuerpos siguieron ardiendo y lanzando llamaradas. Se abrasaron y se contrajeron los órganos. El humo negro, que se elevaba intermitente, parecía la respiración de nuestros cadáveres putrefactos. En los sitios en que se fue aplacando esa respiración agitada, comenzaron a verse los huesos blancuzcos. Las almas de los cuerpos que mostraban sus huesos se alejaron de súbito y ya no fue posible sentir sus sombras ondulantes. Por fin nos estábamos quedando libres, podríamos ir a donde quisiéramos.

Me pregunté a dónde iría ahora.

Iré a donde está mi hermana.

Pero ¿dónde está ella?

Decidí serenarme. Todavía faltaba un poco para que mi cuerpo, que estaba en la base de la torre, se quemara por completo.

Iré a donde están los que me mataron.

Pero ¿dónde están ellos?

Me puse a pensar, flotando en la sombra verdinegra del bosque, que se cernía sobre la húmeda tierra arenosa del claro. ¿Cómo y a dónde iría? No fue penoso ver que mi cara negruzca, que se estaba pudriendo, desaparecía limpiamente. No me dio lástima que ese cuerpo vergonzante se carbonizara sin dejar rastro. Quería ser simple, como lo era cuando tenía cuerpo. No quería tener miedo de nada.

Iré hacia ti.

Entonces todo se tornó claro.

No era necesario apresurarse. Si levantaba el vuelo antes de que saliera el sol, podría orientarme hasta la ciudad, hacia donde se concentraban las luces. Tanteando las calles bajo el amanecer, podría flotar hasta la casa donde vivíamos tú y yo. Quizá hasta hubieras encontrado a mi hermana. Entonces acaso podría reunirme con ella, que estaría ondulando en los bordes de su cuerpo. No, quizá mi hermana ya estaba en ese cuarto que compartíamos y me esperaba flotando en el marco de la ventana o sobre el frío escalón de piedra de la puerta.

* * *

Me deslicé entre las brasas de color naranja al irse aplacando el fuego. La torre de cuerpos se había desmoronado bajo las intensas llamaradas y ya no era posible discernir nada entre los restos confusos y ardientes.

Amanecía en silencio.

Al irse apagando el fuego, el bosque volvió a sumirse en la oscuridad.

Los jóvenes soldados se habían quedado completamente dormidos, sentados sobre el suelo con las rodillas flexionadas y apoyados el uno en el otro.

Fue entonces cuando se escuchó el estruendo.

Fue una explosión de pólvora, como si hubieran hecho detonar miles de fuegos artificiales al mismo tiempo. Se escuchó un alarido lejano. Fue la exhalación simultánea del último aliento, el sonido de las almas asustadas que escaparon de sus cuerpos todas al mismo tiempo.

Fue entonces cuando moriste.

No sé dónde sucedió, pero pude sentir el instante en que moriste.

Me elevé alto, bien alto, esparciéndome en la atmósfera todavía sin luz. Todo estaba oscuro. En ningún lugar de la ciudad, en ninguna calle, en ninguna casa estaba encendida la luz. El único lugar del que emanaban deslumbrantes centelleos era un punto en la lejanía. Vi las luces de bengala lanzadas una tras otra, los destellos que salían fulgurantes de los cañones de las armas.

¿Debería haber ido en esa dirección? Si hubiera volado con todas mis fuerzas hasta ese lugar, ¿habría podido encontrarme con tu alma, que se escapaba asustada de tu cuerpo? Yo seguía sangrando por los ojos, no podía moverme. La luz de la madrugada me estrechaba en su cerco como un gigantesco bloque de hielo.

3

Las siete bofetadas

Ella recibió siete bofetadas. Fue el miércoles sobre las cuatro de la tarde. Debido a que recibió tres bofetadas seguidas en el mismo sitio, no sabría decir cuál fue la que le reventó los capilares del pómulo derecho. Salió a la calle limpiándose la sangre que le corría por la cara con la palma de las manos. ¿Debía volver a la oficina? Se quedó un momento de pie ante el paso de cebra. Pudo sentir cómo se le hinchaban rápidamente las mejillas. Sentía también los oídos taponados. Quizá hasta se le habrían reventado los tímpanos si hubiera recibido más golpes. Tragándose el sabor metálico de la sangre rezumada entre las encías, se dirigió hacia la parada de autobuses para irse a su casa.

Primera bofetada

Iba a olvidar las siete bofetadas a partir de ahora. Las olvidaría todas en una semana, una cada día. Hoy sería el primer día.

Abre con la llave y entra a su cuarto. Se quita los zapatos y los deja bien alineados. Sin quitarse ni desabrocharse el abrigo, se acuesta de lado en el suelo de la habitación. Como puede sobrevenirle una parálisis por el frío, dobla el brazo y apoya sobre él la mejilla izquierda. La derecha se le sigue hinchando y no puede abrir mucho el ojo de ese lado. El dolor punzante, que comienza en la parte superior de la mandíbula, se extiende hasta las sienes.

Se queda acostada en esa posición unos veinte minutos y se levanta. Se quita la ropa de calle y la cuelga en la percha. Vestida con la ropa interior de franela blanca, sale al patio en chanclas a lavarse la cara. Pone agua en la palangana y se la echa a la cara hinchada. Despega los labios, que apenas se

abren, y se cepilla los dientes con cuidado, como si se los acariciara. Suena el teléfono unas cuantas veces y se corta. Cuando entra de nuevo en la habitación después de secarse los pies, vuelve a sonar el teléfono. Extiende el brazo como si fuera a cogerlo, pero cambia de idea y lo desenchufa.

«¿Para qué contestar?», murmura para sí y extiende el futón y el edredón. No tiene hambre. Si comiera algo a la fuerza, seguro que le caería mal. Siente frío debajo del edredón y se acurruca. Seguramente la llamada de hace un rato era de la oficina, probablemente del editor jefe. Si la hubiera atendido, habría tenido que contestar a sus preguntas. «Estoy bien, simplemente me pegaron unas cuantas veces. No, solamente algunas bofetadas. Podré ir a trabajar mañana. No, no hace falta ir al médico, solo tengo la cara un poco hinchada...». Había hecho bien en desenchufar el aparato.

Al sentir que poco a poco el edredón va caldeando su cuerpo, endereza la espalda y estira las extremidades. Mira hacia la ventana, ya ha oscurecido, aunque apenas son las seis de la tarde. Debido a la luz del atardecer, parte del vidrio se ve de color naranja. Gracias a la comodidad de la posición y la tibieza del lecho, se relaja y siente más vívidamente el dolor en las mejillas.

¿Cómo olvidar la primera bofetada?

Cuando el hombre le pegó la primera, ella no emitió quejido alguno. Tampoco se movió para evitar el segundo golpe. En lugar de levantarse de la silla, acurrucarse debajo de la mesa o salir corriendo hacia la puerta, esperó quieta y en silencio. Esperó a que parara, a que dejara de pegarle. Hasta la segunda, la tercera y la cuarta bofetada, confió en que sería la última. Cuando voló hacia ella la palma de su mano por quinta vez, se dio cuenta de que no pararía, que seguiría pegándole. En la sexta, ya no pensó en nada más. Dejó de contar. Cuando él se sentó en la silla plegable al otro lado de la mesa después de lanzarle la séptima, sumó dos a la cuenta que había detenido en la quinta y obtuvo el total: siete bofetadas.

El hombre tenía una cara normal y corriente. Era un rostro casi sin relieve y de labios delgados. Llevaba una camisa de color crema, de cuello ancho, pantalones de vestir amplios de color gris claro y un cinturón con una hebilla particularmente brillante. Si se lo hubiera encontrado por casualidad en la calle, habría pensado que era un oficinista. Le había hablado abriendo esos labios delgados y comunes...

—¡Perra! Aquí te puede pasar cualquier cosa y nadie se dará cuenta. Eres una rata cualquiera.

Sin darse cuenta de que se le habían roto los capilares de la mejilla derecha, ella se lo quedó mirando atónita.

—Si no quieres morir como una mosca, responde: ¿dónde está ese cabrón?

El cabrón al que se refería era el traductor con el que ella se había encontrado hacía dos semanas en una pastelería de Cheonggyecheon. Fue el día que refrescó de repente y tuvo que ponerse un jersey. Ella secó con una servilleta el líquido que se había escapado de la taza de té de cebada y sacó el manuscrito con las correcciones. Para que el traductor pudiera verlo, lo puso sobre la mesa y lo hizo girar ciento ochenta grados.

—Tómese su tiempo para leerlo.

Mientras ella se comía la corteza crujiente del bollo que había pedido junto con el té de cebada, que se estaba enfriando, el traductor examinó cuidadosamente el manuscrito durante casi una hora. Le consultó algunas correcciones nimias y mejoras de la redacción y por último le propuso que revisaran juntos el índice. Ella se levantó de su asiento para sentarse al lado de él y juntos fueron revisando de nuevo hoja por hoja las correcciones y el índice. Antes de despedirse, ella le preguntó:

—¿Cómo contacto con usted cuando salga el libro?

—Yo mismo buscaré una copia en la librería para echarle un vistazo —respondió él, sonriendo.

Ella le tendió un sobre que sacó de su bolso:

—Me lo dio mi jefe para usted. Es un adelanto por los derechos de autor de la primera edición.

Él se lo guardó dentro de la cazadora sin decir nada.

—¿Cómo lo hacemos en las futuras ediciones? —volvió a preguntar ella.

—Yo me comunicaré con ustedes más adelante.

Su apariencia distaba de ser la que uno se imaginaría de un criminal buscado por la policía. Tenía una mirada tímida como la de alguien incapaz de matar un insecto, la piel amarillenta como si no estuviera bien del hígado y bastante grasa debajo del mentón y en la barriga, seguramente porque había vivido mucho tiempo como un ermitaño.

—Siento mucho haberle hecho venir hasta aquí en un día frío como hoy, señorita Eunsuk.

Ella sonrió sin decir nada ante su manera de hablar excesivamente cortés ya que era mucho más joven que él.

—Esto salió del cajón de tu escritorio... Es la letra de ese cabrón, ¿no es cierto? ¿Y aun así me vas a decir que no sabes dónde está?

Desviando la mirada del hombre que había arrojado con un ademán brusco el manuscrito corregido sobre la mesa, la posó sobre la bombilla cubierta de polvo de la sala de interrogatorios. Pensando que le volvería a pegar, parpadeó.

Sin saber por qué, se le vino de pronto a la memoria la fuente de la plaza. En el brevísimo instante en que bajó los párpados, vio la fuente lanzando al aire deslumbrantes chorros de agua. Era junio, ella tenía entonces dieciocho años y pasaba por allí en autobús. Cerró los ojos con fuerza, pero las filosas esquirlas de luz solar que refractaban las gotas de agua atravesaron sus párpados y se le clavaron en las pupilas. Apenas se bajó en la parada más cercana a su casa, se metió en una cabina de teléfono. Dejó en el suelo el portafolios y, limpiándose con el dorso de la mano el sudor que le corría por la frente, metió una moneda en el aparato. Marcó el 114 de información y esperó. Pidió que le dieran el número de atención al público del Gobierno Provincial, marcó el número que le dieron y volvió a esperar. «He visto que salía agua de la fuente y no me parece bien...», empezó diciendo con su voz temblorosa, pero enseguida habló con firmeza: «¿Cómo es que ya sale agua de la fuente otra vez? ¿Es que estamos de fiesta o qué? Ni siquiera ha pasado tanto tiempo, ¿cómo es que ya pusieron en funcionamiento la fuente?».

—¿Por qué me iba a decir dónde estaba a mí, una empleada de la editorial a la que veía por primera vez, si no se lo decía ni siquiera a su familia? —respondió ella, sin dejar de parpadear—. De verdad no sé dónde está...

Él golpeó la mesa con el puño. Ella se sobresaltó y se pegó al respaldo de la silla. Como si hubiera recibido un nuevo golpe en la cara, se pasó la palma de la mano por el pómulo. Justo entonces se asustó, cuando se vio la mano manchada de sangre.

«¿Cómo olvidar?», piensa en la oscuridad.

¿Cómo olvidar la primera bofetada?

¿Cómo olvidar esos ojos que al principio la miraron sin decir nada, con calma, como alguien que está haciendo un trabajo rutinario?

¿Cómo olvidarse de ella misma, que se quedó sentada inmóvil cuando él alzó la mano, pensando que no haría semejante cosa?

¿Cómo olvidar ese primer impacto que casi le disloca el cuello?

Segunda bofetada

La pasante Park llegó de la imprenta cerca de la hora de la comida. Vestía un abrigo corto de color azul, como de colegiala, y unas zapatillas. Era pariente del dueño de la imprenta y tenía un carácter muy desenvuelto para su edad, además de una sonrisa siempre a flor de boca, por lo que era muy apreciada por todos.

—¡Hola! ¿Cómo le va? —la saludó con alegría el editor jefe, quien adoptó una expresión adusta al encontrarse con los ojos de Eunsuk, que justo alzaba la cabeza del manuscrito que estaba corrigiendo.

Con ojos curiosos, la pasante siguió la mirada del editor jefe y se detuvo en la cara de Eunsuk.

—¡Oh!

Sonriendo a medias al ver la cara de susto de la pasante, Eunsuk le preguntó:

—¿Ya han salido las pruebas de imprenta?

Sin poder quitar los ojos de su cara, la pasante sacó de un sobre grande las pruebas.

—¿Qué le pasó?

Al no obtener respuesta, la pasante se dirigió esta vez al productor editorial Yoon:

—¿Qué le pasó en la cara a la editora?

El productor se limitó a menear la cabeza y ella interrogó entonces con la mirada al editor jefe, abriendo mucho los ojos.

—Ya le he dicho que se vaya a su casa, pero no me hace caso —dijo el editor jefe, que rayaba en la senectud, encendiendo un cigarrillo y poniéndoselo en la boca.

Luego abrió la ventana que tenía detrás y, sacando la cabeza afuera, aspiró y exhaló el humo hasta que se le quedaron chupadas las mejillas. Era un hombre que, se vistiera como se vistiera, se veía desaliñado y extenuado. Trataba de usted incluso a quienes podían ser sus hijos y, aunque era el dueño de aquella pequeña editorial, pedía a todos que lo llamaran simplemente «editor jefe». También había sido compañero de bachillerato del traductor por cuyo paradero había sido interrogada Eunsuk en la policía.

Cuando ella y la pasante terminaron de hablar, el editor jefe apagó su cigarrillo y preguntó:

—Eunsuk, ¿no quiere comer carne? Yo invito. En la avenida hay un buen restaurante de ternera a la parrilla. Y usted, Park, venga con nosotros si no tiene otra cosa que hacer.

La repentina amabilidad del editor jefe le suscitó un interrogante que no se le había ocurrido antes. Él había estado esa mañana temprano en la comisaría de Seodaemun antes que ella. ¿Cómo los habría convencido de que no sabía nada?

—No, gracias —respondió ella muy seria. No podía poner otra expresión porque le dolía la cara hinchada si sonreía—. Ya sabe que a mí no me gusta la carne.

—Ah, es cierto que no come carne —dijo él, asintiendo repetidas veces con la cabeza.

No era tanto que no le gustara, sino que no soportaba ver cómo se asaba la carne sobre la parrilla. Cuando veía rezumar la sangre y el jugo, giraba la cabeza hacia otro lado. También cerraba los ojos cuando tenía que freír un pescado con cabeza. Cuando la sartén se calentaba y se humedecían los ojos del pescado congelado y un líquido blancuzco salía de su boca, le parecía que el pez muerto quería decirle algo, por eso evitaba como podía esos momentos.

—Entonces, ¿qué quiere comer, Eunsuk?

La pasante se metió en la conversación:

—Mi jefe se enfadaría si me invitaran a comer algo muy caro. Mejor vayamos a donde fuimos la otra vez.

Cerraron la oficina y los cuatro, incluido el productor editorial, fueron al mesón de comida casera que estaba al lado del restaurante de carne asada. Lo atendía una mujer que en verano andaba en chanclas, lo que dejaba ver la uña amoratada de su pulgar, y en invierno se ponía calcetines rellenos de algodón y zapatos de goma forrados de piel. Se sentaron junto a la estufa de queroseno y esperaron a que les trajera la comida.

—Park, ¿cuántos años dijo que tenía?

Era como la quinta vez que el editor jefe le hacía la misma pregunta, pero ella le respondió con tono amable:

—Dieciocho.

—Usted mencionó que el director Jeong, el dueño de la imprenta, es su tío, ¿no?

—No exactamente. Es un tío en segundo grado. Es primo de mi padre.

Sonriendo y con desenfado, la pasante contó lo mucho que se parecían a pesar de no ser parientes directos y las muchas veces que la confundían con su hija. El productor editorial Yoon, que se había casado hacía poco y tenía a su esposa en avanzado estado de gestación, lanzaba grandes carcajadas cada vez que la pasante terminaba de decir algo.

Cuando estaba a punto de terminar la comida, el editor jefe le dijo a Eunsuk:

—Si quiere, mañana voy yo al Departamento de Censura.

Lo decía a sabiendas de que ella, con su sentido del deber, declinaría la oferta.

—No hace falta. Siempre he ido yo.

—Es que me da pena, con lo mal que lo habrá pasado ayer...

Ella lo miró fijamente, repasando las palabras que acababa de escuchar. «¿Cómo habrá salido ileso de ese lugar? ¿Se habrá limitado a decirles la verdad?».

Kim Eunsuk es la editora a cargo. Los dos se encontraron en una pastelería de Cheonggyecheong e hicieron la última revisión juntos. Salvo eso, no sé nada más.

«¿Se había limitado a decir la verdad, pero la amarga conciencia no dejaba de importunarle en un rincón de su mente?».

—No, siempre he ido yo —repitió ella. Quiso sonreír imitando a la pasante, pero al sentir el dolor, volvió la cara para que su jefe no le viera la mejilla derecha tumefacta.

Todos se habían marchado de la oficina y ella se envolvió hasta los ojos con la bufanda de color gris humo. Volvió a comprobar que estaba cerrada la estufa de queroseno, apagó las luces y bajó también el interruptor general. Antes de abrir la puerta de vidrio para salir de la oficina completamente a oscuras, cerró por un breve instante los ojos como si vacilara.

El aire nocturno era gélido. Sintió frío alrededor de los ojos, que era la única porción de la cara que tenía descubierta, pero no quiso coger el autobús. Después de estar todo el día sentada en la oficina, le gustaba hacer a pie y sin prisas el trayecto de cinco paradas de autobús que había hasta su casa. No trató de espantarse de la cabeza los pensamientos que se le fueron ocurriendo sin orden ni concierto.

¿Me habrá pegado en la mejilla derecha porque era zurdo?

Sin embargo, cuando tiró sobre la mesa el manuscrito corregido y me señaló con el bolígrafo, sin duda alguna usó la mano derecha.

¿Será que, cuando ataca a alguien, mueve por instinto la mano izquierda, que es la que se relaciona con las emociones?

Sintió un sabor amargo en la punta de la lengua, como cuando estaba a punto de sufrir mareos en un vehículo. Tragó saliva a la fuerza, acostumbrada como estaba a las ganas de vomitar que sentía en la garganta, el esófago y el

estómago al mismo tiempo y a que esa sensación familiar le recordara a ti. Sin embargo, como eso no la alivió, sacó del bolsillo de su abrigo un chicle y se lo metió en la boca.

¿Pero no era una mano algo pequeña para ser la de un hombre?

Iba caminando con la cabeza baja entre hombres vestidos con abrigos grises, colegialas con mascarillas blancas en la boca y mujeres que volvían de su trabajo con las pantorrillas ateridas de frío.

¿O quizás eran unas manos comunes, ni muy grandes ni muy gruesas?

Siguió andando, sintiendo la mejilla todavía hinchada debajo de la bufanda; masticando el chicle, que despedía un fuerte aroma a acacia, solo con el lado izquierdo; recordando que había esperado conteniendo la respiración, sin escapar y sin decir nada, el segundo golpe que le había descargado esa mano.

Tercera bofetada

Ella baja del autobús en la parada del palacio Deoksugung. Como el día anterior, tiene la bufanda subida hasta debajo de los ojos. La mejilla escondida debajo se ha desinflamado. En su lugar, tiene un hematoma rojizo del tamaño de la palma de una mano que parece una mancha de nacimiento.

Cuando llega a la alcaldía, la detiene un policía robusto vestido de civil:

—Un momento, por favor. Abra el bolso.

Ella sabe que, en situaciones semejantes, tiene que mantener en suspenso una parte de sí. Como un papel que se pliega fácilmente por los dobleces gastados y repetidos, una porción de su conciencia se separa de ella. Sin avergonzarse, abre el bolso y se lo muestra. Adentro lleva un pañuelo, chicles con sabor a acacia, un estuche de lápices, un fajo de pruebas de imprenta, vaselina para los labios partidos, una agenda y la cartera.

—¿Qué la trae aquí?

—Voy al Departamento de Censura. Trabajo en una editorial —responde ella, levantando la vista y mirando a los ojos al policía vestido de civil.

Siguiendo sus instrucciones, saca el documento de identidad de la cartera. Conteniendo la respiración, se queda viendo cómo abre y revisa el pequeño neceser de tela donde lleva unas toallitas higiénicas, igual que hace dos días en la sala de interrogatorios. Igual que hace cuatro años en el restaurante de la universidad, a la que entró tras repetir la selectividad.

Era un día de abril en que caía una fuerte cellisca y ella estaba comiendo a una hora ya tardía. Se abrieron las puertas de vidrio con estruendo y entraron

corriendo unos estudiantes. Detrás de ellos, irrumpieron varios policías vestidos de civil, gritando. Con la cuchara en la mano, ella se quedó atónita viendo cómo iban a por los estudiantes y les pegaban con sus bastones. Uno de los policías estaba particularmente excitado. Se paró delante de un estudiante rollizo que comía arroz con curri sentado solo junto a una columna y le lanzó la silla plegable que tenía delante. La sangre empezó a manar de la frente del joven y le cubrió la cara. A ella se le cayó la cuchara de las manos del susto. Al agacharse para recogerla, cogió sin darse cuenta un impreso caído en el suelo. Llegó a leer lo que decía: *¡Abajo la dictadura del asesino Chun Doo-hwan!* Justo entonces una mano la cogió violentamente de los cabellos, le quitó el impreso y la levantó de la silla.

¡Abajo la dictadura del asesino Chun Doo-hwan!

Pensando en esta frase, que recordaba como si se la hubieran grabado en el pecho con una hoja de afeitar, levanta la vista hacia el retrato del presidente Chun que está colgado en la pared pintada de cal del Departamento de Censura.

«¿Cómo es posible que un rostro pueda esconder lo que lleva dentro?», es la pregunta que se hace. «¿Cómo puede esconder la insensibilidad, la crueldad y el instinto asesino?».

Sentada debajo de la ventana en un asiento sin respaldo, se muerde el pellejo de las uñas. El ambiente es tibio, pero no puede quitarse la bufanda. Debido al calor del radiador, le arde la contusión de la mejilla, que parece un tatuaje.

Al escuchar que el funcionario vestido de uniforme militar y encargado de la seguridad la llama por el nombre de la editorial, ella se acerca a la ventanilla. Explica que viene a entregar unas pruebas de imprenta —son las que le llevó la pasante ayer— y que va a retirar las que dejó hace un par de semanas para ser revisadas.

—Espere un momento.

Debajo del retrato del asesino, hay una puerta con una ventanilla de vidrio semitransparente. Ella sabe que detrás de esa puerta trabajan los censores. Nunca les ha visto la cara, pero los imagina como hombres de mediana edad y vestidos de uniforme, sentados ante escritorios llenos de libros abiertos. El funcionario vestido de militar abre esa puerta, entra con pasos seguros y vuelve a su puesto al cabo de unos cuantos minutos.

—Firme aquí —dice, y le tiende el libro de registros.

Ella duda un instante porque las pruebas de imprenta que él acaba de poner delante de la ventanilla tienen un aspecto raro, incluso a primera vista.

—Firme...

Firma en el libro y recibe las pruebas.

No hacen falta las palabras. Ellos han hecho su trabajo de disección y le han entregado el resultado.

Se aparta de la ventanilla y camina unos pasos. De pie, entre los asientos de la sala de espera, pasa las hojas de las pruebas de imprenta. Es el libro que durante un mes pasó a máquina, comparó con el original y corrigió tres veces hasta casi aprendérselo de memoria y ahora solamente le falta pasar por la imprenta.

Su primera impresión es que las páginas parecen quemadas, como si el fuego las hubiese calcinado y convertido en negro carbón.

El llevar las galeradas al Departamento de Censura e ir a buscar en la fecha que le fijan es algo que ha hecho todos los meses desde que ha entrado a trabajar en la editorial. Verifica con desaliento que han tachado con tinta negra tres o cuatro fragmentos, o como mucho una docena, y luego vuelve a la oficina, donde hace las correcciones pertinentes para finalmente entregarlo a la imprenta.

Sin embargo, esta vez es diferente. Están tachadas más de la mitad de las líneas que aparecen en las primeras diez páginas. En las siguientes treinta páginas más o menos, está tachada la mayor parte del texto. Al pasar la página cincuenta, como si el trabajo de tajar hubiera sido molesto, han borrado la totalidad de las páginas con un rodillo humedecido en tinta negra. Como las hojas han quedado empapadas, el libro se ha hinchado y ha tomado la forma de un prisma triangular.

Guarda en el bolso esa masa de carbón que parece a punto de desmenuzarse. Pesa como si llevara dentro hierro y no carbón. No recuerda cómo abandonó el Departamento, ni cómo cruzó el pasillo y salió por la puerta donde estaba de pie el policía vestido de civil.

Ya no podrá imprimirse la antología de teatro. Todo el esfuerzo realizado ha sido en vano.

Trata de recordar las frases que se han salvado aquí y allá de las primeras diez páginas.

Después de que os perdiéramos, nuestros días se han vuelto noche.

Una noche que ha caído sobre nuestras casas y calles.

En medio de esas tinieblas, que ya no se oscurecen ni se aclaran, comemos, caminamos y dormimos.

Piensa en las oraciones que ahora se hilan burdamente, los párrafos enteros eliminados con tinta negra, las palabras que por casualidad dejan traslucir sus trazos: *Vosotros, yo, eso, posiblemente, justamente, nuestro, todas las cosas, tú, cómo, contemplo, tus ojos, de lejos y de cerca, eso, con claridad, ahora, un poco más, borrosamente, por qué tú, quizás recuerdes.* Hace una inspiración profunda entre cada una de las oraciones que se han vuelto negro carbón. «¿Cómo puede salir agua de la fuente de la plaza? ¿Es que estamos de fiesta?».

Deja tras de sí la estatua negra de un almirante luciendo su espada al costado, y sigue andando sin detenerse.

Como no puede respirar con la bufanda subida hasta los ojos, camina con su pómulo rojizo y lacerante al descubierto.

Cuarta bofetada

Después de la tercera bofetada, voló la cuarta. Ella esperaba que le cayera encima la mano. No, esperaba que esa mano se detuviera. Mejor dicho, no esperaba nada. Simplemente se dejó golpear. Recibió todos los golpes sin defenderse. Eso es lo que tiene que olvidar. Hoy va a olvidar la cuarta bofetada.

Abre el grifo del lavabo que hay al fondo del pasillo del edificio y se lava las manos con agua fría. Se alisa con las manos mojadas los largos cabellos, rizados a pesar de no haberse hecho la permanente, y se los ata con una goma elástica negra.

No se maquilla. Salvo vaselina, no se pone nada en los labios. No hace nada para que su cutis luzca más claro y liso, no se viste con prendas vistosas ni usa tacones ni se pone perfume. Hoy es sábado y sale del trabajo a la una, pero no tiene un novio que la invite a comer. Tampoco tiene amigos de cuando era más joven e iba a la universidad. Como todos los días, va a regresar al cuarto donde vive. Va a comer arroz mezclado con agua caliente y se va a ir a dormir. Durante el sueño, va a olvidar la cuarta bofetada.

Sale del lavabo y se dirige a la oficina cruzando el pasillo, que está en penumbra incluso en pleno día. Escucha que alguien la llama animadamente con un «señorita Kim» y se da la vuelta. Reconoce al instante la manera de caminar del dramaturgo Seo, que viene por el pasillo, a contraluz de la pequeña ventana que hay al fondo.

—¿Cómo está, señorita Kim? —la saluda con voz clara y sonora.

—Bien, ¿cómo le va? —dice ella, devolviéndole el saludo con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Pero qué le ha pasado en la cara? —pregunta él, abriendo mucho los ojos tras sus gafas de pasta de color marrón.

—Me lastimé —responde ella, tratando de dibujar una sonrisa.

—¿Pero cómo se ha hecho eso?

Al ver que ella duda en responder, él cambia con naturalidad de tema de conversación.

—¿Está dentro el editor jefe Moon?

—Hoy no ha venido. Dijo que tenía una boda.

—¡Vaya! Cuando hablé con él anoche, me dijo que iba a estar en la oficina.

Ella abre la puerta sin decir nada y lo invita a pasar adentro. Le ofrece un asiento ante la mesilla cubierta con un mantel con bordes de encaje donde se recibe a los invitados. Siente un espasmo en las mejillas. Entra en la cocina para preparar un café. Posa sus manos primero en la mejilla derecha, todavía dolorida, y luego en la izquierda, llena de tensión. Tratando de mantener la calma, pone a calentar agua en la cafetera. No ha sido ella quien ha convertido ese libro en una masa de carbón, así que no se explica por qué le tiemblan las manos como si hubiera sido sorprendida mintiendo. ¿Por qué el editor jefe, es decir, el dueño de la editorial, no está en la oficina? ¿Habrá faltado a propósito para evitar este momento incómodo?

—No paraba de suspirar cuando hablé con él anoche... Vine para ver con mis propios ojos cuánto han tachado del original —dice el dramaturgo, cuando ella pone delante de él una taza de café—. Aunque el libro no se publique ahora, la obra se representará igual. Como van a ser los mismos censores los que leerán el libreto, habrá que eliminar o cambiar todas las partes problemáticas para que la obra pase la censura.

Ella se dirige a su escritorio y abre el último cajón. Trae las pruebas de imprenta sosteniéndolas con las dos manos y las pone sobre la mesilla. Se sienta frente al dramaturgo, quien habitualmente suele tener dibujada una sonrisa de buena persona en los labios. Él se sorprende un poco y comienza a pasar las páginas. Va viendo también una a una las hojas que han sido embadurnadas de tinta negra con un rodillo.

—Lo siento mucho —dice ella, al ver que el dramaturgo llega a la última página, donde aparece el sello de los derechos de autor—. De verdad lo siento. No tengo palabras...

—Señorita Kim Eunsuk...

Ella levanta la vista y mira la expresión de perplejidad del dramaturgo.

—¿Por qué se pone así?

Ella se sobresalta y se enjuga el rabillo de los ojos. Cuando recibió las siete bofetadas, no lloró ni una sola vez. No entiende por qué ahora, de repente, se le saltan las lágrimas.

—Lo siento... —se disculpa ella, secándose rápidamente con las dos manos las lágrimas que no paran de manar de sus ojos como un viscoso manantial—. De verdad lo siento.

—¿Por qué se apena tanto? ¿Por qué se disculpa?

El dramaturgo deja sobre la mesa las pruebas de imprenta. Cuando las va a atraer hacia sí, ella vuelca sin querer su taza de café. Con rapidez, el dramaturgo las levanta para que no se manchen. Como si en ese libro, todo tachado, todavía quedara algo que salvar.

Quinta bofetada

Es domingo, así que había pensado quedarse durmiendo hasta tarde, pero se despierta antes de las cuatro de la mañana, como siempre.

Se queda un rato sentada en la oscuridad y luego se dirige a la cocina. Bebe un sorbo de agua fría y, como le parece que no le volverá de nuevo el sueño, se pone a lavar la ropa. Mete los calcetines de colores claros, las toallas y las camisetas blancas en la minilavadora y lava a mano el suéter de color gris oscuro y la ropa interior y los deja extendidos. Decide que lavará después los tejanos, cuando se junte más ropa de color. Al quedarse sentada de cuclillas en la cocina escuchando el rítmico sonido de la lavadora, de pronto le vuelve el sueño.

«Sí, mejor me voy a dormir».

Al entrar en el cuarto y cerrar los ojos, siente que su cuerpo se endurece y que, junto con el futón y el piso de linóleo, también rígidos, se precipita en picado. No puede moverse ni lanzar un quejido. Al detenerse poco a poco la caída, comienza a estrecharse el espacio de la habitación. Es como si enormes planchas de cemento comenzaran a presionar y aplastar su pecho, su frente, su espalda y su nuca, todo al mismo tiempo.

Abre los ojos haciendo una inspiración profunda. Escucha que la lavadora está ejecutando la última función de centrifugado.

«Esperaré un poco más en la oscuridad».

La lavadora se detiene como si se le hubiera cortado la respiración y se escucha la aguda señal que avisa del fin del lavado.

Sin erguirse, se queda con los ojos abiertos mirando la oscuridad. Todavía no ha olvidado las primeras cuatro bofetadas, pero hoy tiene que olvidar la quinta. La que le había hecho decidir que dejaría de contar, la que le había transmitido una sensación lacerante de despellejamiento, la que le había hecho saltar un hilo de sangre del pómulo.

Después de colgar la ropa lavada en la cuerda tendida a un lado del lavabo, vuelve a su cuarto, pero aún falta para que se aclare el día.

Dobla el futón y el edredón y los pone encima de la cajonera, ordena el escritorio y los cajones, pero todavía sigue faltando bastante para que salga el sol. Pone en orden todo lo que hay sobre la mesilla plegable que usa como tocador y deja sus manos quietas solo cuando se pone frente al espejo. Como siempre, el interior de este muestra un mundo frío y sereno. Mira el rostro conocido que la observa desde el otro lado, ve con indiferencia la mejilla todavía amoratada.

Hubo un tiempo en que todo el mundo le decía que tenía una cara muy simpática. «Tu nariz, tus ojos y tu boca apenas te sobresalen de la cara y te hacen muy bonita. Tu pelo rizado es como el de una bailarina negra, ni falta te hace ir a la peluquería». Pero después de ese verano en que tenía dieciocho años, nadie ha vuelto a decirle cosas así. Ahora tiene veintitrés y la gente espera que sea encantadora, que tenga las mejillas sonrosadas como manzanas, que una radiante alegría de vivir rezume de sus hoyuelos. Sin embargo, ella quiere envejecer cuanto antes, que la maldita vida no prolongue demasiado su existencia.

Pasa un trapo mojado por todos los rincones del suelo de su cuarto. Lava el trapo, lo pone a secar y se sienta frente a su escritorio, pero todavía falta para que amanezca. El quedarse sentada sin leer ni hacer nada le da hambre. Pone en un cuenco un poco del arroz que le ha mandado su madre y vuelve a sentarse frente al escritorio. Masticando en silencio el arroz crudo, piensa que hay algo indecente en el acto de comer. Concentrada en esa indecencia diaria, piensa en los muertos. Ellos nunca tienen hambre, puesto que no están vivos; en cambio, ella siente hambre porque está viva. Esto la había atormentado continuamente durante los últimos cinco años, el hecho de sentir hambre frente a la comida.

En el invierno de ese año, tras fallar en la selectividad para ingresar a la universidad, no hizo otra cosa que quedarse encerrada todo el día en su casa.

Entonces su madre le dijo:

—¿No podrías cerrar los ojos y simplemente vivir? No soporto verte así. Olvida todo lo que ocurrió. Ve a la universidad, trabaja para ganarte el sustento, conoce a alguien y cástate. Haz lo que hace todo el mundo. Te pido que me quites esta carga de encima, hija.

No quería ser la carga de nadie, así que retomó los estudios. Decidió irse lo más lejos posible de su ciudad y solicitó el ingreso en una universidad de Seúl. Por supuesto, allí no encontró un refugio. Los policías vestidos de civil estaban estacionados permanentemente en el campus y los estudiantes que eran apresados eran reclutados a la fuerza para el servicio militar y destinados a los puestos más avanzados en la frontera. El riesgo era muy grande, por lo que casi no se hacían manifestaciones. En lugar de eso, luchaban poniendo en juego la vida. La señal era cuando rompían desde dentro el vidrio de una ventana de la biblioteca central y desplegaban un cartel largo que decía «*Abajo la dictadura del asesino Chun Doo-hwan*». Entonces algunos estudiantes se ataban con una cuerda de una columna de la azotea y se lanzaban hacia abajo. Lo hacían para ganar tiempo hasta que los policías vestidos de civil subían y tiraban de las cuerdas para alzarlos. Entonces, tiraban impresos al aire y gritaban consignas, mientras abajo, frente a la biblioteca, se reunían treinta o cuarenta estudiantes de caras todavía aniñadas y, entrelazándose fuertemente de los brazos, entonaban canciones a favor de la democracia. La represión era violenta y rápida, por lo que nunca llegaban a terminar una canción. Los días que ella contemplaba de lejos estas escenas, no podía dormir de noche. Aunque lograra conciliar el sueño, se despertaba sobresaltada, presa de pesadillas.

Fue en junio, acababa de terminar el segundo parcial del primer semestre, cuando su padre sufrió un derrame cerebral y se vio imposibilitado para usar el lado derecho de su cuerpo. Su madre consiguió a duras penas, a través de conocidos, un puesto de ayudante en una farmacia y se hizo cargo de la manutención del hogar. Eunsuk pidió permiso en la universidad y volvió a Gwangju. De día cuidaba del padre y, cuando su madre volvía a casa después del trabajo, trabajaba durante algunas horas en una pastelería empaquetando bollos y sirviendo las mesas hasta las diez de la noche. Dormía un poco y se levantaba de madrugada para prepararles la fiambrra a sus dos hermanos menores. Al llegar el nuevo año, su padre se pudo mover lo suficiente como para comer él solo, de modo que volvió a la universidad. Sin embargo, un semestre después, tuvo que dejar de nuevo los estudios para procurarse el dinero de la matrícula. Así, lentamente y con grandes dificultades, terminó el

segundo año. Luego desistió de seguir estudiando, pero gracias a la recomendación de un profesor, pudo entrar a trabajar en aquella pequeña editorial.

Su madre se apenó muchísimo cuando las cosas se desarrollaron de esa manera, pero ella pensaba diferente. Aunque no hubieran existido esas dificultades en su familia, no habría podido graduarse. Al final habría formado parte de esos estudiantes de caras aún infantiles que se protegían entrelazándose fuertemente de los brazos y habría tratado de aguantar por todos los medios con todos ellos. Y lo que más la habría aterrorizado hubiera sido ser la única superviviente.

Nunca fue su intención sobrevivir.

Ese día volvió a su casa, se puso ropa limpia y salió por la puerta sin que se enterara su madre para volver al polideportivo. Estaba anocheciendo. La puerta del pabellón estaba cerrada, pero no había nadie, así que fue al Gobierno Provincial. Tampoco encontró a nadie en el pasillo de la sala de atención al público. Al parecer, la milicia popular no había podido llevarse todos los cuerpos, porque había varios que se estaban pudriendo en medio del fétido olor, tal como ella y Seonju los habían dejado después de limpiarlos un poco.

Fue al edificio anexo y allí encontró a algunas personas en el vestíbulo. Una estudiante universitaria que formaba parte del equipo encargado de la cocina en el comedor del edificio le dijo que las mujeres estaban reunidas en la primera planta.

Cuando entró en el cuarto que había al final del pasillo de la primera planta siguiendo a la estudiante, vio que varias estaban discutiendo:

—Nosotras también tenemos que empuñar las armas. Hace falta más gente para luchar.

—No se puede obligar a nadie. Que reciban armas las que lo deseen, las que estén dispuestas a todo.

Descubrió a Seonju, que estaba sentada en el borde de una mesa con la mano debajo del mentón, y se fue a sentar junto a ella. Seonju le sonrió en silencio. Como siempre, ella apenas abrió la boca durante la discusión, pero al final dijo con calma que quería tomar las armas.

Fue hacia las once de la noche cuando Jinsu tocó a la puerta y entró en la habitación. Lo había visto ir a todas partes con un *walkie-talkie*, pero era la primera vez que lo veía con un fusil al hombro.

—¿Podrías quedaros tres de vosotras? Hacen falta tres chicas para que vocean con megáfonos por las calles hasta la mañana. El resto que se vaya a su casa.

Las tres que habían manifestado que tomarían las armas durante la discusión se presentaron con naturalidad como voluntarias.

—Nosotras también queremos quedarnos hasta el final —dijo la chica universitaria que la había llevado hasta allí—. A eso hemos venido.

No recordaba exactamente cómo Jinsu las había convencido de no tomar las armas. Quizá lo había olvidado porque no quería acordarse de ello. Le parecía recordar vagamente que había dicho que, si se quedaban en el Gobierno Provincial y morían en el enfrentamiento con el ejército, se dañaría el buen nombre de la milicia popular por permitir la muerte de mujeres, pero no estaba segura de que hubiera sido eso lo que la convenciera. Estaba dispuesta a dar la vida, pero al mismo tiempo no quería morir. Creía haberse vuelto imposible después de ver tantos muertos, pero justamente por eso tenía más miedo de morir. No quería exhalar el último aliento con la boca abierta, el cuerpo lleno de agujeros y las entrañas translúcidas desparramadas por el suelo.

De las tres chicas que decidieron quedarse, la que recibió una carabina para que se defendieran fue Seonju. Después de escuchar la breve explicación de cómo usarla que le dio Jinsu, Seonju se puso el arma al hombro con torpeza y, sin darse la vuelta para despedirse, se dirigió a la planta baja siguiendo a las otras dos, que eran estudiantes universitarias.

—Pedid a la gente que salga a la calle, que cuando se haga de día la plaza del Gobierno Provincial esté llena de gente. Nosotros trataremos de aguantar por todos los medios hasta la mañana —les dijo Jinsu.

El resto de mujeres salió del edificio a eso de la una de la madrugada. Jinsu y otros universitarios las acompañaron hasta donde estaba la iglesia Namdong. El grupo se detuvo a la entrada de la callejuela, iluminada por un farol mortecino.

—Separaos a partir de aquí. Refugiaos en cualquier casa.

El alma se le hizo trizas entonces. Fue cuando Jinsu, con la camisa mojada de sudor y la carabina al hombro, trató de sonreírles a modo de despedida; cuando ella se quedó como congelada observando las espaldas de los varones que volvían sobre sus pasos por la calle oscura para retornar al Gobierno Provincial. No, fue antes. Fue cuando te vio mientras salía del edificio, cuando te descubrió con los pantalones del chándal de gimnasia celeste, la

chaqueta de entrenamiento verde y llevando un fusil al hombro, sobre esos hombros aún estrechos como los de un niño, entonces te llamó sorprendida:

—Dongho, ¿por qué no te fuiste a casa?

Interrumpiendo al joven que le estaba enseñando a cargar el arma, le dijo:

—Este chico está todavía en el colegio. Hay que mandarlo a casa.

El joven puso cara de sorpresa:

—Pero si me dijo que estaba en segundo de bachillerato... Hace un rato mandamos a casa a todos los de secundaria, pero él no se fue.

Ella bajó la voz y continuó con su protesta:

—No puede ser, ¿te parece que este chico tiene cara de ser de bachillerato?

Cuando Jinsu y los otros varones desaparecieron por completo en la oscuridad, ellas se dispersaron. La chica universitaria que era del equipo de cocina le preguntó si conocía a alguien en las casas de los alrededores. Como ella negó con la cabeza, le propuso que fueran al Hospital Universitario de Chonnam porque tenía a una prima internada allí.

El vestíbulo del hospital estaba a oscuras y la puerta de entrada estaba cerrada. Llamaron un buen rato y el portero salió a ver qué ocurría con una linterna en la mano. También salió la jefa de enfermería. A ambos se les notaba la tensión en la cara, pues habían pensado que había llegado el ejército.

También estaban apagadas las luces de los pasillos y de las escaleras de emergencia. Hasta habían clausurado las ventanas con cobertores gruesos, de modo que estaba todo completamente en tinieblas, pero los pacientes y sus familiares estaban despiertos. La tía de la chica universitaria tomó la mano de su sobrina y le dijo en un susurro:

—¿Qué hacemos? Dicen que van a venir los soldados, que van a acribillar a todos los enfermos...

Ella se sentó debajo de la ventana, entonces un hombre que parecía ser familiar del paciente de la cama contigua, le dijo:

—No te sientes cerca de la ventana. Es peligroso. El día en que se retiraron los soldados, voló una bala y agujereó una camisa que estaba colgada cerca. Imagínate lo que habría pasado si alguien hubiera estado de pie ahí.

Ella solo pudo escucharle, pues no podía verle por la oscuridad reinante. Le hizo caso, se movió un par de pasos a un lado y volvió a sentarse.

Había un paciente en estado grave que no respiraba con normalidad, de modo que cada veinte minutos entraba una enfermera con una linterna. Cada vez que la luz barría las paredes de la sala como un reflector de búsqueda, se hacían patentes las caras rígidas de miedo de los pacientes y los familiares.

—¿Qué hacemos? ¿Te parece que los soldados van a irrumpir en este hospital? Si van a acribillar a todos, ¿no será mejor que nos vayamos cuanto antes, apenas salga el sol? Tu prima recobró la conciencia justo ayer, ¿qué hacemos si se le saltan los puntos?

Cuando su tía le hacía preguntas como esas en un susurro, la chica universitaria le respondía en un susurro más bajo aún:

—No tengo la menor idea, tía.

¿Cuánto tiempo habría pasado? Al escucharse una voz débil a lo lejos, Eunsuk giró la cabeza hacia la ventana. Se acercaba cada vez más una voz femenina en el megáfono, pero no era Seonju.

—¡Ciudadanos de Gwangju, acudid al Gobierno Provincial! ¡El ejército, que ha decretado el estado de sitio, está entrando en la ciudad!

Sintió cómo el silencio se hinchaba como un globo dentro de las cuatro esquinas de la habitación. Al llegar el camión a la calle del hospital, la voz se hizo aún más fuerte y clara.

—¡Vamos a luchar hasta el final! ¡Salid y luchad con nosotros!

No pasaron ni diez minutos desde que se alejara esa voz, cuando se escuchó llegar al ejército. Nunca había escuchado sonidos semejantes: pasos resueltos y acompasados de miles de botas, tanques atronadores que destrozaban las calzadas y parecían capaces de echar abajo las paredes. Eunsuk ocultó la cara entre las rodillas. En una de las camas, sonó la voz suplicante de un pequeño:

—Mamá, cierra la ventana.

—Está cerrada, mi amor.

—Ciérrala más fuerte.

—Te digo que está cerrada.

Al alejarse esos sonidos, volvió a escucharse la voz de la chica en el megáfono. Era un sonido lejano que llegaba atravesando el silencio de la ciudad, a una distancia de varias manzanas.

—¡Ciudadanos, salid ahora! ¡Está entrando el ejército del estado de sitio!

Finalmente se escucharon tiros del lado del Gobierno Provincial. Eunsuk no se tapó los oídos ni cerró los ojos. No sacudió la cabeza ni lanzó un quejido. Únicamente se acordó de ti, cuando intentó llevarte con ella y tú te

escapaste corriendo por las escaleras con cara de susto, como si escapar así fuese la única forma de sobrevivir.

—¡Ven conmigo, Dongho! ¡Tenemos que irnos ahora! —te gritó.

Agarrado peligrosamente a la barandilla de la escalera que llevaba al piso de arriba, tú temblabas. Cuando los ojos de Eunsuk se encontraron con los tuyos por última vez, vio miedo en tus párpados temblorosos.

Sexta bofetada

—¿Cómo pensará burlar la censura? —pregunta en un murmullo el editor jefe, mirando la invitación que le acaba de entregar un joven que trabaja en la compañía teatral que dirige el dramaturgo Seo. Parece estar hablando consigo mismo, pero en realidad se lo está preguntando a ella—. ¿Estará reescribiendo el libreto? Pero si solo faltan un par de semanas para la función... ¿Cuándo van a ensayar?

Los planes del editor jefe y el dramaturgo eran publicar esa semana la antología de teatro y hacer que las secciones literarias de los diarios publicaran una reseña la semana entrante. Iba a ser una buena publicidad para la obra que iba a representar la compañía teatral. Estaba previsto también que el productor editorial Yoon vendiera la antología en el vestíbulo del teatro mientras la obra estuviese en cartel. Sin embargo, la publicación se había frustrado, así que lo normal hubiera sido que también se cancelara la representación de la obra que formaba parte de la antología. De todos modos, vaya a saberse cómo y por qué, el dramaturgo estaba mandando las invitaciones como estaba previsto.

Se abre con un estruendo la puerta de la oficina. El productor Yoon entra con una caja llena de libros en los brazos. Tiene las gafas empañadas por el calor de la oficina.

—Que alguien me quite las gafas, por favor.

Ella se levanta corriendo y se las quita. Haciendo una fuerte inspiración, el productor deja caer la caja sobre la mesilla para recibir a los invitados. Ella la abre con un cúter y saca dos ejemplares. Le lleva uno al editor jefe y empieza a hojear el otro. En lugar del nombre del traductor prófugo, aparecía el nombre de un pariente del editor jefe que había emigrado a los EE.UU. El libro, que le había suscitado tantas preocupaciones a Eunsuk, solamente había tenido dos párrafos tachados por el Departamento de Censura y había logrado imprimirse sin mayores dificultades.

Ella despliega una capa gruesa de hojas de periódico sobre la mesilla y comienza a sacar los libros de la caja con ayuda de Yoon. Juntos van metiendo los ejemplares en sobres con el logo de la editorial junto con un comunicado de prensa y los van apilando para enviarlos al día siguiente a distintos periódicos.

—Ha quedado bien —le dice en un murmullo el editor jefe, como si hablara para sí, luego carraspea y agrega en voz más alta—: El libro ha quedado realmente bien. Ordénelo todo y váyase temprano a casa.

Apenas termina de decir esto, se quita las gafas para la miopía y se levanta de la silla. Se pone el abrigo encima, pero se ve en dificultades para meter el brazo derecho en la manga. Al parecer ha empeorado la dolencia de sus hombros por el invierno. Ella deja lo que está haciendo y acercándose a él, lo ayuda a ponerse el abrigo.

—Gracias, Eunsuk.

Se fija en sus ojos benévolos, como de animal asustado, y en su cuello lleno de arrugas demasiado profundas para su edad. De pronto se pregunta cómo es posible que esta persona miedosa y débil mantenga amistad con escritores que están bajo la vigilancia de las autoridades y publique sin descanso libros que suscitan la desconfianza del gobierno.

Una vez que se marchan el editor jefe y el productor editorial Yoon, se queda sola en la oficina.

Como no quiere volver temprano a su casa, se sienta frente al escritorio con el libro recién impreso en las manos. Quiere traer a la memoria la cara del traductor, pero vaya a saberse por qué, no puede recordar con detalle sus rasgos. Se pasa la mano por la mejilla derecha, donde casi ha desaparecido el moretón, pero no le duele. Presiona la zona con la punta del dedo, pero apenas siente una ligera molestia que no merece llamarse dolor.

El libro es un texto de humanidades que tiene como tema las masas populares. El autor es inglés y la mayoría de los ejemplos aducidos provienen de la historia moderna y contemporánea europea, como la Revolución Francesa, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. El capítulo sobre la Revolución del 68, que podía ser censurado, había sido eliminado de antemano por el traductor. Prometiendo una edición completa en el futuro, había escrito lo siguiente en la introducción:

«Todavía no se ha descubierto cuál es el factor que determina la moral de una masa popular. Un hecho curioso es que, aparte del nivel moral de cada uno de los individuos que conforman la masa, se crea una suerte de

«movimiento ético» durante la acción popular. Algunas masas no dudan en saquear comercios y perpetrar asesinatos y violaciones, mientras que otras manifiestan niveles de altruismo y valentía que difícilmente se hubieran alcanzado de manera individual. Lo que el autor nos dice sobre este último caso no es que ciertos individuos sean especialmente nobles, sino que la nobleza que anida de manera básica en todo ser humano hace su aparición gracias a la fuerza de la masa popular. En el primer caso, por otra parte, no es que los individuos sean particularmente bárbaros, sino que la barbarie que posee básicamente todo ser humano se multiplica por la fuerza de la masa popular».

La siguiente frase no se había podido publicar entera debido a la censura: *«Entonces la pregunta que cabe hacerse es la siguiente: ¿Cuál es la esencia del ser humano? ¿Qué tiene que hacer el ser humano para no ser otra cosa?»*. Ella recuerda también las siguientes cuatro oraciones, que fueron borradas con tinta negra. También recuerda la gruesa papada del traductor, su abrigo marrón desastrado, su piel amarillenta y cansada, las uñas largas y ennegrecidas con las que toqueteaba el vaso con agua. Sin embargo, no logra recordar del todo cómo eran exactamente sus rasgos.

Cierra el libro y espera. Espera a que oscurezca.

No tiene confianza en el ser humano. No confía del todo en ninguna expresión del rostro, en ninguna verdad ni oración bien redactada. Sabe que debe seguir viviendo únicamente en el interior de una tenaz desconfianza y una fría indagación.

Esa mañana la fuente no lanzó chorros de agua. Los soldados armados trajeron más cadáveres arrastrándolos de las piernas y los pusieron junto a los que ya estaban tirados ante los muros del Gobierno Provincial. Las espaldas y las nuca de los cuerpos se llenaron de rasguños y rebotaron sin cuidado contra el suelo. Varios soldados desplegaron una enorme manta impermeable y, cogiéndola por las cuatro esquinas, salieron del patio interior del edificio cargando de una sola vez con una docena de cadáveres. Tres soldados se aproximaron a ella a toda prisa y le apuntaron al pecho cuando pasaba andando, contemplando de lejos y de reojo la escena,

—¿De dónde viene?

—De visitar a mi tía en el hospital —respondió ella con naturalidad, pero le temblaron las pupilas.

Tal como se lo ordenaron, siguió su camino dándole la espalda a la plaza. Al llegar a la entrada del mercado Daein, vio que enormes tanques atravesaban la avenida resonando con estrépito. Se le ocurrió de pronto que lo

hacían para mostrarle a todo el mundo que todo había terminado, que todos estaban muertos.

El barrio aledaño a la universidad, donde vivía, estaba desierto y silencioso como si hubiera pasado una epidemia. Cuando apretó el timbre, salió su padre presuroso, como si hubiera estado esperándola, y la metió dentro de la casa para cerrar enseguida la puerta. Después la escondió en el desván y ocultó la entrada poniendo delante un ropero desmontable. A partir de la tarde se escucharon pasos de soldados, y a continuación el ruido de alguien sacado a rastras después de descorrer puertas corredizas, estrépito de objetos rompiéndose y agudas súplicas.

—¡No, por favor! ¡Mi hijo no participó en las manifestaciones ni tocó jamás un arma!

También tocaron el timbre de su casa. Se escuchó la voz retumbante de su padre:

—Mi hija está en el tercer año de bachillerato y mis hijos están en secundaria y primaria. ¿Cómo iban a participar en las manifestaciones?

Cuando al día siguiente por la noche salió del desván, su madre le contó que los camiones municipales de la basura habían cargado los cadáveres y se los habían llevado para el cementerio público. No solo los cuerpos tirados delante de la fuente sino también los que estaban en los ataúdes y los no identificados que estaban en el polideportivo.

Volvieron a abrir al poco tiempo las oficinas públicas y las escuelas. También abrieron las tiendas que tenían echadas las persianas. El estado de sitio continuó y estuvo prohibido circular por las calles a partir de las siete de la tarde. Los soldados podían pedir los documentos en cualquier momento, aun antes de esa hora, y detenían a todos los que salían a la calle sin documentación.

Para compensar los días escolares perdidos, en la mayoría de los colegios hubo clases hasta casi mediados de agosto. Hasta que llegaron las vacaciones, ella llamó casi todos los días al número de atención al público del Gobierno Provincial desde la cabina de teléfono junto a la parada del autobús.

—No debería salir agua de la fuente, les pido que por favor corten el agua —les decía, mientras notaba el pegajoso aparato en su mano sudada.

—Sí, lo consultaremos —le respondía con paciencia el empleado.

Solo una vez la atendió una funcionaria de edad madura:

—No vuelva a llamar, señorita. Es usted estudiante, ¿no es cierto? ¿Qué podemos hacer nosotros si sale agua de la fuente? Olvídelo todo y concéntrese en sus estudios.

Al otro lado de la ventana, cada vez más oscura, han comenzado a volar unos puntos blanquecinos.

Ya es hora de irse a casa, pero ella sigue sentada y sin moverse. Los copos de nieve parecen ligeros y suaves como arroz recién molido. Sin embargo, no piensa que eso sea bello. Hoy debe olvidar la sexta bofetada, pero la herida ha cicatrizado y casi no siente dolor, de modo que no hará falta olvidar la séptima mañana. Nunca llegará el día en que olvide la séptima bofetada.

Los copos de nieve

Al apagarse las luces, se ilumina lentamente la escena. Una mujer alta, delgada, de unos treinta y tantos años y vestida con una falda basta de algodón blanco, está de pie en el centro del escenario. Al volver la cabeza hacia el lado izquierdo sin decir nada, un hombre flaco y vestido de negro se acerca cargando sobre la espalda un esqueleto humano. Se mueve lentamente con los pies desnudos, como si se deslizara por los aires.

Otra vez sin decir nada, la mujer mira hacia el lado derecho. Esta vez entra un hombre bajo y corpulento vestido de negro y se acerca cargando otro esqueleto humano. Los dos hombres se aproximan como deslizándose por los aires a cámara lenta, se cruzan en el centro del escenario como si no se vieran y siguen hacia el extremo opuesto.

La platea está completamente llena. Debido a que es la primera función, la mayoría de los que están sentados en la primera fila son personas relacionadas con el teatro o la prensa. Antes de llegar con el editor jefe y tomar asiento en los lugares reservados, ella echa un vistazo a las últimas filas y ve a tres o cuatro policías vestidos de civil sentados aquí y allá. Se pregunta qué será lo que piensa hacer el dramaturgo Seo. ¿Se levantarán de sus asientos esos hombres si de la boca de los actores salen los parlamentos borrados por la censura? ¿Subirán de un salto al escenario y se abalanzarán sobre los actores? ¿Como lo hicieron cuando blandieron una silla contra el estudiante que comía arroz con curri en el comedor de la universidad? ¿Qué pasaría con los técnicos que estaban viendo la función en el cuarto de iluminación? ¿El dramaturgo Seo sería detenido y encarcelado y nunca más volvería a ver la luz?

Cuando los hombres desaparecen del escenario a pasos muy lentos, como si caminaran en sueños, la mujer comienza a hablar. Es decir, parece hablar. Mejor dicho, no dice nada. Solo mueve los labios sin emitir sonido alguno.

Puede leer perfectamente el movimiento de esos labios, pues ha sido ella quien ha pasado a máquina el manuscrito del dramaturgo escrito a bolígrafo y lo ha corregido en tres ocasiones.

*No pude darte un funeral después de que te fueras de este mundo
y desde entonces mi vida es un funeral.*

La mujer se da la vuelta y muestra la espalda. Entonces se ilumina el largo pasillo que atraviesa el centro de la platea. Se ve a un hombre robusto, vestido con ropas de cáñamo^[23] andrajosas y remendadas, que avanza desde el fondo hacia al escenario con respiración muy jadeante. Es muy diferente en expresión y movimientos a los hombres que aparecieron al principio en escena y muestra un rostro muy ceñudo. Alza con fuerza sus dos brazos y, como un pez sediento de agua, mueve sus labios. En la parte en que su voz debería elevarse fuertemente de tono, sale una especie de graznido de su garganta. Ella lee el movimiento de sus labios:

*¡Oíd, volved!
¡Oíd, os estoy llamando por vuestros nombres, así que volved ahora!
¡No tardéis más y volved ya!*

Después de que pase como una ola el primer murmullo de perplejidad por la platea, el público mira fijamente los labios de los actores en medio de un silencio y una concentración terribles. Se oscurecen los reflectores que iluminan el pasillo. La mujer en el centro del escenario se da la vuelta y mira ahora hacia el público. Sin decir nada, observa con calma al hombre que avanza llamando a los espíritus y, abriendo la boca, empieza a mover los labios:

*Por no poder darte un funeral después de que te fueras,
se convirtieron en un templo estos ojos que te miraban,
estos oídos que te escuchaban
y estos pulmones que aspiraban tu aire.*

Mientras la mujer mueve los labios lanzando gritos ahogados como si soñara despierta, el hombre vestido con ropas de cáñamo sube al escenario. Agita al aire los brazos y pasa rozando los hombros de la mujer.

*Las flores primaverales, los sauces, las gotas de lluvia y
los copos de nieve se convirtieron en templos.
Las mañanas y las noches que se suceden cada día también
se convirtieron en templos.*

Vuelve a caer una luz deslumbrante sobre el pasillo que atraviesa el centro de la platea. Cuando Eunsuk vuelve la cabeza, un niño de unos once o doce años ya está de pie en medio del pasillo. Viste una camiseta de manga corta y un pantalón de gimnasia blancos y zapatillas también blancas. Lleva una pequeña calavera fuertemente agarrada contra su pecho como si tuviera frío. Al avanzar el niño hacia el escenario, aparece al fondo del pasillo un grupo de actores con las espaldas dobladas que sigue al niño en la oscuridad, como una manada de animales a cuatro patas. Son una docena de personas, entre hombres y mujeres, que avanzan con la cabeza baja y los cabellos negros grotescamente sueltos. No paran de mover los labios, lanzar quejidos y gritos ahogados y agitar la cabeza. A medida que crecen los ruidos que hacen, el niño se da la vuelta y titubea hasta que finalmente el grupo adelanta al niño y llega antes que él a los escalones del escenario.

Eunsuk, que mira todo esto con la cabeza vuelta hacia atrás, también mueve los labios sin darse cuenta. Como imitando a los actores, llama sin usar la garganta: ¡Dongho!

Un joven, el último de la fila, se da la vuelta con el torso todavía inclinado y le quita el cráneo al niño. Con los brazos colgando, se lo pasan unos a otros hasta que llega a manos de una anciana encorvada que está primera en la fila. Con sus pelos largos y casi blancos, sube al escenario abrazando el cráneo. La mujer vestida de blanco y el hombre vestido con ropas de cáñamo que estaban en el centro del escenario, le abren paso sin ofrecer resistencia.

Ahora la única persona que se mueve es la anciana.

Su paso es tan lento y silencioso que la tos de uno de los espectadores suena como si proviniera de un mundo lejano. En ese instante comienza a moverse el niño. De un salto sube al escenario y pega su cuerpo a la espalda encorvada de la anciana. Como un niño a caballito, como un alma en pena, la sigue con sigilo a todas partes.

Dongho...

Eunsuk se muerde la parte interna del labio inferior. Ve cómo un montón de estandartes multicolores^[24] bajan al mismo tiempo del techo. Los actores, que estaban reunidos a cuatro patas como animales, de pronto enderezan sus

espaldas. La anciana se detiene. El niño, que la seguía casi pegado, se da la vuelta en dirección al público. Eunsuk cierra los ojos para no verle la cara.

*No pude celebrar tu funeral cuando te fuiste y ahora
mi vida es un funeral.*

*Desde que te cargaron en el camión de la basura envuelto
en una manta impermeable,
desde que los imperdonables chorros de agua salieron
fulgurantes de la fuente, en todas partes arde la llama del
templo.*

*En el interior de las flores primaverales, en los copos de
nieve, en las tardes que llegan indefectiblemente, arden
las velas que colocaste en las botellas de gaseosa vacías.*

Sin limpiarse las lágrimas que le caen como pus caliente, Eunsuk abre mucho los ojos. Observa con fijeza la cara del niño, que mueve los labios en silencio.

Hierro y sangre

Era un bolígrafo común y corriente, uno de esos Monami de tinta negra. Me lo pusieron entre los dedos de la mano.

Claro, entre los dedos de la mano izquierda, ya que con la derecha tenía que escribir la declaración.

Sí, lo retorcían en esa dirección. Sí, en la otra también.

Al principio fue soportable, pero como me hacían eso todos los días y en el mismo sitio, se fue profundizando la llaga. Me salía sangre mezclada con secreciones, después incluso se veía el hueso blanco. Cuando el hueso quedó a la vista, me pusieron un algodón con alcohol.

En la celda donde estuve encarcelado había unos noventa presos, todos hombres, y la mitad de ellos tenían un trozo de algodón mojado en alcohol en el mismo sitio. Estaba prohibido charlar. Cuando nos veíamos el algodón entre los dedos, nos mirábamos brevemente y luego desviábamos la mirada.

Creí que se detendrían cuando el hueso quedó a la vista, pero no fue así. A sabiendas de que sería todavía más doloroso, me quitaban el algodón de la llaga y me restregaban con más fuerza el bolígrafo metido entre los dedos.

* * *

Las cinco celdas, rodeadas de barrotes, estaban ubicadas formando un abanico y en el centro estaban los soldados que nos vigilaban. Al principio ninguno de nosotros abrió la boca cuando nos metieron en ellas. Ni los chicos de bachillerato preguntaron dónde se encontraban. Sin mirarnos las caras, nos quedamos en silencio. Todos necesitábamos tiempo para aceptar lo que había ocurrido esa madrugada. El silencio duró alrededor de una hora y fue la última forma de dignidad que mantuvimos en ese lugar como seres humanos.

* * *

Cuando entrábamos en la sala de interrogatorios, ya tenían listo el bolígrafo negro Monami. Creo que, ante todo, querían dejar bien claro que nuestros cuerpos no nos pertenecían, que no había nada que pudiéramos hacer por nuestra voluntad, que lo único que nos estaba permitido era sentir un dolor enloquecedor, un dolor insoportable que nos hacía mearnos y cagarnos encima.

Una vez terminada esta fase, comenzaban con calma con las preguntas. Sin importar cómo contestaba, volaba a mi cara un culatazo de rifle. Instintivamente me cubría la cabeza con los brazos y retrocedía hacia la pared. Si me caía al suelo, me pateaban la espalda y la cintura. Y si me daba la vuelta porque se me cortaba la respiración, me despedazaban las canillas con las botas.

* * *

No podía descansar, aunque volviera a la celda después del interrogatorio.

Todos teníamos que quedarnos sentados en el suelo con las piernas cruzadas y mirando los barrotes que teníamos enfrente. Si movíamos apenas las pupilas, un sargento nos amenazaba diciendo que nos quemaría con un cigarrillo y, de hecho, para que tomáramos ejemplo, apagaron un cigarrillo sobre el párpado de un hombre de mediana edad. A un estudiante, que sin darse cuenta movió la mano y se tocó la cara, le pegaron y pisotearon hasta que quedó exangüe y perdió el conocimiento.

Como éramos casi cien hombres sentados en ese pequeño espacio, nos corría el sudor por el cuerpo como si nos cayera la lluvia. No había manera de saber o confirmar si eso que sentíamos deslizarse lentamente por la nuca era el sudor o un bicho. Nuestra sed era proporcional a lo mucho que sudábamos, pero solo podíamos beber agua tres veces al día cuando nos daban la comida. Recuerdo la sed bestial que sufría hasta el punto de desear recoger la orina para bebérmela. Recuerdo el terror que tenía a quedarme dormido, a que en cualquier momento alguien se acercase a mí a apagar su cigarrillo en mis párpados.

Y también recuerdo el hambre. El hambre, que se me pegaba tenazmente a los ojos hundidos, la frente, la coronilla y la nuca como una ventosa animal, poco a poco iba absorbiendo mi alma. Recuerdo esos instantes borrosos en que el alma, hinchada como una burbuja de espuma blanca, parecía a punto de explotar en cualquier momento.

* * *

La comida consistía en un puñado de arroz, medio cuenco de sopa y un poco de *kimchi*^[25]. Eso era todo. Era todo lo que nos daban para que comiéramos de dos en dos. Cuando me pusieron a comer con Kim Jinsu, yo ya me había convertido en una especie de bestia sin alma y suspiré aliviado, pues él no tenía el aspecto de poder comer mucho. Tenía la cara pálida y los ojos hundidos y rodeados de círculos oscuros, como un enfermo. Además, sus pupilas no tenían vida ni expresión y estaban iluminadas solo con un resplandor vacuo.

Cuando hace un mes supe de su muerte, lo primero que se vino a la mente fueron esos ojos suyos. Trataba de recoger con la cuchara los pocos brotes de soja que flotaban en la sopa aguada y de pronto se detenía para mirarme con esos ojos. Unos ojos fríos y vacíos, tan bestiales como los míos, que se me quedaban mirando en silencio, observando cómo me ponía tenso por temor a que él se comiera todos los brotes de soja y cómo le miraba con odio la boca cuando masticaba la comida.

* * *

No tengo ni idea.

No sé por qué Jinsu murió y por qué yo, que era su compañero a la hora de la comida, todavía sigo vivo.

¿Será que él sufrió más que yo?

No lo creo, yo también he sufrido más que suficiente.

¿Será que él durmió menos que yo?

No, yo tampoco puedo dormir. No logro dormir profundamente ni una sola noche. Y así será mientras siga con vida.

Me quedé pensando en eso después de que usted me llamara para preguntarme por Jinsu. Seguí pensando después de que me llamara de nuevo y quedáramos en vernos en este lugar. Lo pensé una y otra vez todos los días. ¿Por qué murió él y yo sigo aún vivo?

* * *

Me dijo usted por teléfono que Jinsu no era el primero. Que había altas probabilidades de que muchos más de nosotros acabáramos quitándonos la vida.

¿Entonces lo que usted quiere es ayudarme? ¿No es para su provecho ese artículo de investigación que quiere escribir?

No puedo entender eso de que esté haciendo una autopsia psicológica de su muerte. ¿Acaso grabando lo que le estoy diciendo puede rastrear qué fue lo que llevó a la muerte a Jinsu? Quizás sus vivencias y las mías sean semejantes, pero de ningún modo son iguales. ¿Cómo puede hacer una autopsia de su muerte si él mismo no puede contarle esas cosas únicas que vivió?

* * *

Tengo entendido que Jinsu recibió más torturas fuera de lo común que el resto de nosotros. Creo que fue porque tenía un aspecto algo afeminado.

No, no me contó nada entonces. Se lo escuché unos diez años después.

Me dijo que le hicieron poner el pene sobre una mesa y a continuación lo amenazaron con pegarle con una regla de madera. También lo desvistieron y lo llevaron a una zona de césped que había delante del calabozo militar. Le ataron las manos a la espalda y lo pusieron boca abajo. Así estuvo durante cuatro horas mientras unas enormes hormigas negras le picaban los genitales. Me contó también que tenía pesadillas relacionadas con bichos casi todas las noches desde que lo liberaron.

* * *

No nos conocíamos de antes. Solo lo había visto unas cuantas veces en el centro de control.

Jinsu acababa de entrar ese año en la universidad, así que todavía tenía pelusilla en las mejillas. Su piel era muy blanca y tenía unas pestañas muy largas que llamaban la atención. Siempre que lo veía, me producía la impresión de que tenía un andar muy rápido, pero creo que era porque tenía los brazos y la cintura muy delgados y largos.

Tengo entendido que se encargaba de contabilizar las víctimas y de supervisar todo lo relacionado con la atención a los cadáveres. También era quien conseguía los ataúdes y las banderas y preparaba los funerales... Estas eran las tareas que hacía, hasta donde yo sé.

La verdad es que no me imaginé que ese chico se quedaría la última noche. Pensé que sería uno de los estudiantes que opinaban que había que recoger todas las armas y dejar completamente vacío el edificio del Gobierno Provincial antes de que llegaran los soldados para que no se produjeran más víctimas. Aunque lo vi esa noche allí, dudé de él y pensé que escaparía antes de medianoche.

Un grupo de doce personas, incluidos Jinsu y yo, nos juntamos en una pequeña sala de reuniones del primer piso. Pensando que sería la primera y la última vez que nos viéramos, nos presentamos dando nuestros nombres. Cada uno escribió unas líneas como testamento y, después de anotar el nombre y la dirección, nos guardamos el papel en los bolsillos de las camisas para que pudieran encontrarlo fácilmente. La verdad es que todavía no nos dábamos cuenta cabal de lo que iba a ocurrir. Sin embargo, cuando a través de los *walkie-talkie* comenzaron a llegarnos las noticias de que el ejército se acercaba al centro de la ciudad, nos pusimos tensos y nerviosos.

Fue cerca de medianoche cuando el jefe del centro de control llamó a Jinsu al pasillo. Desde la sala donde estábamos reunidos, escuchamos su voz retumbante encargándole que escoltara a las mujeres que iban a salir del Gobierno Provincial. Adiviné que le encomendaba esa tarea porque pensaba que era preferible que ese chico delgado y de apariencia frágil no volviera. Me acuerdo que pensé: «Sí, mejor no vuelvas aquí», cuando lo vi salir con expresión seria y llevando su arma consigo.

Sin embargo, en contra de lo que había supuesto, volvió antes de que pasara media hora. A diferencia de la cara rígida que tenía cuando salió, se le veía totalmente relajado. Como si no pudiera aguantar el sueño, apoyó el arma contra la pared con los ojos casi cerrados y se durmió acostado de lado en el sofá de cuero sintético que estaba debajo de la ventana. Cuando lo sacudí para que se despertara, me dijo: «Lo siento, voy a dormir un poco».

Lo raro es que, cuando vimos eso, a todos nos invadió de repente una sensación de desfallecimiento y nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Al rato empezamos a cabecear. A mí también me asaltó la languidez y me senté en el suelo contra el sofá donde estaba acostado Jinsu. ¿Cómo explicar lo que pasó? En el momento en que deberíamos haber estado más despiertos y con todos los sentidos en alerta, sosteniéndonos con la fuerza de voluntad más férrea, nos fuimos sumergiendo sin remedio en un sueño blando y viscoso, sin ojos ni oídos ni boca.

Levanté los ojos cuando escuché que alguien abría la puerta con cuidado y la cerraba sin ruido. Un chico de cara pequeña e inocente y con el pelo cortado al rape como un erizo de castaña se sentó reclinado contra el sofá.

—¿Quién eres? —le pregunté con voz soñolienta—. ¿De dónde has salido?

—Me muero de sueño. Déjame dormir un poco aquí con vosotros —respondió el chico, cerrando los ojos.

Al escuchar su voz, Jinsu, que parecía dormir como un tronco, abrió los ojos sobresaltado y dijo en un susurro:

—¿Qué haces aquí? —y cogiéndolo del brazo, siguió hablándole en un tono cada vez más alto—: ¿No te dije que te fueras hace rato? Dijiste que sí, que te ibas, ¿no? ¿Se puede saber qué es lo haces aquí? ¡Si ni siquiera sabes manejar un arma!

—No te enfades, Jinsu... —le respondió el chico con voz trémula.

El altercado entre ambos despertó a los demás. Sin soltarle el brazo, Jinsu le repetía una y otra vez al chico:

—En cuanto veas la oportunidad, te rindes, ¿me entiendes? ¡Que te rindas! Sal con las manos en alto. No Van a matar a un chaval que sale con las manos en alto.

* * *

Por aquel entonces yo tenía veintidós años y había retomado la carrera de magisterio después de terminar el servicio militar. El hecho de que mi misión esa noche fuera dirigir a los que estábamos en la sala de reuniones, cuando mi objetivo en la vida era ser maestro de escuela primaria, muestra la cuadrilla desordenada que formábamos los que nos quedamos esa noche en el Gobierno Provincial.

Más de la mitad del grupo eran menores de edad. Hasta había un chico de la escuela nocturna que, sin poder creer que el arma se disparaba de verdad si uno la cargaba y apretaba el gatillo, salió fuera y disparó un tiro apuntando al cielo nocturno. Ellos mismos habían incumplido la directiva general de que se fueran a sus casas los que eran menores de diecinueve años. Estaban tan decididos a quedarse que necesitamos de largas discusiones para obligar a que se fueran al menos los menores de diecisiete años.

El plan que me transmitió el jefe del centro de control distaba mucho de ser tal. Se estimaba que el ejército llegaría a la sede del Gobierno Provincial a las dos de la mañana, así que a partir de la una y media ya estábamos todos en el pasillo del primer piso. Decidimos que los mayores de edad ocuparan cada uno una ventana. Los menores de edad se quedarían agachados entre ventana y ventana, y si alguno de los mayores caía herido, ellos tomarían su lugar. No tengo ni idea de qué hicieron los otros grupos ni si tenían un plan más realista que el nuestro. El jefe del centro de control nos hizo saber desde el principio que nuestra única meta era resistir hasta que saliera el sol, hasta que cientos de miles de ciudadanos se congregaran alrededor de la fuente de la plaza.

Ahora le parecerá estúpido, pero yo me creía a medias sus palabras. Podíamos morir, pero también podía ocurrir que sobreviviéramos. Seríamos derrotados, pero también podía pasar que resistiéramos. Yo no era el único que pensaba así sino que la mayoría del grupo, especialmente los más jóvenes, tenían esa esperanza. No teníamos conocimiento de lo que había dicho el día anterior el portavoz y dirigente de las milicias civiles cuando había sido entrevistado por los medios de prensa extranjeros. Dicen que manifestó que no le cabía la menor duda de que perderíamos y moriríamos todos, pero que, así y todo, no teníamos miedo. Lo confieso: yo no tenía una convicción tan firme.

No tengo ni idea de lo que pensaba Jinsu. ¿Volvió al Gobierno Provincial a pesar de prever que moriría? ¿Pensaría como yo que podíamos morir, pero también que podíamos vivir? ¿Se habría dejado llevar por la remota esperanza de que quizá podríamos resistir en la sede del gobierno y así vivir el resto de nuestras vidas sin que nos embargara la vergüenza?

* * *

No es que no supiéramos que el ejército era infinitamente más poderoso que nosotros. Lo extraño era que nos dominaba algo tan grande como la fuerza que ellos tenían.

¿Sería la conciencia limpia? Sí, la conciencia limpia.

¿Acaso hay algo más temible en el mundo que la conciencia limpia?

El día en que cientos de miles de personas permanecemos de pie delante de los rifles que nos encañonaban, empujando una carretilla con los cuerpos de los que habían sido tiroteados por los soldados, me asombré de descubrir algo muy puro dentro de mí. Recuerdo todavía vívidamente esa sensación de no tenerle miedo a nada, de estar dispuesto a dar la vida en cualquier momento, de que la sangre de todos los que estábamos allí fluía en una única y gigantesca arteria. Pude escuchar el pulso de esa sangre que corría palpitante, de ese corazón que era el más grande y sublime del mundo. Lo digo con humildad, pero me sentí parte de un todo.

Fue hacia la una de la tarde cuando los soldados dispararon al ritmo del himno nacional, que se escuchaba por los altavoces instalados delante del Gobierno Provincial. Yo estaba más o menos en la parte media de la manifestación y salí corriendo. El corazón más grande y sublime del mundo se hizo mil pedazos y quedó desperdigado. Los disparos no sonaban solamente en la plaza, pues había francotiradores en todos los edificios altos de los alrededores. Corrí y corrí, abandonando a los que caían a mi alrededor

alcanzados por las balas. Me detuve solamente cuando pensé que me había alejado lo suficiente de la plaza. Jadeaba sin resuello y mis pulmones parecían a punto de estallar. Con la cara toda mojada de sudor y lágrimas, me desplomé en los escalones de una tienda que tenía las persianas cerradas. Escuché a otros más fuertes que yo que estaban reunidos de nuevo en la calle y deliberaban sobre si debían ir a buscar las armas guardadas en los centros de entrenamiento para reservistas.

—¡Moriremos si no hacemos nada! ¡Os digo que nos matarán a todos!

—Por donde vivo yo hasta entraron los paracaidistas en las casas. Tuve tanto miedo que dormí con un cuchillo de cocina debajo de la almohada.

—¡Es un suicidio! ¡Ellos tienen rifles y no les importa un pepino disparar a mansalva en pleno día!

Yo me quedé pensando en los escalones hasta que uno de ellos volvió conduciendo un camión. Me pregunté si podría empuñar un arma, si podría apretar el gatillo contra una persona viva. Pensé que los miles de rifles que tenían los soldados podían masacrar a miles de personas; que cuando el hierro atraviesa el cuerpo de alguien, este cae al suelo; que los cuerpos calientes de los alcanzados por las balas se estaban enfriando.

Ya era muy entrada la noche cuando el camión al que me subí, volvió de nuevo al centro de la ciudad. En el centro de entrenamiento para reservistas a donde llegamos después de perdernos dos veces ya no quedaban armas porque se las habían llevado otros que habían llegado antes. No tengo ni idea de cuánta gente más fue sacrificada en las calles mientras tanto. Lo que recuerdo son las filas interminables de personas que querían donar sangre al día siguiente en las puertas de los hospitales; los médicos y las enfermeras, que andaban a paso rápido por las calles convertidas en ruinas con los delantales manchados de sangre y transportando heridos en parihuelas; las mujeres, que nos alcanzaban fresas y bolas de arroz envueltas en algas secas al camión; el himno nacional y el *Arirang*, que cantábamos todos a viva voz. Pude sentir que la gente había salido de sus caparazones y se unía a los otros con su carne desnuda y tierna y que, solo entonces, ese corazón grande y sublime que se había desangrado hecho trizas volvía a latir y palpitaba íntegro como antes. Eso fue lo que me dejó fascinado. ¿Lo ha sentido alguna vez? ¿Sabe cuán intensa es esa sensación de que te has convertido en un ser perfectamente puro y bueno? ¿Conoce el fulgor de ese instante en que te parece que llevas incrustada en la frente esa joya resplandeciente y pura que es la conciencia?

Seguramente los chicos más jóvenes que eligieron quedarse en la sede del Gobierno Provincial vivieron una experiencia semejante. Habrían concluido que bien valía la pena entregar sus vidas a cambio de esa joya que es la conciencia. Sin embargo, ahora ya no tengo certeza de nada. Esos chicos, que estaban acurrucados debajo de la ventana con un arma al hombro y diciendo que tenían hambre, que preguntaban si podían ir a la sala de reuniones en una carrera rápida para traer y comer lo que quedaba de bizcocho y gaseosa, ¿cuánto sabrían de la muerte como para hacer esa elección?

Cuando nos llegó el aviso de que el ejército iba a llegar en diez minutos, Jinsu se dio la vuelta en la ventana que le correspondía y dijo:

—Nosotros moriremos después de resistir todo lo que podamos, pero no podemos dejar que les pase lo mismo a estos chicos.

Lo dijo como un hombre de treinta o cuarenta años y no un chico de diecinueve, que era la edad que tenía.

—Tenéis que rendiros. Si veis que vamos a morir todos, tirad las armas y rendíos enseguida. Buscad la manera de sobrevivir a toda costa.

* * *

No quiero hablar de lo que ocurrió después.

Nadie tiene derecho a pedirme que siga recordando y eso vale también para usted.

No, no disparé...

Nadie murió...

Cuando vimos que los soldados salían de la oscuridad y subían por la escalera del edificio, ninguno de nosotros apretó el gatillo. Sabíamos que podíamos matarlos si lo hacíamos, pero no pudimos hacerlo. Éramos unos niños con rifles que no podían disparar.

* * *

Después me enteré de que la cantidad de municiones que habían recibido los soldados ese día ascendía a ochocientas mil. Por aquel entonces, la población de la ciudad era de cuatrocientas mil almas. Tenían una provisión suficiente como para meterles dos veces la muerte en el cuerpo a cada uno de los habitantes. Estoy seguro de que recibieron la orden de que así lo hicieran si encontraban resistencia. Si hubiéramos depuesto las armas en el vestíbulo del edificio y nos hubiéramos marchado como había dicho el representante estudiantil, entonces quizá los soldados habrían dirigido los cañones de sus fusiles a la ciudadanía. Lo pienso cada vez que me acuerdo de la sangre que

se derramó esa madrugada por las escaleras a oscuras del Gobierno Provincial. Literalmente fue como si corriera agua de un grifo abierto. Mi opinión es que todas esas muertes no fueron suyas, sino que estaban muriendo en lugar de muchos otros; que fueron muertes y sangre que valían multiplicadas por mil.

Observando de reojo la sangre que manaba de personas a quienes había hablado y mirado a los ojos hacía apenas un rato, sin tener la menor idea de quiénes habían muerto y quiénes quedaban, me acosté boca abajo en el pasillo protegiéndome la cabeza con las manos. Sentí que ellos escribían algo en mi espalda con un rotulador. Era «extremista armado». Me lo dijo alguien cuando nos llevaron al calabozo del centro de entrenamiento militar Sangmudae^[26].

* * *

Los que fueron apresados sin portar armas fueron catalogados simplemente como cómplices y fueron liberados progresivamente durante el mes de junio, pero a los que habíamos sido clasificados como «extremistas» y «portadores de armas» nos hicieron permanecer en Sangmudae. Entonces cambiaron los métodos de tortura. En lugar de golpearlos, eligieron formas que provocaran el dolor de un modo más sutil y que representaran un menor gasto físico para los torturadores, como la tortura de «la horquilla»^[27], «el pollo asado»^[28], «el submarino»^[29] y los choques eléctricos. Ya no querían detalles de lo ocurrido. Lo único que querían era que hiciéramos falsas confesiones para poder rellenar con nuestros nombres los espacios en blanco de los guiones que habían inventado.

Jinsu y yo seguíamos recibiendo una sola bandeja de comida y compartiendo un único puñado de arroz. Dejando a un lado lo que había ocurrido en la sala de interrogatorios unas pocas horas antes, movíamos en silencio la cuchara, aguantándonos las ganas de pelearnos como animales por unos cuantos granos de arroz o un trozo de *kimchi*. Algunos se lanzaban gritos con la bandeja en el medio.

—¡Ya estoy harto!

—¿Qué quieres que haga si tú te zampas toda la comida?

Interponiéndose entre los que no paraban de gruñirse, un chico dijo tartamudeando:

—Va... vamos, no os peleéis más...

Fue una sorpresa, porque el chico nunca hablaba, se quedaba callado como un muerto todo el tiempo.

—Re... recordad que qui... quisimos en... entregar la vida.

Fue en ese instante cuando los ojos vacuos de Jinsu se encontraron con los míos.

Entonces lo supe. Supe lo que ellos querían. Qué era lo que querían decirnos cuando nos torturaban y nos hacían pasar hambre.

Haremos que caigáis en la cuenta de lo ridículo que fue que agitarais la bandera y cantarais el himno nacional. Os mostraremos que no sois más que unos cuerpos sucios y malolientes, masas de carne con llagas supurantes, alimañas hambrientas.

* * *

Ese chico se llamaba Yeongjae. A partir de ese día, Jinsu pronunció a menudo ese nombre. Después de la comida, cuando la vigilancia se relajaba durante unos diez minutos, Jinsu le dirigía la palabra en un murmullo:

Yeongjae, ¿no tienes hambre comiendo tan poco? Kim Yeongjae, ¿de dónde es tu apellido? Yo también soy Kim, de Gimhae, ¿a qué rama del linaje perteneces? No me trates de usted, ¿no me has dicho que tienes quince años? Yo solamente tengo cuatro años más que tú. ¿Tan viejo te parezco? Bueno, como quieras. Llámame tío entonces, puesto que vienes a ser como mi sobrino en el árbol genealógico.

Escuchando sin querer los diálogos triviales que mantenían ambos, supe que era un chico que solamente tenía estudios de primaria y que hacía tres años que trabajaba de aprendiz en la carpintería de su tío materno. Había ingresado en las filas de la milicia civil siguiendo a su primo, que tenía dos años más que él, pero su primo había muerto en el edificio de la YMCA^[30] la última noche y a él lo habían apresado.

—Lo... lo que ma... más me gustaría es co... comer bi... bizcocho con ga... gaseosa.

Esto es lo que respondió el chico, que no había llorado cuando contó cómo había muerto su primo, mientras se enjugaba los ojos con el dorso de una mano cuando Jinsu le preguntó qué tenía ganas de comer. Yo me quedé mirando en silencio su puño izquierdo firmemente cerrado, el que no se pasó por los ojos, entre cuyos dedos sobresalía un trozo de algodón.

* * *

Lo he pensado y repensado una y otra vez.

Es que quería entenderlo.

Quería entender de alguna manera lo que me había pasado.

Las secreciones, el pus viscoso, la saliva maloliente, la sangre, las lágrimas, el moco, la orina y la mierda que empapaban mi ropa interior... Era todo lo que yo tenía. Mejor dicho, yo era todas esas cosas. La masa de carne que se pudría en medio de todo eso era yo mismo.

Aún hoy no puedo soportar el verano. Cuando el sudor me cae por el pecho y la espalda como bichos que se arrastran por mi cuerpo, me vuelven vívidos los recuerdos de cuando no era más que una masa de carne supurante y tengo que hacer una gran inspiración. Aprieto los dientes y vuelvo a inspirar con fuerza.

* * *

Cuando me metían un palo cuadrado entre los omóplatos y la cintura y, sirviéndose de su naturaleza rectilínea, me retorcían el cuerpo, entonces gritaba: «¡Por favor, basta, piedad!». Cuando me clavaban punzones debajo de las uñas de las manos y los pies, durante los brevísimos intervalos de mi respiración jadeante, aspiraba el aire, lo expulsaba y vociferaba: «¡Por favor, basta, piedad!». Entre gemido y gemido, entre los brevísimos intervalos de mis jadeos, entre un grito y otro, no hacía más que pensar: *Que mi cuerpo desaparezca de una vez, que mi cuerpo se borre ahora mismo...*

* * *

Durante el verano y el otoño que pasamos escribiendo nuestras declaraciones, levantaron un edificio cuadrado de una sola planta en un espacio vacío del Sangmudae. Era un tribunal militar nuevo para juzgarnos sin tener que trasladarnos a otro sitio. Los juicios comenzaron en la tercera semana de octubre, cuando empezó a hacer frío de pronto y habían transcurrido diez días de la entrega de nuestras últimas declaraciones. Por primera vez, durante todo ese tiempo, durante diez días hicimos vida de presidiarios corrientes, sin sufrir torturas. Las llagas que teníamos en todo el cuerpo se fueron cicatrizando y sobre ellas se formó una costra negruzca.

Según recuerdo, los juicios duraron cinco días y se celebraron dos audiencias al día. En cada una de ellas entraban unos treinta presos a la vez y recibían la sentencia. Éramos tantos los acusados que ocupábamos hasta la última fila de los bancos destinados al público asistente. Decenas de soldados con sus fusiles al hombro se sentaron también con nosotros, a uno y otro lado de los presos.

—Bajad la cabeza.

Siguiendo la orden del sargento, yo también bajé la cabeza.

—Bajad más la cabeza.

Bajé todavía más la cabeza.

—Pronto entrará el señor juez. Al menor sonido, seréis acribillados de inmediato, ¿entendido? Cerrad la boca y quedaos con la cabeza baja hasta el final. No os paséis de un minuto en el último alegato, ¿entendido?

Los soldados se paseaban con las carabinas cargadas entre las filas de bancos y golpeaban con la culata de sus armas a los que no estaban sentados en posición erguida. Fuera del tribunal se escuchaban los chirridos de los insectos propios del otoño. Vestido con el uniforme azul de presidiario, limpio y con olor a detergente, que me habían dado esa mañana, me puse a pensar en eso de que nos acribillarían al instante. Acallé la respiración como si de verdad nos fueran a fusilar enseguida. Se me ocurrió entonces que quizá la muerte fuese fría como nuestros uniformes azules. Si lo que pasamos el verano anterior había sido la vida; si nuestros cuerpos manchados de sangre, pus y sudor habían sido la vida; si los segundos que no transcurrían a pesar de los gemidos y los instantes masticando los brotes de soja rancia en medio de un hambre denigrante habían sido la vida, la muerte sería entonces una especie de brocha limpia que borraría de una pasada todo eso.

—Hace su entrada el señor juez.

Apenas dijo esto el secretario judicial, se abrió la puerta de delante y entraron tres jueces militares en fila. Fue entonces cuando empecé a escuchar un sonido raro. Provenía más o menos de la segunda fila contando desde delante. Yo tenía la cabeza gacha, pero levanté un poco la vista y escudriñé lo que pasaba. Alguien había comenzado a cantar la primera estrofa del himno nacional en voz muy baja y como sollozando. Cuando me di cuenta de que era el pequeño Yeongjae, ya estaban todos coreándolo. Como impulsado por un imán, yo también empecé a entonarlo. Cuando nosotros, que habíamos estado con la cabeza gacha como muertos, cuando nosotros, que habíamos sido sudor, sangre y pus, empezamos a cantar en voz baja el himno, vaya a saber por qué, no hicieron nada para impedirlo. Ni nos golpearon, ni nos pegaron en la cabeza con la culata, ni nos quisieron fusilar poniéndonos contra la pared como habían amenazado. Hasta que terminamos de cantar el himno, el perturbador silencio que se producía entre estrofa y estrofa permaneció agazapado, junto a los chirridos de los insectos, en el aire frío del tribunal provisional.

* * *

Yo recibí nueve años de condena y Jinsu, siete.

Sin embargo, la sentencia no tuvo ningún significado, puesto que para Navidad del año siguiente las autoridades militares nos liberaron a todos a través de una amnistía general, incluidos los condenados a muerte y cadena perpetua. Fue como una confesión de que todas las imputaciones que nos hicieron eran infundadas.

A Jinsu lo volví a ver casi dos años después, a finales de año. Fue una madrugada en que estaba volviendo a casa después de beber toda la noche con los excompañeros de la secundaria. Pasaba por un restaurante destartado, en donde vendían sopas para la resaca, cuando me detuve al ver a través del vidrio a un hombre joven que bebía solo. Me pareció familiar su manera de contemplar la sopa, sosteniendo con fuerza la cuchara en la mano como si fuera un niño concentrado en hacer los deberes. Reconocí esos ojos vacuos debajo de las pestañas largas y espesas, que escudriñaban el fondo de la oscura sopa de cuajarones, como si dentro hubiese un acertijo imposible de descifrar por mucho que se esforzase.

Cuando entré en el restaurante y me senté delante de Jinsu, él alzó la vista y me miró con ojos fríos e insensibles. Todavía no se me había pasado del todo la borrachera y me limité a sonreír en silencio. Esperé con la paciencia que me proporcionaba provisionalmente la ebriedad hasta que apareció en su cara una sonrisa vaga y somnolienta, como si se acabara de despertar.

Mientras nos preguntábamos atropelladamente cómo habíamos estado, nuestras miradas se extendieron como tentáculos invisibles hacia el otro y constataron las sombras detrás de los rostros y las huellas del sufrimiento que la charla y las risas forzadas no podían tapar. Ninguno de los dos había podido retomar los estudios y vivíamos a duras penas dependiendo de nuestras familias. Él ayudaba a su cuñado en una tienda de reparaciones de radio y televisión que tenía, y yo había estado echándole una mano a mis tíos en el restaurante que acababan de cerrar. Cuando le conté que iba a esperar hasta Año Nuevo para entrar a trabajar en una empresa de taxis y que juntaría dinero para comprarme mi propio coche, él me respondió con apatía:

—Mi cuñado también me aconsejó que me sacara la licencia para manejar equipo pesado, puesto que a una empresa corriente no iba a poder a entrar. ¿Pero cómo conseguiste sacarte el permiso de conducir? Cuando me siento a estudiar los cuestionarios, me duele la cabeza. Tengo dolores tan fuertes que no puedo retener nada. A veces hasta me cuesta hacer cuentas en la tienda de reparaciones. En cuanto se complican un poco las restas o las sumas, ya me duele la cabeza.

Cuando le manifesté que también sufría de dolores de muelas sin razón alguna, me preguntó con indiferencia:

—¿Duermes bien? Yo me he tomado dos botellas de *soju*^[31] porque no podía dormir, por eso he venido aquí para aliviarme la resaca. Es que a mi hermana no le gusta verme beber en casa. No es que se enfade ni nada. Simplemente llora. No soporto verla así y eso me hace beber más todavía. ¿Tomamos una copa juntos? —remató, mirándome a la cara con indolencia.

—Bebamos.

Estuvimos bebiendo juntos hasta que vimos pasar al otro lado del vidrio a los oficinistas que se dirigían a paso rápido a sus trabajos con las solapas de los abrigos levantadas. Nos servimos una y otra vez en las frías copas de vidrio ese licor fuerte y transparente que en nada nos ayudaba a olvidar. Los recuerdos comenzaron a entrecortarse y luego se interrumpieron por completo. No tengo la menor idea de cómo nos despedimos y volví a mi casa. Los únicos breves instantes que recuerdo son que la botella se volcó en la mesa por un descuido de Jinsu y que el frío licor me mojó los pantalones de pana, que él limpió con descuido el licor derramado con la manga de su jersey y que finalmente se quedó con la frente clavada en la mesa al no poder sostener más la cabeza.

* * *

Después de eso, nos encontramos de vez en cuando para tomar unas copas juntos. Ni él ni yo pasamos los exámenes de conducir; provocamos accidentes de tráfico, nos endeudamos, nos lastimamos o enfermamos, conocimos a mujeres cariñosas y afables que nos hicieron creer por un tiempo que nuestros sufrimientos habían terminado, pero luego lo destruimos todo con nuestras propias manos y volvimos a quedarnos solos. Así pasaron de largo diez años mientras constatábamos cuán semejantes eran las vidas que estábamos llevando, como si viéramos reflejadas nuestras caras deformes en un espejo. Entre las pesadillas y la imposibilidad de dormir, entre los analgésicos y los somníferos diarios, dejamos de ser jóvenes. Ya nadie se preocupó o derramó lágrimas por nosotros. Hasta nosotros mismos nos despreciábamos. Llevábamos en nuestros cuerpos la sala de interrogatorios de ese verano, el bolígrafo negro Monami, los huesos blancos de la mano a la vista, el sonido de la propia voz, que rogaba y suplicaba sollozante.

Una vez Jinsu me dijo:

—Hay personas a las que quisiera matar con todas mis fuerzas.

Me miró fijamente con sus ojos negros y profundos, que todavía no estaban ebrios del todo.

—El día en que me muera, sea cuando sea ese día, me gustaría llevarme a todas esas personas conmigo.

Sin decir nada, llené su copa de licor. Entonces siguió diciendo:

—Pero ahora no pienso en eso. Estoy exhausto...

Pronunció de nuevo mi nombre e hizo una pausa. Se quedó con la cabeza gacha mirando la copa de licor claro, como si yo estuviera dentro.

—Nosotros tomamos las armas, ¿no es cierto?

Ni asentí con la cabeza ni le respondí.

—Creímos que eso nos protegería...

Como si estuviera acostumbrado a hacerse preguntas y responderse solo, esbozó una vaga sonrisa dirigiéndose a la copa.

—Pero no fuimos capaces de disparar una sola bala.

* * *

El año pasado, en septiembre, cuando había terminado mi turno en el taxi y volvía a mi casa de madrugada, me lo encontré de improviso. Ese día caía una llovizna otoñal. Doblaba una esquina oscura cubriéndome con el paraguas cuando me topé con él, que me esperaba vestido con una chaqueta impermeable negra y la capucha levantada. Me llevé un susto tan grande que me asaltó una extraña furia y a punto estuve de pegarle un puñetazo en su cara lívida como la de un fantasma. No, lo que hubiera querido hacer era restregar mi mano por su cara para borrar la expresión que tenía.

No, no se trataba de una expresión hostil.

Se le veía exhausto, pero eso no tenía nada de particular, ya que a lo largo de esos diez años siempre lo había visto agotado. Esta vez tenía una expresión completamente diferente. Algo gélido e inexplicable, algo que no era ni resignación ni tristeza ni rencor se agitaba dentro de él y se derramaba sin humedecerlo por debajo de sus largas pestañas.

Como no me decía nada, lo hice pasar al cuarto donde vivía.

—¿Te pasa algo? —le pregunté, mientras me cambiaba de ropa.

Él se quitó el impermeable y lo dejó junto a sus pies, y se quedó sentado con las piernas cruzadas, con la delgada camiseta de manga corta que llevaba puesta debajo. Su aspecto me hizo recordar a cómo se veía hacía diez años en la celda de Sangmudae y volví a sentir esa extraña furia de antes. Sentado en la misma posición encorvada tan suya que le había visto todos los días hacía diez años y oliendo a sudor rancio, me miraba con una expresión sombría, en

la que se entremezclaban de un modo asqueante la resignación, la sumisión y el vacío.

—No parece que hayas bebido, ¿cuánto tiempo has estado esperándome? Y con esta lluvia, además.

—Ayer fue el juicio.

Cuando por fin abrió la boca y dijo esto, no le comprendí de inmediato y repetí sus palabras.

—¿El juicio?

—¿Te acuerdas de Kim Yeongjae? El chico que estaba en la misma celda que nosotros.

Me senté delante de Jinsu. Primero lo hice con las piernas cruzadas, imitándolo, pero luego me alejé un poco y me apoyé con desgana en la pared fría.

—El chico que era como mi sobrino en mi árbol genealógico.

—Sí, claro —le respondí, pero, vaya a saber por qué, no me dieron ganas de escuchar el resto.

Repetí que sí y volví la vista hacia el frigorífico, en cuyo compartimento inferior tenía guardadas cuatro botellas de *soju* desde hacía dos días, a modo de medicamento de emergencia.

—Lo ingresarán a un hospital psiquiátrico. Seguramente no podrá salir nunca de allí.

Me levanté y me dirigí al frigorífico. Saqué las botellas de *soju* y las puse sobre una bandeja con dos copas. Destapé una botella y, al tomarla del cuello, me mojé la mano con las frías gotas de agua que se habían condensado en la superficie del vidrio.

—Casi mata a alguien.

Puse en un platillo boquerones secos y judías negras cocidas. De repente sentí el impulso de meter el *soju* en el congelador y me pregunté cómo sería masticar con los dientes el *soju* congelado en forma de cubitos.

—No tengo más que boquerones y judías para acompañar el *soju* —le dije, mientras dejaba la bandeja cerca de sus pies.

Haciendo caso omiso de mis palabras y de mí, siguió hablando cada vez más rápido:

—Dice su abogado de oficio que se ha cortado las venas seis veces en los últimos diez años y que por las noches solo puede conciliar el sueño tomando una mezcla de somníferos y alcohol.

Llené la copa de Jinsu. Pensaba acompañarlo con un par de copas y luego desplegar el futón para dormir. Le iba a decir que tomara todo lo que quisiera

y que se fuera en cuanto terminara de llover. No tenía la menor curiosidad de saber cuántas veces había visto Jinsu a ese chico ni cómo había vivido durante todos esos años. No quería escucharle, aunque él quisiera contármelo.

Ya era hora de que saliera el sol, pero afuera seguía lloviendo y por la ventana se veía oscuro como si estuviera anocheciendo. Al final desplegué el futón en el piso y me acosté.

—Duerme un poco tú también, que me parece que no has dormido nada desde ayer —le dije con tono inexpresivo.

Él llenó su copa y se la bebió de un trago. Dirigiéndose a mí, que le daba la espalda y me había cubierto con el edredón hasta la cabeza, fue ensartando lentamente una retahíla de incoherencias como si fueran sofismas.

* * *

¿Entonces el alma no es nada?

Mejor dicho, ¿será una especie de cristal?

El cristal es transparente y se rompe con facilidad. Esa es su naturaleza. Es por eso que tenemos que tratar con cuidado todo lo que está hecho con ese material, porque si algo hecho de cristal se agrieta o se rompe, ya no sirve y hay que tirarlo.

Antes teníamos dentro un cristal que no se rompía. No sabíamos si era cristal o qué, pero era algo auténtico, sólido y transparente. Haciéndonos trizas el cuerpo les demostramos que teníamos alma. Les demostramos que éramos seres humanos hechos de cristal de verdad.

* * *

Esa fue la última vez que vi con vida a Jinsu.

Me enteré de su fallecimiento en invierno de ese mismo año. No tengo ni idea de cómo lo pasó en los siguientes tres meses. Una vez me llamó a la oficina, pero estaba trabajando y no pude atenderle. Lo llamé luego, cuando terminé mi turno, pero entonces no atendió mi llamada.

Ese otoño fue particularmente lluvioso y la temperatura caía drásticamente cada vez que llovía. Cuando salía del trabajo de madrugada y doblaba la esquina de la calle de mi casa, ralentizaba mis pasos sin darme cuenta. Lo mismo hago ahora que él ha muerto y ya no está. Cuando paso por delante de esa esquina, sobre todo cuando llueve, me acuerdo de Jinsu, que estaba esperándome de pie en la oscuridad como un fantasma, vestido con esa cazadora impermeable negra.

Su funeral fue sencillo. Sus familiares tenían pliegues en los párpados y largas pestañas como él, también una mirada vacía e inescrutable como la de sus ojos. Su hermana mayor, que alguna vez debía de haber sido una belleza, me tomó de las manos para soltármelas luego sin expresión alguna en su agraciado rostro. Faltaba gente para transportar el ataúd, así que fui hasta el crematorio y me quedé viendo cómo el féretro era introducido en el horno. Me acuerdo de que no había medios de transporte que pudieran llevarme a la ciudad, así que tuve que ir andando unos treinta minutos hasta que llegué a una calle más concurrida.

* * *

No, no vi la carta que dejó.

¿De verdad estaba esta foto con la carta?

Nunca me habló de eso.

Aunque fuimos amigos, ¿cuánto le parece que pudimos intimar? Nos apoyamos mutuamente, pero al mismo tiempo siempre tuvimos ganas de pegarnos un puñetazo en la cara. Ganas de borrarlos. Ganas de quitarnos de encima al otro para siempre.

¿Tengo que explicarle esta foto?

¿A partir de dónde y cómo se lo explico?

Hay gente muerta a tiros en el suelo y hay sangre por todas partes. Será de algún periodista extranjero que logró acercarse hasta la entrada del Gobierno Provincial y tomó la foto, puesto que a los periodistas coreanos se les impidió aproximarse.

Seguramente la recortó de una recopilación fotográfica, ya que luego circularon varias.

¿Ahora tengo que adivinar por qué razón Jinsu conservó esta foto hasta el final y por qué la dejó junto a la carta que escribió antes de morir?

¿Tengo que hablarle de los cadáveres de estos chicos que están caídos uno detrás del otro?

¿Con qué derecho me pide eso?

* * *

Estaba a punto de salir el sol cuando los que estábamos en el pasillo del primer piso con la cabeza contra el suelo fuimos llevados fuera de la sede del Gobierno Provincial. Estábamos con las manos atadas a la espalda y arrodillados uno al lado del otro en los bordes del aparcamiento cuando se nos acercó un oficial. Estaba muy excitado. Nos pegó una patada a cada uno en la

espalda con sus botas para que bajáramos la cabeza hasta el suelo y nos cubrió de insultos.

—¡Mierda! ¡Yo he estado en Vietnam! ¡He matado con mis propias manos a más de treinta malditos comunistas! ¡Rojos de mierda!

Jinsu se encontraba a mi lado. Cuando el oficial le pegó el puntapié, se golpeó la frente contra la grava y comenzó a sangrar.

Fue entonces cuando bajaron los cinco chicos menores de edad de la primera planta, con las manos en alto. Eran los cuatro a los que yo les había ordenado esconderse en los armarios de la sala de reuniones cuando el ejército lanzó luces de bengala, que iluminaron todo como si fuera de día, y comenzó a disparar con las ametralladoras, además del chico al que Jinsu había regañado junto al sofá. Al detenerse los disparos, tal como Jinsu les había indicado, habían tirado las armas y bajaban con las manos en alto para rendirse.

—¡Mirad a estos cabrones! —gritó todavía excitado el oficial que acababa de tirar a Jinsu al suelo—. ¡Malditos rojos! Así que os rendís, ¿eh? Queréis salvar la vida, ¿no?

Con un pie aún sobre la espalda de Jinsu, el oficial alzó el rifle M16 y les apuntó. Sin el más mínimo asomo de titubeo, los acribilló a balazos. No pude evitar alzar la cabeza y mirarle a la cara.

—¡Joder! Esto es como en las películas, ¿no os parece? —dijo dirigiéndose a sus subalternos, mientras se reía mostrando los dientes parejos.

¿Lo entiende? Los chicos aparecen tumbados en fila en la foto, pero no están así porque los hubieran movido para ordenarlos, sino porque así venían caminando. Con los brazos en alto y uno detrás del otro, tal como les habíamos dicho.

* * *

Hay recuerdos que no cicatrizan nunca. Pasa el tiempo y la memoria no se difumina, sino que queda únicamente ese recuerdo y todos los demás se van borrando. El mundo se va quedando en tinieblas al irse apagando una a una las bombillas de neón de colores. Sé bien que yo tampoco estoy a salvo.

Ahora me gustaría hacerle a usted una pregunta.

¿Es el hombre un ser cruel por naturaleza? ¿Lo nuestro no fue más que una experiencia normal y corriente? ¿Lo de la dignidad humana es un engaño y en cualquier momento podemos transformarnos en insectos, bestias o masas de pus y secreciones? El que no dejemos de humillarnos, destruirnos y

masacrarnos, ¿es la prueba que ofrece la historia acerca de la naturaleza humana?

Conocí por casualidad a un hombre que participó como paracaidista en la represión de las protestas de Busan y Masan^[32] contra el régimen dictatorial Yushin^[33] de Park Chung-hee en 1979. Cuando escuchó mi pasado, me confesó el suyo. Me dijo que habían recibido la orden de reprimir las manifestaciones de la manera más violenta posible. Que el alto mando recompensó con un premio monetario a los soldados que se comportaron de manera especialmente cruel. Me contó también que un compañero le dijo algo así como: *¿Qué tiene de malo? Nos ordenan que le peguemos a la gente y hasta nos pagan por ello, ¿por qué no hacerlo?*

También me contaron de un jefe de pelotón del ejército que estuvo en la Guerra de Vietnam. Reunió en el edificio comunitario a todas las mujeres, niños y ancianos de una aldea y los quemó vivos. Muchos de los que cometieron este tipo de actos en tiempos de guerra fueron luego recompensados y algunos de los que contaban con esa experiencia fueron enviados para matarnos. Tal como sucedió en Jeju, Kanto, Nankín, Bosnia^[34] y a lo largo de toda América cuando aún era conocida como el Nuevo Mundo; en todas partes han manifestado una crueldad semejante, como si el ser humano lo llevara en los genes.

Yo no lo olvido. No olvido que la gente con la que me encuentro diariamente son seres humanos. Usted también, que me está escuchando, es un ser humano. Por supuesto, yo también soy un ser humano.

Todos los días me miro la cicatriz que tengo en la mano. Me froto allí donde el hueso estuvo expuesto, ese sitio que se pudría rezumando todos los días una secreción blancuzca. Cada vez que me topo por casualidad con un bolígrafo negro Monami común y corriente, contengo la respiración y espero. Espero que el tiempo me arrastre como una oleada de lodo. Espero que el sucio recuerdo de la muerte, que acarreo día y noche, me deje libre por fin el día en que me encuentre de verdad con ella.

Estoy luchando. Lucho todos los días en soledad. Lucho con la vergüenza de haber sobrevivido y de estar vivo hoy. Lucho contra el hecho de que soy un ser humano. Lucho contra la idea de que el único camino que me liberará cuanto antes de esa realidad es la muerte. Profesor, usted que es un ser humano como yo, ¿qué respuesta me puede dar?

5

La pupila de la noche

Dicen que la luna es la pupila de la noche.

Tenías dieciséis años cuando escuchaste eso por primera vez. Fue una noche primaveral de domingo en el ático de Seonghee cuando, terminada la reunión sindical, os sentasteis en corro sobre papeles de periódico en un rincón de la azotea para compartir unos melocotones. Seonghee, que tenía diecinueve años y le gustaba leer poesía, fue la que lo dijo mirando la luna llena:

—¿No os parece cierto? Dicen que la luna es la pupila de la noche.

A ti, que eras la más joven del grupo, te dio un poco de miedo esa frase. En medio de la oscura noche, una pupila blanca y fría como el hielo os estaba mirando en silencio.

—No digas eso, ahora me da miedo la luna.

Al escucharte, todas se desternillaron de la risa.

—¡Madre mía! Nunca he conocido a una chica tan miedosa como tú —dijo una de ellas y te puso un trozo de melocotón en la boca—. ¿Cómo te va a dar miedo la luna?

19:00

Sacas un cigarrillo y te lo llevas a la boca. Después de encenderlo y darle una calada, giras con lentitud la cabeza para relajar los músculos del cuello, que tienes contraídos.

Estás sola en la amplia oficina del primer piso. Todas las ventanas están cerradas. Aguantando el calor y la humedad de la tarde de agosto, estás

sentada delante del ordenador. Acabas de borrar dos correos basura y todavía no has abierto uno nuevo que acaba de llegar.

Llevas el pelo bien corto. Vistes tejanos, zapatillas de color azul marino y una camisa de algodón de color gris claro de mangas largas doblada hasta los codos. Tienes la espalda empapada de sudor, por lo que la camisa ha adquirido una tonalidad gris oscura. A grandes rasgos, eres de complexión pequeña, tienes el cuello delgado y se te marcan las clavículas. A pesar de la ropa de colores neutros y poco llamativa que llevas, produces una profunda impresión en quienes te conocen.

El sudor que empapa tus cabellos detrás de las orejas se desliza por tu cuello flaco y cae por dentro de tu camisa. Después de limpiarte las gotas de sudor de debajo de la nariz con el puño, abres el correo electrónico que te falta leer. Lo lees despacio dos veces. Mueves el ratón, cierras la pantalla de internet y apagas el ordenador. Hasta que desaparece la luz azulada del monitor y todo retorna a la oscuridad, aspiras y sueltas el humo del cigarrillo varias veces.

Apoyas el cigarrillo a medio fumar en el cenicero y te levantas. Metes los puños empapados de sudor en los bolsillos de los tejanos. Respirando el aire caliente de la oficina cerrada, caminas hacia la ventana. Caminas lenta, muy lentamente, como si la oficina fuera un espacio dilatado. Casi no te has movido, pero te transpira todo el cuerpo. Brillan las gotas de sudor debajo de tu pelo corto.

Detienes tus pasos delante de la ventana. Apoyas la frente en el vidrio, que refleja tu aspecto sombrío. Lo sientes frío y húmedo. Abajo se ve una callejuela desierta y un farol que brilla blanquecino y grisáceo. Apartas la frente del vidrio, miras el reloj que está sobre la pared de enfrente y, como si no lo pudieras creer, vuelves a mirar tu reloj pulsera.

19:30

Estaba escuchando ese sonido.

Me había despertado por ese sonido, pero como no me animaba a abrir los ojos, agucé los oídos en la oscuridad con los ojos cerrados.

Eran ruidos de pasos que resonaban sosegados, apenas perceptibles.

Como un niño que practicara los pasos de una danza lenta, resonaban un par de pies ligeros moviéndose sobre el mismo sitio.

Sentí un dolor que me atenazó el pecho.

No sé si fue de miedo o de alegría.

*Finalmente me levanté.
Caminé hacia donde sonaba el ruido y me detuve delante de la puerta.
Se destacaba blancuzca en la oscuridad la toalla empapada que dejé
colgada en el pomo para contrarrestar la sequedad de la habitación.
El ruido venía de allí.
De allí caían sin descanso las gotas de agua y empapaban el suelo.*

19:40

Sobre tu escritorio hay tres cintas pequeñas con rótulos blancos y una grabadora portátil. Respirando regularmente como una persona que tiene los ojos abiertos y trata de dormir, te quedas mirando esos objetos con la cara brillante de sudor.

La primera vez que Yoon se comunicó contigo fue hace diez años, en primavera, cuando no hacía mucho tiempo que habías empezado a trabajar en la organización. Preguntó por ti llamando al número de teléfono general de la oficina y dijo que Seonghee le había dado tus señas. Cuando mencionó el título de la investigación que estaba haciendo y el nombre del miembro de la milicia civil que había elegido como punto de partida para la autopsia psicológica, te quedaste muda.

—Lo pensaré y le llamaré luego.

Cuando, una hora después, lo llamaste para negarte a hacer la entrevista, Yoon te dijo que lo entendía. En la primavera del año siguiente te mandó el trabajo terminado, pero tú no lo leíste.

Habían pasado diez años de aquello, pero se había puesto de nuevo en contacto contigo para decirte que esta vez quería entrevistarte a toda costa. Cuando le dijiste que preferías una conversación telefónica, él te preguntó con discreción:

—¿Leyó por casualidad el trabajo que le mandé?

—No —le contestaste con calma.

Pareció turbarse un poco, pero enseguida siguió hablando con tono sereno. Había averiguado el paradero de los diez exmiembros de la milicia civil que había entrevistado para la investigación y había descubierto que dos de ellos se habían quitado la vida y quedaban solo ocho. Siete de ellos habían aceptado ser entrevistados por segunda vez y pensaba incluir las transcripciones de las charlas como apéndice en el libro que iba a publicar ahora y que incluía la investigación hecha diez años atrás como primer capítulo.

—¿Me está escuchando? —preguntó Yoon, interrumpiendo su explicación.

—Sí, le escucho.

Como es tu costumbre cuando recibes una llamada, anotaste sobre un papel los números 10, 2, 8, 7 que has escuchado.

—Hubo varias mujeres que fueron detenidas entonces, pero es muy difícil encontrar a alguna que quiera dar su testimonio. Y si acceden, lo hacen de manera muy breve. Dejan siempre fuera lo más doloroso... Se lo pido encarecidamente, me gustaría que fuera usted la que me proporcionara el octavo testimonio de mi libro.

Esta vez no le dijiste que te diera tiempo para pensarlo.

—Lo siento, no puedo concederle la entrevista —le respondiste en tono inexpresivo.

Sin embargo, unos días después Yoon te había enviado a la oficina un paquete conteniendo las cintas y la grabadora portátil. Leíste hasta el final la carta que las acompañaba y que estaba escrita con una letra que distaba mucho de ser caligráfica. «Si le incomoda que charlemos frente a frente, ¿le importaría grabar su testimonio y enviármelo?». Su tarjeta personal estaba fijada con un clip en el borde inferior de la carta.

Metiste de nuevo la carta en su sobre como si no la hubieras abierto y guardaste el sobre en el fondo de tu secreter. Sacaste el trabajo que habías metido allí hace diez años y lo leíste sin detenerte hasta la hora de la comida. Volviste a leer el apéndice, que contenía las transcripciones de los testimonios. Tus compañeros habían salido a comer y la oficina estaba en completo silencio. Antes de que ellos regresaran, dejaste de nuevo el trabajo en el secreter, como si quisieras ocultarte a ti misma que lo habías leído, y lo cerraste con llave.

20:00

Es extraño.

Solo era el ruido de las gotas de agua que caían, pero lo recuerdo como si de verdad hubiera venido alguien.

Me parece que los pasos que imaginé mientras el dolor me atenazaba el pecho esa madrugada de invierno fueron reales, mientras que el suelo mojado por las gotas de agua que caían de la toalla fue un sueño.

20:10

Metes una de las cintas en la grabadora.

Tu testimonio será anónimo. Los nombres de personas y lugares que puedan proporcionar claves para adivinar tu identidad serán reemplazados por iniciales elegidas al azar. La ventaja de grabar no es solamente que no hace falta verse las caras con nadie, sino que puedes borrar tantas veces como quieras y volver a grabar encima, tal como te puso Yoon en la carta.

Sin embargo, no aprietas el botón de grabado. Pasas los dedos por los bordes lustrosos de plástico del aparato, como si quisieras comprobar que no tiene rasguños.

20:30

Casualmente tu tarea principal en esta oficina es grabar.

Grabas y transcribes las grabaciones de charlas y foros, y clasificas y guardas las fotos en el archivo. Cuando hay alguna actividad importante, grabas las imágenes con la videocámara y editas tres o cuatro versiones para distintos fines. Son todas labores trabajosas, pero que no proporcionan lustre. Son también tareas que tienes que organizar sola y te llevan mucho tiempo. Naturalmente tienes mucho más trabajo que tus compañeros, pero no te afecta porque estás acostumbrada a trabajar de noche y los fines de semana. En lugar de un sueldo, te pagan por obra y servicio. Si bien la suma es menor que el salario mínimo, aún peor era la situación de la organización donde trabajabas antes.

Las cosas que matan poco a poco.

Esta es la materia con la que has trabajado durante los diez años que hace que estás en esta organización: la interminable vida media de los materiales radiactivos, los aditivos prohibidos que se siguen usando y que deben prohibirse en el futuro, las sustancias tóxicas industriales que causan cáncer y leucemia, los pesticidas y fertilizantes químicos y las obras públicas que destruyen el medio ambiente.

La realidad reflejada en las cintas con las que trabajaba Yoon debía de ser muy diferente.

Imaginas su oficina, aunque no le has visto siquiera la cara. Imaginas su enorme escritorio, las cintas ordenadas en fila que hay encima, los nombres y las fechas que habría anotado en los rótulos blancos con su fea letra. Piensas en las muertes prematuras grabadas en voz humana sobre las estrechas y brillantes cintas marrones, en el mundo de los fusiles, las bayonetas y los

bastones; sudor, sangre y carne; de toallas mojadas, punzones y tubos de hierro.

Dejas la grabadora sobre el escritorio. Doblas la espalda para abrir el secreter metálico. Sacas el artículo de Yoon y lo abres por la primera página de las transcripciones.

«Nos ordenaron agachar la cabeza, así que nadie sabía por qué camino avanzaba el camión.

Luego nos hicieron bajar delante de un edificio que estaba sobre una colina desierta. De inmediato comenzaron los castigos físicos. Volaron los insultos, las patadas y los culatazos. Un hombre grueso de cuarenta y tantos años, que llevaba una camisa blanca y pantalones de traje, gritó sin poder aguantar más: «¡Mejor matadme!».

Ellos lo rodearon e hicieron llover sobre él los bastones, dispuestos a matarlo de verdad. Nos quedamos mirando atónitos, conteniendo la respiración, pues el hombre se quedó desplomado, exánime e inmóvil. Trajeron una palangana de agua, la arrojaron a su cara ensangrentada y le tomaron una foto. Se había quedado con los ojos entreabiertos y la sangre aguada le corría por las mejillas y el mentón limpios.

Pasaron tres días en un lugar que parecía un auditorio, donde ocurrió casi lo mismo todos los días. De día las manifestaciones en la ciudad y de noche venían a por nosotros completamente borrachos. Si alguno les llamaba la atención cuando nos infligían castigos corporales, no había perdón para él. A los que se desmayaban por los golpes, los pateaban como balones hasta un rincón y, tomándoles la cabeza de los cabellos, la machacaban contra la pared. A los que habían muerto les arrojaban agua para limpiarles la cara, les tomaban una foto y se los llevaban cargados en camillas.

Yo rezaba todas las noches. Aunque no era budista ni cristiano, rezaba pidiendo salir de ese infierno. Milagrosamente se cumplió mi deseo. De las alrededor de doscientas personas que estábamos allí encerradas, liberaron de pronto a cerca de la mitad, incluyéndome a mí. Después me enteré de que, al organizarse la milicia civil, el ejército decidió hacer una retirada estratégica, pero como llevar a tantos prisioneros iba a dificultar sus movimientos, liberaron a unos cuantos al azar.

No nos permitieron levantar la cabeza cuando nos subieron de nuevo al camión para bajar por la colina. Quizá porque entonces era joven, me moría de la curiosidad, así que giré ligeramente la cabeza. Justo estaba arrodillado cerca del borde del camión, así que pude ver lo que había afuera.

¡Jamás me hubiera imaginado que ese lugar era la universidad!

Detrás del campo de fútbol a donde iba los fines de semana a jugar con mis amigos, había un auditorio nuevo construido en la ladera de una colina. Allí era donde nos habían tenido encerrados durante tres días. En el campus universitario, tomado por los soldados, no se escuchaba ningún sonido humano. Todo estaba en silencio como un cementerio y el camión corría por el camino soleado cuando vi a dos chicas sobre el césped como si estuvieran dormidas. Vestían tejanos y estaban cubiertas hasta el pecho con una pancarta amarilla. Pude leer que estaba escrito con gruesas letras de rotulador «¡No al estado de sitio!».

No me explico cómo me quedaron tan grabadas las caras de esas estudiantes si solo las vi por un breve instante cuando pasamos al lado de ellas.

Recuerdo sus rostros cuando me adormilo por un instante o me despierto de un sueño. Las veo tan claramente como si las tuviera ante mis ojos con esa piel lívida, los labios cerrados, tumbadas bien rectas y cubiertas con esa pancarta. También veo la cara del hombre que quedó con los ojos entreabiertos y la sangre aguada corriéndole por las mejillas y el mentón... Llevo esas dos imágenes incrustadas debajo de los párpados y no me las puedo quitar de ninguna manera».

21:00

La imagen que ves en tus sueños es diferente de las que aparecen en el testimonio de ese hombre.

Tuviste más contacto con cuerpos horribles que nadie, pero apenas has tenido tres o cuatro sueños sangrientos en estos diez años. En lugar de eso, tus sueños son fríos y silenciosos. En ese sitio la sangre se ha secado sin dejar rastros y los huesos se han erosionado y desaparecido. En un lugar sorprendentemente parecido al que viste a través de la ventana cuando apoyaste la frente en el cristal hace un rato. Más allá del resplandor de la farola, grisáceo como el mercurio, todo está en tinieblas. Estás de pie, sola, debajo de esa farola. Es seguro solo hasta donde llega la luz, porque no se puede saber qué se agazapa en la oscuridad. Pero eso no importa puesto que no te vas a mover, no vas a salirte del círculo luminoso. Esperas en medio de la fría tensión. Esperas a que la oscuridad que hay afuera desaparezca cuando salga el sol. No puedes tambalearte, ni mover los pies, ni dar un mal paso.

Así te quedas, pero cuando abres los ojos, todavía es de noche. Te levantas del sofá-cama y enciendes una lámpara. Este año has cumplido cuarenta y tres años, y solamente has vivido con un hombre una vez, aunque fue menos de un año. Cruzas la oficina desierta, vas hacia la puerta y enciendes las luces sin titubear. Después de encender la luz de los baños, la cocina y el vestíbulo, te sirves agua fría en un vaso con las manos ligeramente trémulas.

21:20

Te levantas de tu asiento cuando sientes que alguien mueve el pomo de la puerta. Te agachas y metes el artículo en el secreter metálico.

—¿Quién es? preguntas con un grito.

Habías cerrado la puerta con llave.

—Soy yo, Park Yeonghob.

Caminas hacia la puerta, cuando la abres, ambos os preguntáis al unísono:

—¿Qué hace aquí a esta hora?

Ambos lanzáis una carcajada.

Con rastros de la carcajada aún en los labios, tu colega Park le echa un vistazo al interior de la oficina con ojos suspicaces. Es un hombre bajo, de complexión gruesa y con los cabellos siempre sobre la cara para tapar la incipiente calvicie.

—Es que el lunes voy a la planta nuclear y necesitaba algunos materiales.

Park va hacia su sitio y, dejando la mochila sobre el escritorio, enciende el ordenador. A continuación, ensarta una serie de excusas, como si se hubiera presentado sin avisar en casa ajena.

—Es que mañana tengo que ir a mi pueblo por un asunto personal y me pareció mejor llevarme los materiales de la planta nuclear conmigo por las dudas. —Y añade en un tono exageradamente animado—: ¡Pero vaya sorpresa! Creía que no iba a haber nadie y me he encontrado con la luz encendida.

De pronto hace una pausa y pregunta:

—Hablando de otra cosa, ¿por qué hace tanto calor en la oficina?

Camina a grandes zancadas hacia la ventana y la abre de par en par. También enciende los dos ventiladores que hay en las paredes. Dándole la espalda a la ventana, por donde entra una brisa caliente, camina hacia su sitio meneando la cabeza.

—¡Vaya! ¡Si esto parece una sauna!

21:50

Tú eres la de mayor edad entre los trabajadores de esta organización. Como te limitas a hacer tu trabajo en silencio, tus colegas no se sienten a sus anchas contigo. Te tratan de usted y guardan una distancia respetuosa, y tú también les correspondes con un trato formal. Cuando necesitan algún material, acuden a ti.

—Busco equis material del foro de equis año. Lo busqué en los archivos, pero solo encontré unos folletos. ¿No se publicaron los resúmenes de las ponencias?

Rebuscas en tu memoria y respondes:

—Ese foro se hizo con mucha prisa y no hubo tiempo para publicar los resúmenes. Se grabaron las ponencias que se leyeron y luego se pasaron por escrito, pero como luego nadie utilizó ese material para otra cosa, está solamente en formato de documento para ordenador.

Una vez Park había dicho de ti en tono de broma:

—Lim Seonju, es usted un portal de búsqueda andante.

Ahora Park está delante de la impresora que está en el centro de la oficina esperando que salgan las hojas. Con una mirada rápida, le echa un vistazo a tu escritorio. El cenicero cubierto con papel mojado, las colillas, la taza llena de café, la grabadora portátil y las cintas de casete.

Cuando sus ojos escrutadores se encuentran con tu mirada, te dice con un tono respetuoso, como queriendo justificar la formalidad con que te trata:

—Parece que en verdad le gusta su trabajo. —Y añade, rectificándose—: Quiero decir que, si yo llego a seguir trabajando en esto hasta que me aparezcan las canas, me imagino a mí mismo con el mismo aspecto que tiene usted ahora... Es lo que he pensado alguna vez.

Comprendes de inmediato que está hablando de la exigua paga, de la cantidad excesiva e irregular de trabajo que tienes en comparación con lo que recibes, del dorso de tus manos flacas, surcadas por venas demasiado protuberantes... Park se calla por un momento mientras la impresora láser escupe las hojas emitiendo un sonido mecánico, grave e impaciente.

—Todos tienen mucha curiosidad sobre usted. —Retoma de nuevo la palabra Park, con tono animado—. Como no hemos tenido muchas ocasiones de hablar... Ya sabe, usted nunca viene a las cenas de trabajo ni le da mucha confianza a nadie...

Park grapa las hojas impresas y se dirige a su escritorio. Permaneciendo de pie, manda imprimir otro documento con el ratón y vuelve a ponerse junto

a la impresora.

—He oído que es amiga de Kim Seonghee, que milita en el movimiento obrero, y también que estuvo trabajando allí en la sección de accidentes laborales antes de venir a nuestra oficina.

—Tanto como amiga... —respondes con discreción—. Ella me ayudó durante muchos años.

—Como soy de otra generación, lo que sé de Kim Seonghee son cosas casi legendarias. Me dijeron que, al final del régimen Yushin de Park Chung-hee, en plena época del Decreto de Emergencia Nacional^[35], ella se subió al estrado ante cientos de miles de creyentes reunidos en el parque Yeouido para el oficio de Pascua. Varias obreras, que apenas tendrían veinte años, se abalanzaron sobre el micrófono cuando se estaba transmitiendo en vivo el oficio por el canal cristiano CBS y gritaron: «¡Somos seres humanos, no esclavas! ¡Garanticen los derechos de los trabajadores!» hasta que fueron sacadas a rastras. Usted también tuvo que ver con ese suceso, ¿no es cierto? —pregunta Park con seriedad.

—No, yo no estaba en Seúl entonces —dices, negando con la cabeza.

—Ah, dicen también que usted estuvo en la cárcel... Yo pensé que fue por ese incidente por lo que estuvo presa. Todos los demás también piensan lo mismo.

Por la ventana oscura entra una brisa húmeda. Se te ocurre de pronto que es como si alguien estuviera exhalando largamente el aliento. La noche, como un gigantesco ser vivo, abre la boca y suelta un soplo de aire húmedo para enseguida aspirar el aire caliente encerrado de la oficina y llevarlo a sus pulmones negros.

Te sobreviene un repentino cansancio y agachas la cabeza. Contemplas por un instante los sedimentos rojizos de café en el fondo de la taza. Como sueles hacer cuando no encuentras algo adecuado que responder, alzas la cabeza y esbozas una sonrisa. Una multitud de finas arrugas se dibuja en las comisuras de tu boca.

22:30

*Tú, Seonghee, eres diferente a mí
puesto que tú crees en Dios y en el ser humano.
Nunca me dejé convencer por ti.*

*No podía creer en la existencia de un ser absoluto que nos contemplara
con amor.*

*Ni siquiera soportaba leer en voz alta el Padrenuestro hasta el final.
¿Que nos perdone nuestras ofensas, así como perdonamos a los que nos
ofenden?
Yo no he perdonado nada ni quiero perdón de nada.*

22:40

Estás de pie, junto al cartel de la parada de autobús en penumbra.

Llevas en los hombros una pesada mochila que contiene la libreta de notas, libros, bolígrafos, artículos de aseo, una botella de agua mineral pequeña, la grabadora portátil y las cintas.

Es una parada poco concurrida en la que se detienen tres líneas de autobuses. Una vez que llegan uno tras otro y se bajan y suben los pasajeros, te quedas sola. Miras fijamente y en silencio las baldosas oscuras a las que no alcanza la luz de la farola.

Caminas hacia adelante dejando atrás la parada de autobús. Introduces las manos en los tirantes de la mochila, que aprietan tus hombros y, sintiendo el aire caliente de la tibia noche estival, mueves lentamente el cuello. Caminas de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Te acercas al límite entre la acera y el pavimento y luego te alejas.

Cuando Park salió de la oficina con los materiales que había venido a buscar, tú también cogiste tu mochila y saliste con él. Sosteniendo una conversación que parecía cortarse por momentos, llegasteis juntos hasta la parada y te quedaste viendo cómo él subía al autobús. Te saludó con un movimiento de cabeza azorado desde el interior de la ventanilla y le devolviste el saludo.

«Si no hubiera llegado Park, ¿habría podido hacerlo?», piensas. «¿Me habría animado y habría apretado el botón de grabado?».

¿Qué habrías logrado grabar arrimando y cosiendo silencios, carraspeos, titubeos, palabras demasiado laxas y otras demasiado tensas?

Confiaste en que podrías hacerlo y por eso fuiste a la oficina en ese día de fiesta, en que se conmemoraba la liberación de la dominación japonesa^[36]. Hasta trajiste artículos de aseo personal pensando quedarte toda la noche en caso de que no te alcanzara el tiempo.

¿Pero de verdad hubieras podido?

Ahora, cuando vuelvas a tu casa, que por ser pequeña es más calurosa, ¿podrás comenzar todo de nuevo poniendo la grabadora y las cintas sobre la mesa?

22:50

El lunes pasado, cuando te enteraste tardíamente de lo que le había ocurrido a Seonghee, la llamaste por teléfono. Lograste comunicarte con ella después de llamarla cuatro veces a intervalos de una hora. Hablabais por primera vez en diez años, pero la conversación fue breve y tranquila. Escuchaste, conteniendo la respiración, su voz, que se había tornado áspera por el tratamiento de quimioterapia.

—¡Cuánto tiempo, Seonju! —exclamó Seonghee, con voz grave y ronca.

—Sí, quería saber cómo estabas.

No le dijiste que irías a verla al hospital, así que ella tampoco te contestó que no fueras. Fue pura casualidad que al día siguiente llegara a la oficina el paquete que te envió Yoon, pero ahora estás cavilando Sobre la razón que enredó ambos hechos difíciles de soportar como un intrincado nudo de alambre.

El hecho de grabar y de ver a Seonghee.

Grabar antes de verla.

23:00

Soportar es lo que mejor sabes hacer.

Te faltaba un semestre para terminar la escuela secundaria cuando empezaste a trabajar. Salvo el año que pasaste en la cárcel, nunca has dejado de trabajar. Has sido siempre diligente y taciturna. El trabajo te asegura la soledad. Mientras puedas llevar tu vida con el ritmo regular que te proporcionan el trabajo, los breves descansos y el sueño, no tienes por qué tener miedo de la zona que está fuera del círculo de luz.

Sin embargo, el trabajo que hiciste antes de cumplir los veinte fue diferente.

Trabajabas quince horas al día y descansabas dos días al mes. El sueldo era la mitad de lo que ganaban los obreros varones. No te pagaban las horas extras. Tomabas dos pastillas de cafeína al día para mantenerte despierta, pero de todas formas te morías de sueño. Cuando el capataz te descubría dormitando de pie, te insultaba o te pegaba una bofetada. Por las tardes se te hinchaban los tobillos y los pies. Los guardias revisaban a las obreras al término del día por si robaban la mercancía. Sus manos se hacían más lentas cuando te tanteaban cerca del sujetador. Vergüenza. Tos. Frecuentes

sangrados de la nariz. Dolores de cabeza. Esputos de pelusa apelmazada y negruzca.

—Todos poseemos dignidad —solía decir a menudo Seonghee.

Los domingos de descanso, ella iba a escuchar charlas sobre legislación laboral en las oficinas del sindicato de prendas textiles de Cheonggye^[37] y, después de tomar detallados apuntes en su cuaderno de notas, lo transmitía en las reuniones menores de obreras. Seonghee te había dicho que aprenderías escritura china en esas reuniones, así que te uniste al grupo sin temor alguno. De hecho, lo primero que hacían cuando se reunían era aprender a escribir chino.

—Hay que saberse al menos mil ochocientos ideogramas para poder leer los periódicos.

Cuando terminaban de memorizar y aprender a escribir treinta ideogramas en los cuadernos, empezaba la desordenada clase de legislación laboral de Seonghee.

—Es decir... todos poseemos dignidad.

Cada vez que se trababa o no le venía pronto a la memoria lo que tenía que decir, metía esa frase como un estribillo.

—Según la Constitución, nosotras, poseemos dignidad como todo el mundo. Y según la legislación laboral^[38], tenemos derechos que nos pertenecen por ley —decía Seonghee, con una voz amable y sonora como la de una maestra de la escuela primaria—. Hay gente que ha dado su vida por esta legislación.

El día en que los esquirols y la policía quisieron llevarse a los dirigentes sindicales^[39], que habían superado por amplia mayoría a los candidatos de los sindicatos patrocinados por el gobierno, los cientos de obreras que salían de los dormitorios para hacer el segundo turno de trabajo formaron un cordón humano. Eran todas chicas adolescentes que como mucho tendrían dieciocho o diecinueve años. No cantaron consignas ni canciones.

—¡No se los lleven! ¡Por favor, no lo hagan!

Así gritaban las obreras cuando los esquirols se les lanzaron encima con palos. Viste que había más de cien policías armados y protegidos con cascos y escudos, y que había aparcados vehículos antidisturbios que tenían rejas de hierro en todas las ventanillas. «¿Para qué todo esto si nosotras no sabemos pelear ni tenemos armas?», pensaste por un instante.

Fue entonces cuando Seonghee gritó a toda voz:

—¡Quitaos la ropa! ¡Quitémonos todas la ropa!

Sin titubear en lo más mínimo, todas se quitaron la ropa.

—¡No se los lleven! —gritaban todas, agitando al aire las blusas y las faldas.

Creyeron que no se atreverían a tocar aquello que es lo más íntimo de cada ser, eso que decían que era lo más valioso, los cuerpos de chicas aún vírgenes. Sin embargo, ellos arrastraron a todas esas chicas en ropa interior por el suelo de tierra. Les rasparon la piel desnuda de las espaldas contra la grava y la arena y las hicieron sangrar. Quedaron con los cabellos enmarañados y la ropa interior rasgada.

—¡No! ¡No se los lleven!

En medio de los alaridos ensordecedores, capaces de reventar los tímpanos, metieron a los dirigentes sindicales, a fuerza de bastonazos y garrotazos, en aquellos vehículos semejantes a corrales de gallinas.

Tú tenías dieciocho años y te caíste al suelo cuando te arrastraban entre las últimas. Un policía vestido de civil, que parecía tener mucha prisa, te pisó el estómago y te pateó el costado. Tumbada boca abajo en el piso de tierra, sentiste que se te iba la conciencia por un momento y volvía luego, que los ensordecedores alaridos de las chicas se alejaban y se acercaban.

Te llevaron a toda prisa a urgencias, donde te diagnosticaron perforación intestinal. Mientras estabas internada, recibiste el aviso de despido. Cuando te dieron el alta, en lugar de unirse a la lucha que pedía la reincorporación al trabajo, te marchaste a tu pueblo. Una vez que te recuperaste del todo, volviste a Incheon y te admitieron en otra fábrica textil, pero te volvieron a despedir antes de una semana. La razón era que tu nombre estaba en la lista negra de trabajadores. Al final tuviste que olvidarte de tu experiencia de dos años como obrera textil y empezaste a trabajar como ayudante en una sastrería de Gwangju, gracias a la intercesión de un pariente. El sueldo era peor que cuando trabajabas en la fábrica textil, pero cada vez que te daban ganas de dejar el puesto, te volvía a la memoria la voz de Seonghee: «Es decir... todos poseemos dignidad». Entonces le escribías una carta: «Estoy bien. No creo que sea fácil convertirme en costurera, no porque sea complicado aprender la técnica de coser a máquina sino porque no quieren enseñarme. Aun así, me esforzaré por aprender con paciencia». Escribías con trazos rectos y definidos los ideogramas chinos de palabras como «técnica»^[40] o «paciencia»^[41], que habías aprendido en las reuniones obreras. Cuando mandabas tus cartas a la dirección del Centro Misionero Obrero^[42], a donde sabías que Seonghee solía acudir, ella te respondía muy espaciadamente con misivas muy breves: «Me parece muy bien. Estoy segura

de que, estés donde estés, todo lo harás muy bien». Así pasaron un par de años hasta que finalmente perdisteis el contacto.

Después de pasar mil dificultades, te convertiste en costurera de máquina de coser tres años después, cuando tenías veintiún años. Ese año murió una obrera^[43] tan joven como tú durante una huelga en una sede del partido opositor^[44]. No te creíste la versión oficial de que se había abierto las venas con el vidrio de una botella de gaseosa y se había lanzado desde un segundo piso. Como si reconstruyeras un rompecabezas, te pusiste a examinar las fotos publicadas por los periódicos, los espacios en blanco dejados por la censura, el lado oculto de las indignadas columnas editoriales.

No olvidabas la cara del policía vestido de civil que te pisó y te pateó el vientre. Tampoco que la Agencia Central de Inteligencia^[45] era la que entrenaba y patrocinaba a los esquirols y que, en la cima de toda esa violencia, estaba el presidente, militar de carrera. Entendiste perfectamente el significado del Decreto de Emergencia Nacional número 9^[46] y las consignas que gritaban los estudiantes fuertemente entrelazados delante de las universidades. Tuviste que armar el rompecabezas con los retazos de noticias que te proporcionaban los periódicos para entender lo que había sucedido en Busan y Masan. Comprendiste lo que significaban las cabinas telefónicas destrozadas, las comisarías en llamas, las multitudes airadas que libraban batallas campales con cascos, y las frases en blanco que solo se podían llenar con la imaginación.

Cuando el presidente murió asesinado de repente en octubre^[47], te preguntaste si ahora que la cúpula de la violencia había desaparecido, dejarían de arrastrar por el suelo a las obreras que gritaban sin ropa; si de ahora en adelante dejarían de pisotear los vientres de las chicas para reventarles las entrañas. Viste en los diarios que un joven general de brigada^[48], que decía haber sido nombrado por el presidente extinto hacía su entrada en Seúl escoltado por tanques y asumía la jefatura de la Agencia Central de Inteligencia. Un silencioso escalofrío te recorrió el cuerpo. Sentiste que algo terrible iba a ocurrir. El cortador de la sastrería, un hombre de edad mediana, se burlaba de ti diciendo: «¿Tanto te gusta leer los diarios, Lim? ¡Qué suerte tienes de ser joven y poder ver sin gafas esas letras tan pequeñas!».

También viste ese autobús.

Era un espléndido día de primavera. El dueño de la sastrería se había ido a casa de su hermano en Yeongam llevándose a su hijo, que era universitario. De repente te habías quedado sin nada que hacer y caminabas lentamente por la calle, cuando divisaste ese autobús. Llevaba largas pancartas blancas

colgadas de las ventanillas que tenían escrito con rotulador azul: «¡No a la ley marcial! ¡Garantías para los derechos de los trabajadores!». Dentro del autobús iban decenas de obreras con uniforme de trabajo de Hilados Chonnam^[49]. Con las caras pálidas y demacradas por no ver nunca la luz del sol, las chicas iban cantando y con los brazos fuera de la ventanilla mientras golpeaban la carrocería del autobús con palos de madera. Recuerdas sus voces retumbantes, como de pájaros y cachorros de animales cantando todos a la vez.

*Estamos de parte de la justicia.
Viviremos y moriremos juntas.
Antes morir de pie que vivir de rodillas.
Confiamos en la justicia^[50].*

Siguiendo esa canción, que recuerdas con total claridad, te dirigiste como presa de un embrujo hacia donde había desaparecido el autobús. Una muchedumbre de cientos de miles de personas, proveniente de todas las direcciones, se dirigía a la plaza. No eran los estudiantes que se habían manifestado desde principios del invierno entrelazando los brazos, sino ancianos, niños de la escuela primaria, obreros varones y mujeres con ropa de trabajo, hombres jóvenes con camisa y corbata, mujeres jóvenes que llevaban puestos trajes y tacones, y hombres con la chaqueta del movimiento Saemaul^[51] que traían largos paraguas en las manos a manera de armas. Delante de este interminable desfile de gente que se dirigía a la plaza, iban cargados sobre una carretilla los cuerpos de los dos jóvenes muertos a tiros delante de la nueva estación de trenes^[52].

23:50

Subes por los escalones empinados y sales de la estación del metro. De nuevo la humedad se posa sobre tu piel, que estaba seca por el refrescante aire acondicionado del vagón del metro. Es una noche en verdad sofocante. Es cerca de medianoche y el aire sigue caldeado.

Te paras delante del cartel del hospital, que está delante de la boca del metro. Te detienes a mirar por un momento el horario de las lanzaderas que funcionan solo de día y, metiendo los dedos debajo de los tirantes de la mochila, te pones a subir la calle en cuesta respirando el aire caliente. Cada

tanto sacas la mano de la mochila y te limpias el sudor que se acumula pegajoso en tu cuello.

Pasas al lado de una tienda que tiene pintado sobre la persiana un grafiti tosco, hecho con pintura en aerosol blanca. Pasas también al lado de un grupo de hombres que beben cerveza en lata sentados bajo el parasol de una tienda 24 horas. Levantas la vista y contemplas el edificio del hospital, que se levanta en lo alto de la colina. Escuchas el resonante canto de las jóvenes muchachas reverberando esta noche desde aquel lejano autobús.

*Antes morir de pie que vivir de rodillas.
Hagamos un minuto de silencio por los que se han ido,
luchemos hasta el final siguiendo el ejemplo que nos
dieron,
puesto que... todos poseemos dignidad.*

0:10

Al entrar en los jardines del hospital, ves que el oscuro camino avanza iluminado por farolas y que, formando una curva serpenteante, conduce a la funeraria, al edificio principal y al pabellón anexo. Cruzas la puerta del vestíbulo de la funeraria, lleno de coronas de flores alineadas. Ves a varios jóvenes con camisa blanca y bandas^[53] de color amarillo alrededor de los brazos que fuman de pie, reunidos en corro.

Es noche profunda, pero no tienes sueño. Te pesa la mochila y tienes la espalda y los hombros empapados de sudor, pero no te importa. Sigues andando, recordando pesadillas que son más nítidas que la realidad misma.

Te caes desde la terraza de un edificio de muchos pisos con una armadura recubierta de placas metálicas. Te golpeas la cabeza en el suelo, pero no mueres y subes de nuevo por las escaleras de emergencia. De nuevo te tiras sin el menor titubeo desde la azotea. Tampoco mueres esta vez y de nuevo subes por las escaleras de emergencia para lanzarte otra vez. «¿De qué sirve tener puesta una armadura cuando te tiras desde un lugar tan alto?», te preguntas, cuando sales de esa etapa del sueño. Sin embargo, en lugar de despertarte, te deslizas a la siguiente pesadilla. La gran mole de un glaciar aprisiona tu cuerpo. Tú, que eres materia sólida, eres comprimida por la mole. Piensas que te gustaría fluir por debajo del glaciar. Tienes que convertirte en algún tipo de líquido, ya sea agua de mar, petróleo o lava, para librarte de ese peso. Es la única manera. Cuando sales de esta etapa del sueño, te espera la

última. Estás de pie, muy rígida, vigilando la oscuridad debajo de una farola de luz grisácea.

A medida que te acercas a la vigilia, tus sueños se van haciendo menos cruentos y más ligeros. Al final se hacen tan delgados y frágiles como el papel de calco y terminan por despertarte. Te esperan en silencio los recuerdos, aquellos que te hacen darte cuenta de que las pesadillas no son nada comparadas con la realidad.

0:20

¿Cuál es el problema? Te lo has preguntado alguna vez. ¿Acaso no ha terminado todo ya? ¿Acaso no has apartado limpiamente de ti a todos los que tenían siquiera una probabilidad entre cien, mejor dicho, una entre mil, de hacerte daño?

Recuerdas la voz calmada de Seonghee preguntándote por qué te parecía tan difícil olvidar. Fue cuando le preguntaste, apretando los dientes, con qué derecho le hablaba a los demás de ti. No has podido perdonarle durante estos diez años la cara de serenidad que puso cuando te respondió lo siguiente, pronunciando con nitidez cada una de las sílabas:

—Si yo fuera tú, no viviría escondiéndome de esa manera. Quiero decir que no desperdiciaría lo que me queda de vida tratando de protegerme.

Recuerdas la voz amable del hombre que fue tu marido durante ocho meses.

—Tienes ojos pequeños pero bonitos —fue lo primero que te dijo—. Para dibujar tu cara solo hacen falta unas cuantas líneas simples. Los ojos alargados, la nariz y la boca... Unos cuantos trazos sobre el papel y ya...

Recuerdas sus ojos, grandes y húmedos como los de un ternero. Recuerdas también cuando te miraba fijamente con los ojos congestionados y la boca retorcida.

—No hagas eso. No me mires así que me da miedo —le decías.

Recuerdas el largo y perentorio correo electrónico de Yoon que leíste hace un rato en la oficina y que comenzaba diciendo que no quería presionarte.

«No pienso que esa experiencia de violencia se limite a esos diez días cortos de lucha y resistencia. Para mí es como la explosión de Chernóbil, de la que no se puede decir que sea cosa del pasado puesto que sus efectos continúan a lo largo de décadas. Si aún tengo fuerzas, quisiera publicar dentro de diez años otro estudio que sea la continuación de este. Por favor, ayúdeme. Busque en sus recuerdos y concédame su testimonio».

0:30

Están apagadas todas las luces del vestíbulo del edificio principal del hospital, donde está el pabellón de ingresos. Solo está brillantemente iluminada la entrada de urgencias, que está a un lado del edificio anexo. Parece que acaban de traer a alguien en estado grave, pues hay aparcada una ambulancia de un hospital del interior del país con las luces de emergencia encendidas y la puerta trasera abierta.

Cruzas la puerta del vestíbulo de urgencias, que está totalmente abierta, y llegas al pasillo. Escuchas quejidos, voces apremiantes, el ruido que hace un aparato médico succionando algo con fuerza, el agudo chirrido de las ruedas de una camilla transportando a un enfermo. Al verte sentada en uno de los bancos alineados frente a la ventanilla de admisiones, la mujer de mediana edad que la atiende te pregunta:

—¿La puedo ayudar en algo?

—He venido a ver a alguien...

No es verdad. Tú no has quedado en ir a ver a nadie. Solo admiten visitas por la mañana, pero ni siquiera sabes si Seonghee querrá verte.

Un hombre de mediana edad con ropas de montañista entra en la sala apoyándose en un compañero. A juzgar por la manera tosca en que lleva entablillado el brazo, parece haber sufrido un accidente mientras hacía senderismo nocturno.

—No te preocupes, ya llegamos —dice para alentarle su compañero, que lleva dos mochilas superpuestas sobre uno de los hombros.

Les observas las caras, que transmiten una expresión semejante de dolor. Ahora que te fijas, también tienen rasgos similares, como si fueran hermanos y amigos.

—Aguanta un poco. Ya viene el doctor.

Ya viene el doctor.

Escuchando esta frase, que se repite como un conjuro, continúas sentada en un extremo del banco sin mover un músculo. Te acuerdas de esa chica que te dijo hace mucho tiempo que le gustaría ser doctora algún día.

Seonghee había sugerido que trajerais a nuevas participantes a las reuniones, así que la habías invitado a ella. Había entrado a trabajar a una fábrica antes de terminar la escuela secundaria mintiendo sobre su edad, como tú. Era bajita y siempre tenía la risa a flor de boca. Sin embargo, se negó.

—No puedo participar mucho en las actividades sindicales porque no puedo perder el trabajo. Tengo que mandarle dinero a mi hermano para sus

estudios y, cuando pueda, quiero estudiar yo también. Quiero ser doctora.

Fue cuando estuviste internada por la perforación intestinal. Una compañera de trabajo, que fue a visitarte después de participar en una manifestación en la Catedral de Myeongdong^[54], te lo contó.

—Dicen que Jeongmi recogió nuestros zapatos, que estaban desparramados, y los llevó todos a la oficina del sindicato. Tan pequeñita como es, dicen que no paraba de llorar desconsoladamente.

Habíais perdido los zapatos mientras os resistíais a ser detenidas y habían quedado todos desperdigados en el suelo. Sin saber qué era lo que la hacía llorar, esa pequeña de quince años había abrazado uno a uno esos zapatos contra su pecho y los había subido a la oficina del sindicato, que estaba vacía porque se los habían llevado a todos.

Esa tarde el médico, de rostro gallardo, los residentes y los practicantes que hacían la ronda te examinaron con cuidado. Entonces pensaste que esa chica nunca llegaría a ser una doctora como ellos. Cuando terminara de pagarle los estudios universitarios a su hermano menor, tendría más de veinticinco años y, aunque se preparara entonces para cursar la secundaria por libre... No, seguramente esa chica no aguantaría trabajando en la fábrica hasta entonces. Le sangraba frecuentemente la nariz y tenía una tos muy fuerte. Corría de un lado a otro entre las máquinas, con esas pantorrillas flacas como palos por no haber terminado de desarrollarse, y se dormía apoyada en los pilares como si perdiera momentáneamente el conocimiento.

—Qué ruido más espantoso. ¡No escucho nada!

Así te había gritado en su primer día de aprendizaje en la fábrica, sorprendida por el ruido de las máquinas textiles y abriendo mucho los ojos como si estuviera asustada.

2:00

Bebes de tu botella de agua mineral frente al espejo del servicio del hospital, que huele fuerte a lejía. Abres el grifo, te lavas la cara y te cepillas los dientes durante largo rato. Como hace diez años, cuando participabas con Seonghee en las prolongadas tomas de los lugares de trabajo, te lavas la cabeza con el jabón del baño y te secas con la toalla. Sacas una muestra de loción del estuche de tela y te lo pones sobre la cara pálida.

La voz de Seonghee, que escuchaste por teléfono el pasado lunes, sonaba diferente y por un momento no pudiste recordar su rostro. Después de colgar,

te acordaste de su mirada inteligente y de las encías sonrosadas que se le veían cuando se reía. Su rostro debía de haber cambiado mucho en estos diez años. Habría envejecido seguramente. También estaría más delgada. Ahora mismo estaría dormida. Se escucharía su respiración grave y áspera, mezclada con un ronquido semejante al de un animal enfermo.

Una noche, bien entrado el invierno, te llevó a pasar la noche con ella a un lugar a donde la policía no podía irrumpir a su antojo y al que ella había acudido un sinnúmero de veces en esa época, cuando andaba por los veintitantos años. Allí, en el desván de una casa de dos plantas donde un pastor extranjero hacía su prédica entre los trabajadores, en total contraste con su imagen de maestra de la escuela primaria, Seonghee no paró de roncar durante toda la noche. Aunque te acostaste mirando a la pared y te tapaste hasta la coronilla con el edredón de algodón, que olía a naftalina, no pudiste evitar oír sus ronquidos.

2:50

Te acurrucas con tu mochila en los brazos en el rincón donde los bancos de delante de la ventanilla de admisiones tocan la pared, y te quedas dormida. Cada vez que el sueño se aligera súbitamente, titilan de un modo cegador las palabras que se repiten en el correo de Yoon: testimonio, sentido, recuerdo, futuro.

Obedeces a la vigilia de tus nervios, finos como filamentos de una bombilla, y abres los ojos. Con cara aún soñolienta, miras el corredor de luces tenues y la oscuridad al otro lado de los vidrios de la sala de urgencias. Cuando el sueño se aleja como la marea y tus sufrimientos adquieren contornos nítidos, vuelve ese instante, más gélido que cualquier pesadilla. El instante en que compruebas que todo lo que ha pasado no ha sido un sueño.

Yoon te ha pedido que recuerdes. Que mires de frente y des tu testimonio.

¿Pero cómo hacer eso?

¿Testimoniar que te metieron dentro una regla de madera de treinta centímetros hasta traspasarte el útero infinidad de veces? ¿Que te hicieron jirones la boca del útero con la culata de una pistola? ¿Que entraste en shock por la hemorragia y te llevaron a un hospital militar donde te hicieron una transfusión? ¿Que seguiste sangrando dos años más y los coágulos obstruyeron las trompas de Falopio y perdiste para siempre la capacidad de procrear? ¿Que te es imposible aguantar cualquier contacto físico con otra persona, especialmente si se trata de un hombre? ¿Que un breve roce de

labios, una caricia en la mejilla, que el simple hecho de que alguien demore su mirada en tus brazos o pantorrillas por llevarlas descubiertas en verano se han convertido para ti en una fuente de sufrimiento? ¿Que desde entonces odias tu cuerpo y has destruido y escapado sistemáticamente de cualquier calor o amor profundo que hayan querido darte? ¿Que no haces más que ir hacia un lugar más frío, un lugar más seguro, con el único fin de sobrevivir?

3:00

La parte interna de la sala de urgencias que atisbas desde donde estás sentada sigue iluminada como si fuera pleno día. Se escuchan los quejidos de alguien que podría ser un niño o una mujer joven. Crecen las voces de una pareja de mediana edad, seguramente sus padres. Ves de perfil a la enfermera, que acude con pasos presurosos.

Te levantas, te pones la mochila sobre los hombros y sales del vestíbulo de la sala de urgencias. Ves dos ambulancias agazapadas, con el motor apagado, recibiendo la luz fría. El aire ya no es caliente. Por fin se ha enfriado la atmósfera.

Andas un poco por el camino de asfalto desierto y, a pesar de que está prohibido, te metes en el césped para cruzarlo en diagonal y llegar al edificio principal del hospital. Tus medias son cortas y el pasto, crecido y húmedo, moja tus tobillos. Aspiras el intenso olor a tierra que se percibe antes de la lluvia. De repente te imaginas las caras de las dos chicas que estaban tiradas sobre el pasto y cubiertas con una pancarta. Imaginas la ligereza de sus pasos mientras dejan a un lado la pancarta, se levantan y salen andando del césped con los cabellos enmarañados. Tienes sed. Te has cepillado los dientes hace una hora, pero sientes un sabor amargo en la parte posterior de la lengua. Te parece que debajo del césped que pisas no hay tierra sino trozos de vidrio finamente desmenuzados.

3:20

Después de esa noche nunca más he colgado toallas mojadas en el pomo de la puerta.

Sin embargo, aunque pasó ese invierno y ya no hubo necesidad de toallas mojadas cuando llegó la primavera, seguí escuchando ese sonido.

Aún hoy, de vez en cuando escucho ese sonido en las pocas veces en que me despierto de un sueño sin pesadillas.

Entonces abro los párpados temblorosos y miro hacia la oscuridad.

¿Quién es?

¿Quién viene?

¿Quién viene con esos pasos tan ligeros?

3:30

Estaban bajadas las persianas de todos los edificios.

Estaban cerradas todas las ventanas.

Sobre esas calles oscuras, la luna llena contemplaba, como una pupila gélida, la camioneta en la que ibas subida.

Las universitarias fueron las que se encargaron de la mayoría de las transmisiones. Tú tomaste el megáfono durante cuarenta minutos cuando ellas se quedaron exhaustas y con la voz tan enronquecida que ya no podían emitir sonido. «¡Encended las luces, ciudadanos!», así ibas gritando tú en dirección a las ventanas oscuras, a las callejuelas desiertas y en completo en silencio. «¡Por favor, al menos encended las luces!».

Después te enteraste de que los militares dejaron que circulara esa camioneta hasta la madrugada para ocultar sus movimientos. Después de ser apresadas, poco antes del amanecer, las tres fueron llevadas a la cárcel de la comisaría de Gwangsan y el joven que iba al volante, a Sangmudae. Por portar un arma, estuviste detenida aparte de las universitarias y luego te enviaron a la base de la unidad de seguridad.

Allí tu nombre fue «puta comunista», pues habías sido obrera industrial y habías militado en el sindicato. Luego habías estado cuatro años en una sastrería del interior del país para esconderte y trabajar como espía recibiendo instrucciones de Corea del Norte. Para completar este guion, todos los días te tumbaban en la mesa de la sala de interrogatorios.

—¡Sucia comunista, grita todo lo que quieras, que nadie vendrá en tu ayuda!

La iluminación de la sala era una lámpara fluorescente que titilaba débilmente. Bajo esa luz brillante, común y corriente, no se detuvieron hasta que perdiste el conocimiento por la hemorragia.

A Seonghee la volviste a ver al año siguiente de que te soltaran. La encontraste en un restaurante de fideos de Guro-dong, después de averiguar su paradero en centros misioneros para trabajadores y academias cristianas. Cuando terminaste de hablar, ella sacudió la cabeza con sorpresa.

—Ni en sueños me imaginé que estuvieras en la cárcel. Pensé que vivías bien y tranquila.

Después de años de alternar la cárcel y la vida de fugitiva, sus mejillas se habían hundido y parecía otra persona. Tenía veintisiete años, pero parecía diez años mayor. Ante el cuenco de fideos, que se enfriaba emitiendo un vaho blanco, se quedó un rato en silencio.

—Dicen que Jeongmi desapareció esa primavera, ¿lo sabías?

Esta vez fuiste tú la que sacudió la cabeza.

—Esa chica nos ayudó un poco en las labores del sindicato, pero quizá se inquietó al ver lo mal que lo pasábamos por estar en la lista negra, porque dejó la fábrica antes de que la despidieran. Durante un tiempo, no supe nada de ella... Hasta que hace poco me enteré por una chica que fue su compañera que estudió en la escuela nocturna de Hilados Ilshin^[55]...

Tú te quedaste pendiente de los labios de Seonghee, como si te resultara difícil entender el idioma en que hablaba.

—Tú viviste cuatro años en la misma ciudad. Ni que fuera tan grande, ¿cómo es que no te la encontraste nunca?

No pudiste responder de inmediato. No podías recordar bien la cara de esa chica. Estabas agotada de tener que hurgar en la memoria. Emergieron unos cuantos fragmentos blanquecinos y enseguida desaparecieron. Piel nívea. Dientes menudos. *Quiero ser doctora*. Las zapatillas que te trajo al hospital esa compañera cuyo nombre ya no recuerdas y que te habló de la chica que las había recogido del suelo y las había llevado contra su pecho hasta la oficina del sindicato. Eso era todo.

4:00

Fui de nuevo a esa ciudad para matarme.

Después de que me soltaran, permanecí un tiempo en casa de mi hermano mayor, pero ya no pude soportar a la policía, que venía a buscarme dos veces a la semana.

Fue en una madrugada de principios de febrero. Me puse la ropa más decente que tenía, hice una maleta con algunas cosas indispensables y me subí a un autobús de larga distancia.

A primera vista parecía que nada había cambiado en esa ciudad, pero yo podía sentir que todo era distinto. Las paredes del edificio anexo al Gobierno Provincial tenían huellas de balas. Los transeúntes, abrigados con ropas oscuras, tenían el gesto torcido como si llevaran grabada una cicatriz

invisible. Caminé golpeándome los hombros con esa gente. No tenía hambre ni sed. Tampoco tenía frío en los pies. Creo que no paré de andar hasta que oscureció, hasta que llegó la madrugada del día siguiente.

Fue en la avenida Geumnam-ro donde te vi.

Fue cuando les estaba echando un rápido vistazo a las fotos que los estudiantes acababan de pegar en las paredes del Centro Católico^[56].

La policía podía aparecer en cualquier momento. Quizá me estuvieran vigilando desde algún lado. A toda prisa despegué una de las fotografías, la enrollé y seguí andando. Crucé la avenida y me metí al fondo de una callejuela. Vi el cartel de una sala de música que no conocía. Subí por la escalera hasta el cuarto piso sin resuello, me senté en el reservado más alejado, que parecía una cueva, y pedí un café. Me quedé quieta hasta que me lo trajeron. Seguro que la música estaba sonando muy fuerte, pero yo no escuchaba nada, como si estuviera sumergida bajo el agua. Cuando por fin me quedé a solas del todo, desplegué la foto.

Estabas tirado de costado en el patio interno del Gobierno Provincial. Estabas tendido a todo lo largo con los brazos y las piernas en dirección invertida por el impacto del disparo. La cara y el pecho mirando hacia arriba, pero las piernas abiertas mirando hacia abajo. Tu cintura retorcida era la prueba del dolor que habías sufrido en el último instante.

No podía respirar.

Tampoco pude emitir sonido alguno.

Así que tú ya estabas muerto ese verano. Mientras mi cuerpo se desangraba, el tuyo se descomponía atrozmente bajo tierra.

Fuiste tú el que me salvó en ese instante. Hiciste que volviera a hervir mi sangre y me devolviste la vida con la fuerza del dolor y de la ira que querían estallar en mi corazón.

4:20

A la entrada del aparcamiento que está junto al edificio principal, está la conserjería, que tiene la luz encendida. Ves la cara del conserje, un hombre viejo que se ha quedado dormido con la boca abierta y la nuca apoyada en el respaldo de la silla giratoria de color marrón. Del alero de la caseta cuelga una bombilla de luz pálida. Sobre el suelo de cemento, hasta donde llega la luz, hay un montón de insectos alados desperdigados. Muy pronto saldrá el sol. Todo se irá aclarando paulatinamente hasta que el abrasador sol de agosto brille incandescente. Todo lo que alguna vez tuvo vida se pudrirá

rápidamente. El hedor de la basura sacada a la calle se expandirá por las callejuelas.

Recuerdas el diálogo que una vez mantuvieron Dongho y Eunsuk en voz baja. Dongho preguntaba por qué se envolvían los cuerpos con la bandera nacional y se cantaba el himno, pero no recuerdas qué le respondió Eunsuk.

¿Qué le responderías ahora?

Los envolvían con la bandera, como si eso sirviera de algo. No querían que fuéramos simple carne de matanza, por eso guardaban un minuto de silencio y cantaban el himno a toda costa.

Habían pasado veinte años desde ese verano. «¡Maldita comunista! ¡Hay que exterminarlos a todos!». Has llegado hasta aquí dándole la espalda a ese instante en que te arrojaban agua mientras te insultaban de ese modo. Está cerrado el camino que te lleva al tiempo anterior a ese verano. No hay modo de volver al tiempo anterior a la masacre y a las torturas.

4:30

No sé de quién son esos pasos.

Si siempre son de la misma persona o si es una persona diferente cada vez.

Quizá no vengan de uno en uno. Quizá sean muchísimas personas, borrosamente difuminadas y diluidas, que se acercan convertidas en un solo cuerpo increíblemente ligero.

4:40

Pero, de vez en cuando, te asaltan algunos pensamientos.

Cuando miras el sol que entra por la ventana un mediodía especialmente tranquilo de un día de fiesta y, de repente, te acuerdas borrosamente de la cara de Dongho, ¿no será su alma lo que se agita ante tus ojos? En las madrugadas, con las mejillas húmedas debido a un sueño que no recuerdas, cuando sus rasgos se hacen nítidos de pronto, ¿no será su alma lo que está allí vacilante? Si existe un lugar a donde van las almas, ¿será un sitio oscuro o estará vagamente iluminado? ¿Estarán allí reunidos Dongho, Jinsu y las muchas personas de cuyos cuerpos te encargaste en el polideportivo o estarán todos dispersos?

Tú sabes que no eres una persona valiente ni fuerte.

Siempre tus elecciones tienen que ver con evitar lo peor. Cuando la policía te pisoteó el estómago, dejaste la actividad sindical. Cuando saliste de la cárcel, estuviste un tiempo metida en el movimiento obrero con Seonghee, pero a diferencia de ella, solamente te ocupaste de tareas que no entrañaban un riesgo. Después, a pesar de su férrea oposición, te trasladaste a otra organización de carácter totalmente diferente y nunca más la volviste a ver, a sabiendas de que la herías profundamente. Y al final, el lunes por la mañana vas a pasar por el correo y le devolverás a Yoon la grabadora portátil y los casetes que ahora llevas en la mochila y tanto te pesan en los hombros.

Sin embargo, también sabes que, si volvieras a vivir una situación parecida a la de esa primavera, tus elecciones serían seguramente semejantes. Como cuando jugabas al balón prisionero en la primaria: después de evitar todo el tiempo con agilidad que te pegara el balón, te quedabas sola, entonces no tenías más remedio que hacerle frente y atraparlo. Como cuando, cautivada por el estentóreo canto de las muchachas que salía de ese autobús, fuiste andando hasta la plaza vigilada por el ejército. Como cuando levantaste despacio la mano dispuesta a quedarte hasta el final esa última noche. *Seonghee decía que no debíamos victimizarnos. «¡No hay que dejar que hablen de nosotras como víctimas!», decía.* Fue una noche de primavera en que la luna os miraba callada con su pupila abierta. ¿Quién era la chica que te puso un trozo de melocotón en la boca? No puedes acordarte.

4:50

*No sé qué quiero decirte cuando te vea, Seonghee.
Ese instante en que te di la espalda,
en que quise acabar de una vez con todo lo relacionado contigo, eso tan complicado, caliente y deshilachado, como quien tapia el corazón con un bloque de cemento,
¿podré hablar contigo sorteando con pericia ese tema?
Y aun cuando eso sea posible, ¿qué puedo decirte?*

Te pones a andar dándole la espalda al edificio principal del hospital. Cruzas el césped, donde poco a poco comienza a vislumbrarse la claridad del amanecer. Llevas las manos cogidas a la espalda y sostienes la mochila, que te pesa como el plomo, como si llevaras un niño a cuestas, como si le dieras golpecitos en las nalgas para acallar su llanto.

«Yo tengo responsabilidad en lo que pasó, ¿verdad?», preguntas con los labios apretados, dirigiéndote a la sombra azulada que se agita ante tus ojos.

Si te hubiera dicho que te fueras a tu casa, si te lo hubiera pedido por favor cuando nos levantamos después de comer el kimchap, no te hubieras quedado, ¿no es cierto? ¿Es por eso por lo que vienes a mí? ¿Para preguntarme por qué sigo viva?

Con los ojos cruzados de rayas rojas como rasgados repetidas veces con algo afilado, caminas a paso rápido. Vas hacia las luces de la sala de urgencias.

5:00

*Sí hay una cosa que quiero decirte cuando te vea
si puedo hacerlo alguna vez,
si alguna vez puedo.*

Se apagan a la vez las farolas que alumbran el camino que se bifurca hacia la funeraria y la sala de urgencias, hacia el edificio principal y la entrada del hospital. Vas andando con la cabeza erguida, siguiendo la línea recta blanca que divide el camino por la mitad. Gotas frescas de lluvia caen sobre tu cabeza y humedecen el asfalto que pisan tus zapatillas.

*No te mueras.
No te mueras, por favor.*

1

Donde se abren las flores

Fui detrás de ese chico.

Pero como él andaba rápido y yo estoy vieja, no hubo manera de alcanzarlo por mucho que me apresuré. Si él hubiera girado la cabeza, aunque fuera un poco, le habría visto la cara, pero siguió andando y mirando solo hacia adelante.

¿Qué chico de la secundaria se corta el pelo al rape hoy en día? ¿Cómo no iba a reconocer esa cabecita redonda como una bocha? Eras tú, estoy segura. El uniforme que te pasó tu hermano te quedaba tan grande que solo te estuvo bien cuando subiste a tercer año. Cuando, por la mañana, salías de casa con tu carpeta, eras una pinturita visto desde atrás. Pero vete a saber dónde habría dejado ese chico su carpeta porque iba andando sin nada en las manos. Debajo de la camisa blanca de manga corta, tenía unos brazos tan flacuchos como los tuyos. Además, los hombros estrechos, la cintura larga, la manera de andar y el cuello estirado como un venado, en todo igualito a ti.

Eras tú, que venías a verme, que quisiste mostrarte aunque fuera pasando de largo, pero estoy tan vieja que te perdí. Te busqué y rebusqué por entre los puestos del mercado y las callejuelas durante más de una hora, pero no te encontré. Me dolían los huesos de las rodillas y todo me daba vueltas, así que me dejé caer al suelo, pero como no podía dejar que me viera así algún conocido del barrio, me volví a levantar apoyándome en las manos, aunque todavía estaba mareada.

Mientras te seguía hasta el mercado ni me di cuenta de que iba tan lejos, pero en el camino de vuelta me abrasó la sed. Había salido sin siquiera una moneda en el bolsillo, así que entré a cualquier tienda, pedí un vaso de agua fría y me senté exhausta. Así y todo, por miedo a que me creyeran una

mendiga y me señalaran con el dedo, me volví andando despacio, apoyándome en lo posible en las paredes con las manos. Pasé tapándome la boca y tosiendo junto a una obra que despedía muchísimo polvo. No entiendo cómo no vi ese lugar cuando pasé la primera vez, con tanto barullo y ajetreo como había allí, taladrando como estaban el suelo de la calle sin miramientos.

* * *

El verano pasado cayó una lluvia muy fuerte y se formó un pozo en la calle que pasa delante de nuestra casa. Los niños perdían pie y las ruedas de los cochecitos de bebé se quedaban varadas allí; tan peligroso era aquello. Al final vinieron los trabajadores del ayuntamiento y cubrieron la calle con una nueva capa de asfalto. Fue a principios de septiembre, cuando todavía hacía calor, así que menudo trabajo tuvieron. Trajeron el asfalto hirviendo en una carretilla y lo volcaron en el agujero, luego lo dejaron todo bien liso y parejo.

Cuando los trabajadores se fueron, salí de noche a verlo. Habían rodeado el sitio con una cuerda para que nadie lo pisara, así que probé a andar despacio por el borde. Estaba caliente. El calor me subió directamente por los tobillos, las pantorrillas y llegó hasta mis rodillas doloridas. El asfalto se habría secado, porque al otro día por la mañana retiraron la cuerda, así que pisé con cuidado el lugar. Estaba todavía más caliente que el día anterior, cuando anduve por el borde, de modo que volví allí a la hora del almuerzo y de la cena y a la mañana del día siguiente. La mujer de tu hermano mayor, que había venido de Seúl a visitarme, me preguntó sorprendida:

—Madre, si ya de por sí hace calor, ¿por qué camina sobre el asfalto?

—Es que tengo el cuerpo frío. No te imaginas qué caliente está esto. Te calienta hasta los huesos.

—La veo un poco rara últimamente.

Entonces tu hermano mayor, que ya hace varios años que insiste en que me vaya a vivir con ellos, dijo moviendo de un lado a otro la cabeza:

—Estás diferente, mamá.

El calor del asfalto duró exactamente tres días, pero finalmente terminó por enfriarse. Era lo más natural del mundo, pero de todas formas me dolió. Hoy también terminé de comer y me quedé allí de pie un buen rato. Aunque se haya enfriado, sigue siendo un poquito más caliente que el resto del suelo. Además, si me quedo un rato allí, tal vez pases de nuevo tan campante como la otra vez.

Ni yo me explico por qué ese día no pude pronunciar siquiera una sílaba de tu nombre. Como si me hubieran cosido la boca, no hice más que ir detrás

de ti jadeando fuerte. Esta vez, si te llamo por tu nombre, date la vuelta enseguida. No importa que no me respondas nada, simplemente date la vuelta despacio.

* * *

Ya sé que no.

Ya sé que no es posible.

Al fin y al cabo, yo te enterré con mis propias manos. Llevabas pantalones de gimnasia de color celeste y una chaqueta de entrenamiento, y los cambié por una camisa blanca de manga corta y los pantalones y la chaqueta negra de tu uniforme escolar de invierno. Hasta te puse el cinturón y unos calcetines grises limpios. Cuando te metieron en un cajón de madera chapada y te subieron al camión de la limpieza, me subí a la cabina del conductor para cuidarte. No tenía la menor idea de a dónde iba ese camión, pero no quité en ningún momento la vista de la parte trasera donde estabas.

Me acuerdo de las cientos de personas vestidas de negro que subían por la cuesta de arena clara transportando los ataúdes como si fueran hormigas. También recuerdo vagamente a tus hermanos, llorando de pie con los labios bien apretados. Según lo que me contó tu padre cuando vivía, arranqué un puñado de césped de los tepes para cubrir las tumbas y me lo tragué sin derramar una sola lágrima. Después lo vomité todo sentada en cuclillas, para enseguida volver a meterme otro puñado en la boca y tragármelo. Pero yo no me acuerdo de nada. Solamente tengo claro lo que pasó antes de que llegáramos al lugar del entierro. ¡Qué pálido estabas cuando te vi por última vez antes de que cerraran el cajón! Solo entonces me di cuenta de que tenías la piel tan blanca.

Después tu hermano mediano me explicó que estabas tan blanco porque perdiste mucha sangre cuando te tirotearon, que por eso el ataúd era tan liviano, que no podía ser que pesaras tan poco, aunque todavía te faltara mucho por crecer. Y mientras lo decía, tenía los ojos como dos ascuas. «Yo lo vengaré», dijo. «¿Qué estás diciendo?», le reprendí asustada, «¿cómo diantres piensas vengar a tu hermano si fue el mismísimo gobierno el que lo mató? ¡Mira que me muero aquí mismo si te llega a pasar algo a ti también!».

Ya han pasado treinta años de aquello, pero cuando lo veo de pie y con los labios apretados los días en que conmemoramos tu fallecimiento y el de tu padre, se me parte el alma. No es culpa suya lo que te pasó, pero se le ha encorvado la espalda y encanecido el pelo antes que a sus amigos. ¿Será que

todavía quiere vengarse? Cada vez que pienso eso, me da un vuelco el corazón.

* * *

Al menos el mayor de tus hermanos vive con buen ánimo y sin rastros de aquello. Él y su mujer vienen dos veces al mes a visitarme y a veces viene él solo todo un día para darme dinero y llevarme a comer fuera. Hasta es más cariñoso que tu otro hermano que vive cerca.

Tu padre, el mayor de tus hermanos y tú os parecíais en la cintura larga y los hombros caídos. Tú y tu hermano mayor teníais idénticos los ojos alargados y los dientes de delante ligeramente separados. Ahora también se le ven los dientes grandes como de conejo cuando se ríe, por eso parece todavía un inocentón, aunque ya tiene profundas arrugas en los ojos.

Tú naciste cuando él tenía diez años. Ya entonces era un chico con maneras de niña y venía corriendo del colegio porque quería verte a ti, que eras un bebé. Le encantaba verte reír, así que te cogía con mucho cuidado, poniéndote el brazo debajo del cuello, y te sacudía despacito hasta hacerte reír. Cuando cumpliste el año, te montaba sobre su espalda y se ponía a dar saltos por el patio cantándote canciones desafinadas.

¿Quién hubiera imaginado que ese chico que parecía una niña se iba a pelear de ese modo con tu otro hermano? Hace más de veinte años que se sienten incómodos cuando se encuentran, y apenas se hablan.

Fue el tercer día después del funeral de tu padre, cuando nos estábamos preparando para visitar su tumba. Se escuchó el ruido de algo que se quebraba y cuando fui corriendo a ver, me los encontré a los dos, ya hombretones de veintiséis y treinta y un años, agarrados del cuello de la camisa y gruñéndose con furia.

—¡Lo hubieras traído a rastras con lo pequeño que era! ¿Qué hiciste mientras estuvo días y noches allí? ¿Por qué el último día dejaste que mamá fuera sola? Sabías que no te iba a obedecer, que se iba a morir si lo dejabas allí. ¡Lo sabías y no hiciste nada!

Entonces tu hermano mediano gritó algo ininteligible, que no parecía humano, y se abalanzó sobre el mayor, haciéndolo rodar por el suelo de la habitación. Habló aullando como un animal, así que solamente le entendí algunas palabras:

—¿Tú qué sabes? Si estabas en Seúl... no sabes nada... nada de lo que pasó aquí...

Allí los dejé, pegándose y rodando por el suelo, sin siquiera intentar separarlos. Me volví a la cocina y, sin querer pensar en nada, sin querer escuchar nada, seguí haciendo frituras e hirviendo el caldo.

Ya no estoy segura de nada.

Cuando fui a buscarte el último día, ¿qué habría pasado si no me hubieras contestado tan dócilmente que vendrías a casa por la tarde? Yo me quedé tranquila y le dije a tu padre que iban a cerrar todo a las seis y volverías a casa, que habías prometido venir a cenar con todos.

Pero se hicieron las siete y no habías venido, así que tu hermano mediano y yo salimos a buscarte. Como había ley marcial y el toque de queda era a las siete, como decían que ese día iba a entrar el ejército en la ciudad, no se veía ni la sombra de un fantasma. Tardamos cuarenta minutos en llegar andando, pero el polideportivo estaba vacío y tenía las luces apagadas. Cruzamos entonces al Gobierno Provincial, cuya entrada protegían varios civiles con armas. Les rogué que me permitieran ver a mi hijo menor, pero esos jóvenes, apenas unos muchachos, nos dijeron con la cara tensa que no podían dejarnos pasar de ninguna manera. También dijeron que pronto llegaría el ejército con tanques de guerra y que nos fuéramos rápido a casa porque sería peligroso.

—Por favor, os los pido, dejadnos pasar —les supliqué de nuevo—. Si no, al menos llamadlo. Decidle que salga, aunque sea un momento.

Sin poder aguantar más, tu hermano dijo que entraría él mismo a buscarte. Entonces uno de esos jóvenes respondió:

—Si entras, no podrás salir. Ahí adentro solamente quedan los que están dispuestos a morir.

Cuando tu hermano alzó la voz diciendo que a él tampoco le importaba morir, que lo dejaran entrar de una vez, yo le interrumpí para decir:

—Estoy segura de que mi hijo está esperando la oportunidad de salir... ¡Él me lo prometió!

Lo hice porque todo estaba muy oscuro, porque parecía que en cualquier momento iban a aparecer los soldados, porque ya me veía perdiendo a otro hijo.

Así fue como te perdí para siempre.

Con mis manos arrastré del brazo a tu hermano y me volví a casa. Volvimos por calles oscuras que parecían muertas, andando durante cuarenta minutos sin parar de llorar.

Ya no hay manera de saberlo. ¿Habrán muerto también todos esos muchachos tan jóvenes y con la cara tensa por el miedo? Si iban a morir de

esa manera, en balde, ¿por qué no me dejaron pasar?

* * *

Cuando se van tus hermanos, me siento todavía más sola, así que me paso el día tomando el sol en el porche. Es cierto que era muy ruidoso cuando estaba la cantera al otro lado de nuestra casa, pero al menos entraba bien el sol. Ahora hay allí un edificio de tres plantas y el sol entra de lleno al patio apenas a las once.

Como bien sabes, antes de comprar esta casa, vivimos mucho tiempo en una de las callejuelas de detrás de la cantera. Era una casita minúscula con techos de fibrocemento en la que apenas circulaba el aire, pero os lo pasabais muy bien los domingos en la cantera cuando estaba cerrada y no había nadie trabajando. Corríais entre enormes bloques de roca jugando al escondite y a los policías y ladrones. Gritabais «¡Un, dos, tres, toca la pared!» en el otro extremo de la cantera, y yo os escuchaba en el patio de esa casa. Tan revoltosos como eran tus hermanos de chavales, no me explico cómo se volvieron tan callados de grandes.

En la época en que el mayor de tus hermanos se fue a Seúl, mejoró nuestra situación económica, así que nos mudamos a esta casa. ¡Qué alegría nos dio que hasta tuviera un arriate de rosales cuando el patio de la casa anterior agobiaba de lo pequeño que era! Tú y tu hermano mediano tuvisteis una habitación propia para que pudierais estudiar y pusimos en alquiler el cuarto junto al portón de entrada para disponer de un poco de dinero extra. ¿Quién hubiera imaginado todo lo que pasaría después? Vinieron a vivir esos hermanos bajitos como pigmeos y fue muy bueno que tuvieras un amigo de tu edad, por los muchos años que te llevaban tus hermanos. Daba gusto veros ir juntos al colegio con el mismo uniforme. También daba gusto oíros cuando jugabais al bádminton en el patio los fines de semana y os poníais a reír haciendo piedra, papel o tijera para decidir quién iría a buscar la pelota que había caído en la cantera, al otro lado de la pared.

¿Qué habrá sido de esos hermanos?

Cuando llegó el padre de esos chicos y se puso a buscarlos por todas partes como un loco, como yo no estaba mejor que él, no tuve la cabeza para decirle siquiera una frase de consuelo. El pobre hombre abandonó su trabajo y durante un año vivió en el cuarto de los chicos, yendo y viniendo del ayuntamiento como un chalado. Si descubrían una fosa común o encontraban un cuerpo en el embalse, se iba corriendo hasta ese sitio, fuese de día o de noche. Todavía recuerdo vivamente cómo entraba en la cocina ebrio como

una cuba y se ponía a murmurar como un enajenado: «Deben de estar vivos en alguna parte. Seguro que están juntos y sanos en algún sitio». Era un hombre con la cara pequeña y la nariz chata. Seguro que el pobre tenía unos ojos traviesos como su hijo, antes de que pasara lo que pasó.

Probablemente el pobre hombre no vivió mucho tiempo. Cuando trasladaron los cuerpos al nuevo cementerio, también hicieron tumbas provisionales para los desaparecidos. Tu hermano mediano fue allí aposta, pero no encontró los nombres de esos hermanos. Si el pobre hombre hubiera estado vivo, seguro que hubiera hecho lo imposible para que también les dieran tumbas provisionales a sus hijos.

¿Sabes? A veces me pregunto para qué habré alquilado el cuarto junto al portón... Todo por un puñado de billetes... Si Jeongdae no hubiera venido a vivir a nuestra casa, tú no habrías hecho todo lo que hiciste para encontrarlo... Pero cuando me acuerdo de vuestras risas cuando jugabais al bádminton, muevo la cabeza de un lado a otro y me digo: «No digas eso, ni lo pienses». Claro que no, no debo culpar a esos pobres hermanos. Merecería que un rayo me partiera si pensara así...

Hace unos días, cuando estaba anocheciendo, me acordé vagamente de la cara de la muchacha. ¡Qué bonita era! Mientras pensaba que había sido una pena que desapareciera con lo guapa que era, me quedé mirando el patio en sombras. Me parece que fue un sueño de la otra vida cuando me acuerdo de esa muchacha, que iba de un lado a otro del patio trajinando la canasta de la colada o llevando las zapatillas mojadas de su hermano en una mano y el cepillo en la otra...

* * *

El hilo que nos une a la vida es tan fuerte que no dejé de comer, aunque te perdí para siempre. Cuando el padre de los hermanos se marchó, cerré con candado ese cuarto lúgubre y salí a trabajar todos los días a la tienda a la fuerza.

Me inscribí en la asociación de viudas y madres de los desaparecidos^[57], pero nunca fui a las reuniones hasta que me llamó por teléfono la vicepresidenta. Iba a venir aquí ese dictador, ese asesino iba a venir a nuestra ciudad... ¡Y eso que tu sangre todavía seguía fresca!

Ya de por sí no podía dormir profundamente y me pasaba las noches dando vueltas en la cama, pero a partir de ese día sufrí de insomnio. Tu padre tampoco podía dormir y, como siempre estaba enfermo el pobre, con lo bueno que era, lo obligué a quedarse en casa y fui sola a la reunión de la asociación.

Saludé a las otras madres, a las que veía por primera vez, y nos quedamos hasta tarde fabricando estacas y pancartas en la casa de la presidenta, que tenía una arrocería. Finalmente nos separamos, quedando en que cada una proseguiría el trabajo en su casa. Cuando nos despedimos, nos tomamos de las manos... ¡Qué manos tan frías! Cogiéndonos con fuerza las manos esqueléticas, como de espantapájaros, y dándonos palmadas en las espaldas para consolarnos, nos miramos a la cara. Con expresiones vacías por dentro, con ojos que tampoco contenían nada, nos despedimos diciendo hasta mañana.

No tuve nada de miedo.

Me daba lo mismo vivir que morir, así que ¿cómo iba a tener miedo? Nos vestimos de luto blanco y nos pusimos a esperar que apareciera el automóvil que traía a ese asesino. El maldito apareció bien temprano por la mañana. Habíamos quedado en corear consignas, pero el plan se fue al traste. Nos pusimos a aullar cada una por su lado, algunas se caían al suelo desmayadas, otras nos mesamos los cabellos desgredados y desgarramos nuestros vestidos. Desplegamos las pancartas, pero nos las arrancaron de las manos. Nos llevaron a la comisaría y allí estábamos, sentadas con la mirada perdida como enajenadas, cuando entraron detenidos los jóvenes de la asociación de heridos y mutilados^[58], que se habían manifestado en otro punto de la ciudad. Venían todos cabizbajos y en fila. Cuando nos vieron, uno de ellos gritó de repente:

—¿Qué hacéis aquí, madres? ¿Qué culpa tenéis vosotras?

Al oír eso, fue como si me hubieran dado un golpe en la cabeza. Todo lo vi blanco, el mundo entero se volvió blanco. Me recogí la falda y subiéndome a uno de los escritorios, musité tartamudeando:

—Es cierto... ¿qué culpa tengo yo?

Como si me hubieran salido alas, salté de un escritorio a otro por toda la comisaría. Bajé al suelo la foto del asesino que estaba colgada en la pared y la rompí a patadas hasta que me clavé uno de los trozos de cristal. Ni me di cuenta de que estaba llorando y sangrando.

Cuando vieron que me salía sangre del pie, los policías me llevaron a un hospital. Avisaron a tu padre y vino corriendo a urgencias. Mientras el médico y la enfermera me abrían la planta del pie para sacarme los trozos de cristal y me la vendaban, le pedí a tu padre que fuera a casa y me trajera la pancarta que había hecho y guardado en el armario la noche anterior.

Ese día, al atardecer, subí rengueando hasta la azotea del hospital con la ayuda de tu padre y desenrollé la pancarta apoyándome en la barandilla para gritar con todas mis fuerzas:

—¡Devolvedme a mi hijo! ¡Arranquémosle a jirones la piel al asesino Chun Doo-hwan!

Grité y grité hasta que se me subió a la coronilla la sangre hirviendo. Seguí gritando hasta que la policía subió por la escalera de emergencia y me sacó del lugar, llevándome sobre sus hombros hasta dejarme de nuevo tirada en la cama del hospital.

Así empezó mi lucha con las otras madres. Cada vez que nos despedíamos, nos tomábamos de la mano, nos dábamos palmadas en los hombros, nos mirábamos a los ojos y nos prometíamos vernos de nuevo. Juntábamos el dinero que podíamos con nuestros escasos recursos, alquilábamos un autobús e íbamos a Seúl para participar en las manifestaciones. Una vez, un desalmado arrojó una granada de gas dentro del autobús y una de las madres se desmayó por no poder respirar. Otra vez nos llevaron a todas detenidas, pero nos fueron liberando una a una a lo largo de una carretera poco transitada. Hacían bajar a una y, un buen rato después, a otra... Así nos dispersaron. Yo no sabía dónde estaba y me puse a andar y andar por el borde de la carretera hasta que nos volvimos a encontrar todas y nos dimos palmadas en las espaldas y nos miramos los labios amoratados del frío.

Nos juramos seguir juntas hasta el final, pero al año siguiente tu padre enfermó y no pude cumplir la promesa. Cuando murió ese invierno, le tuve rencor porque se marchaba y me dejaba sola en este infierno.

Pero como no tengo ni idea de cómo es el otro mundo, si allí las almas también se encuentran y se separan, si conservan la cara y la voz, si sienten alegría y tristeza, no sabía si debía sentir lástima o envidia de que tu padre se hubiera ido.

Como sea, después del invierno vino la primavera. Y como siempre ocurre, cada vez que llega la primavera, me vuelvo loca. Cuando luego viene el verano, lo paso enferma y débil hasta que vuelvo a poder respirar en el otoño. Después, cuando llega el invierno, me congelo hasta los huesos. Tengo los tuétanos y hasta el corazón tan calados de frío que no me corre el sudor por mucho calor que haga en verano.

* * *

A ti, mi benjamín, te tuve a los treinta años. Como mi pezón izquierdo tenía una forma extraña ya de nacimiento, tus hermanos solamente mamaron del derecho, que era normal. Como no tomaban del izquierdo, lo tenía siempre hinchado y, a diferencia del derecho, que se quedó blando, se me fue

poniendo cada vez más duro. Durante muchos años viví con los pechos feamente desiguales, pero tú fuiste distinto. Si te daba de mamar del pecho izquierdo, chupabas dócilmente y con paciencia del pezón a pesar de su forma rara. Gracias a ti, ahora me cuelgan ambos pechos con igual blandura.

En fin, solías sonreír con frecuencia cuando todavía eras un bebé. Hacías una caca fragante y dorada sobre los pañales, gateabas a cuatro patas como un cachorrito y te metías cualquier cosa en la boca. Cuando te daba fiebre, se te ponía verdosa la cara y terminabas con convulsiones y vomitando la leche agria sobre mis senos. En fin, que cuando te retiré el pecho, chupaste tu pulgar hasta que la uña se te quedó delgada como el papel. «Ven, ven aquí», te decía dando palmadas, entonces te acercabas haciendo tus primeros pinitos. Con una sonrisa, dabas siete pasitos vacilantes y te abrazabas por fin a mí.

Cuando cumpliste siete años dijiste: «No me gusta el verano, pero me gustan sus noches». No tenía nada de especial, pero me sonó tan bien que me pregunté si serías poeta cuando fueras grande. Fue una noche de verano, cuando comíamos una sandía con tu padre y tus hermanos sentados en el banco del patio. Dijiste aquello relamiéndote con la lengua el zumo dulce y pegajoso que te manchaba las comisuras de la boca.

* * *

Guardo en la cartera una fotografía tuya que recorté de tu carné de estudiante. Aunque en la casa nunca hay nadie, en la madrugada, cuando estoy segura de que nadie vendrá a importunarme, miro tu fotografía, que guardo envuelta en un papel de seda doblado varias veces. Aunque no hay nadie que pueda escucharme, te llamo despacito... «Donghooo...».

En los días en que el cielo se ve especialmente azul y claro después de una lluvia otoñal, meto la cartera en el bolsillo de mi chaqueta y, agarrándome de las rodillas, bajo cojeando hasta la orilla del río. Entonces, con pasos lentos y vacilantes, voy andando por el camino florecido de cosmos de todos los colores, donde las moscas verdes se arremolinan en torno a una lombriz que ha muerto enroscada en sí misma.

Cuando tenías cinco o seis años, no te quedabas ni un minuto quieto. Como tus hermanos se habían ido a la escuela, te aburrías tanto que no sabías qué hacer. Entonces tú y yo nos íbamos andando por el camino a la orilla del río hasta la tienda donde estaba tu padre. No te gustaba que la sombra de los árboles te tapara el sol. Con lo pequeño que eras, eras tan fuerte y testarudo que me arrastrabas de la muñeca hacia donde había sol. Y eso que te brillaba la cabecita rala por el sudor, y eso que respirabas jadeando como si estuvieras

enfermo. «¡Mami, vamos por allí, por donde hay sol!». Pretendiendo que no podía resistirme, me dejaba arrastrar por la fuerza de tus manitas. «¡Mami! Allí donde hay sol, hay muchas flores. ¿Por qué quieres ir donde hay oscuridad? Vayamos allí donde se abren las flores».

Epílogo.

La lámpara cubierta de nieve

Tenía nueve años cuando escuché la historia. Pero no fue que alguien me llamara y me hiciera sentar para contármela de principio a fin. No ocurrió de esa manera.

Ese año en que nos mudamos a la casa que estaba sobre una colina en Suyu, Seúl, yo pasaba el tiempo leyendo en cualquier rincón cuanto libro caía en mis manos o jugando en las tardes al cinco en línea^[59] con mis hermanos —mayor el uno y menor el otro— o cumpliendo tareas que mi madre me encargaba solamente a mí y que yo detestaba a más no poder, como pelar ajos o quitarles la cabeza a los boquerones desecados. Entre estas cosas, escuchaba retazos de la charla de los mayores.

—¿Fue tu alumno? —le preguntó mi tía a mi padre en la mesa, un domingo a principios del otoño.

—Sí, lo tuve como alumno, aunque no estuve a cargo de su clase, pero me acuerdo del chico porque escribía muy buenas redacciones. Cuando vendimos la casa de Jungheung-dong para mudarnos a Samgak-dong, conocí al comprador en el momento de firmar los papeles en la agencia inmobiliaria. Le comenté que era profesor del colegio secundario D.^[60] y el hombre se alegró muchísimo. Me dijo que su hijo menor estaba en primer año y hasta me dio su nombre. Supe quién era ese chico después, cuando fui a esa clase y encontré el nombre al pasar lista.

No me acuerdo de qué otras palabras se intercambiaron los mayores, pero sí de las expresiones de sus caras, la dificultad que tenían para hilar la conversación sin referirse a la parte más terrible de la historia y los incómodos silencios que se formaban. Agucé los oídos al percatarme de la extraña tensión que había en la conversación, en la que volvían una y otra vez al sobrecogedor vacío del principio por mucho que se esforzaban por cambiar

de tema. Yo ya sabía que la familia de un alumno de mi padre había comprado la casa de Jungheung-dong donde habíamos vivido, ¿pero por qué bajaban mucho la voz al hablar de aquello? ¿Por qué se entrometía en la conversación un extraño titubeo cada vez que pronunciaban el nombre de ese chico?

* * *

Había un árbol de camelia de baja estatura en el arriate del patio de la casa de estilo tradicional^[61] de Jungheung-dong. También pimpollos de rosas de un color carmesí casi negro que trepaban por el muro de la casa cuando comenzaban los calores; y cuando se marchitaban las rosas, enormes y blancas malvarrosas subían por la pared del cuarto junto al portón hasta alcanzar la altura de un adulto. Saliendo por el portón de hierro pintado de color verde claro, se veían los interminables muros de una fábrica de pilas que se llamaba Hojeon. Me acuerdo de cómo mi padre y el menor de mis tíos movían con destreza sus brazos para cubrir con mantas el armario de madera de paulonia y lo aseguraban con cuerdas la mañana en que nos mudamos de esa casa para irnos a vivir a las afueras de Gwangju.

La nueva casa de Samgak-dong a la que nos mudamos estaba bastante retirada de la ciudad. Tenía un albaricoquero muy alto en el patio trasero y allí vivimos durante casi dos años hasta que la menor de mis tías terminó la universidad y nos fuimos a Seúl. Fue cuando mi padre decidió que se dedicaría exclusivamente a escribir, después de haber criado y educado a sus hermanos menores con el sueldo de profesor de escuela secundaria tras el fallecimiento prematuro de mi abuelo.

En enero de 1980 hizo un frío imposible de creer en Seúl. Antes de que pudiéramos vivir en la casa sobre la colina de Suyu, estuvimos provisionalmente durante tres meses en una casa de vecindad cuyas paredes eran de aglomerado, por lo que la temperatura del interior de la vivienda era casi la misma que la de fuera. Cuando hablábamos se veía el aliento blanco esparciéndose por el aire de la habitación y nos castañeteaban los dientes aunque tuviéramos los abrigo puestos y nos tapáramos con edredones rellenos de algodón.

Durante todo ese invierno no pude dejar de pensar en mi casa de Jungheung-dong. No había estado mal la casa de Samgak-dong, donde había un albaricoquero que al sacudirlo dejaba caer frutos del tamaño de pelotitas de *ping-pong*, pero tal vez porque no habíamos vivido mucho tiempo allí, no había llegado a cogerle cariño. Sin embargo, la vieja casa de Jungheung-dong

era diferente. Había sido construida por mi abuelo materno para dársela a mi madre, que era su única hija, y allí había nacido y vivido yo hasta los ocho años. Para ir del vestíbulo entarimado a la cocina, había que pasar por un cuarto pequeño que era mi habitación. En verano hacía las tareas de la escuela boca abajo, con la panza pegada al piso de madera. Los inviernos por la tarde abría un poquito la puerta corrediza y contemplaba el patio anegado de rayos de sol, que se me antojaban inmaculados.

* * *

Llegaron a nuestra casa de Suyu una madrugada a principios del verano en que nos mudamos.

Fue entre las tres y cuatro de la mañana. Yo estaba dormida y mi madre me despertó.

—Levántate, hija. Voy a encender la luz.

La lámpara fluorescente se encendió sin darme tiempo a espabilar. Me senté y me froté los ojos. Había dos hombres robustos en mi habitación. Al ver mi cara de susto, mi madre, que estaba vestida solo con el camisón, me explicó diciendo:

—Estos señores vienen de la inmobiliaria. Quieren ver la casa.

Me despejé por completo y me pegué a mi madre mientras veía cómo los hombres abrían los cajones, miraban debajo del escritorio y subían al desván con una linterna en la mano. ¿Por qué vendrían a esas horas de la noche los señores de la inmobiliaria y subirían al desván? Al poco rato bajaron y se dirigieron a mi madre:

—Venga por aquí.

Al ver que se llevaban a mi madre hacia la cocina, la seguí titubeante.

—Quédate aquí —me dijo ella, moviendo solamente los labios y con expresión muy seria.

Me di la vuelta y vi a mis hermanos, que habían salido de su cuarto y miraban anonadados la escena vestidos solo con calzoncillos. En el dormitorio principal, mi padre hablaba con alguien con voz estentórea. Al otro lado de la cortina de encaje que separaba la cocina de mi cuarto, se escuchaba la voz de mi madre, pero hablaba tan bajo que no pude entenderle una sola palabra.

* * *

En la reunión familiar de la festividad de Chuseok^[62] de ese año, los adultos hablaron bajando mucho la voz. Como si los niños los estuviéramos espiando,

hablaron secretamente para que mis hermanos, mis primos más pequeños y yo no los escucháramos.

Mi padre y el menor de mis tíos, que trabajaba en el sector de la industria de defensa, conversaron en un murmullo hasta muy tarde en el dormitorio principal.

—Irrumpieron de madrugada. Al principio pensamos que eran ladrones. Entraron forzando no solo el portón sino la portezuela de la cocina. Al parecer, estaban seguros de que Song estaba escondido en casa. En realidad lo vi el día anterior por la tarde. Fui a la editorial a pedirles que me adelantaran cuatrocientos mil wones de los derechos de las obras completas y me encontré con él en Myeong-dong para darle ese dinero... ¿Sabes? Nos interrogaron a mí y a mi mujer por separado. Después quisieron que los acompañara, pero como seguramente me habrían llevado a la Agencia Central de Inteligencia en Namsan^[63], les mentí y les dije que Song y yo nos habíamos distanciado el año pasado.

—Ten cuidado, creo que te han pinchado el teléfono. Cuando llamo, se escucha un ruido como de viento. Dicen que es la estática que producen los aparatos intervenidos. Tengo un amigo que también se ha fugado. El año pasado se lo llevaron los militares del cuerpo de seguridad y le arrancaron las uñas de los diez dedos de las manos. Si lo llegan a atrapar esta vez, no lo van a dejar vivo.

En la cocina, las esposas de mis tíos conversaban con voz cuchicheante mientras ayudaban a mi madre a preparar la comida:

—Le rajaron el pecho con un cuchillo.

—¡Dios mío!

—También dicen que le arrancaron el bebé a una mujer embarazada.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible?

—Las personas a las que le vendisteis la casa alquilaron el cuarto junto al portón a unos hermanos y el chico era de la misma edad que el hijo de los dueños. Murieron seis estudiantes y dos están desaparecidos del colegio secundario D., pero imaginaos, dos de ellos eran de esa casa.

Esta vez mi madre agachó la cabeza y se quedó en silencio en lugar de replicar «Dios mío» con un delgado suspiro. Después bajó aún más la voz y comenzó a hablar:

—¿Os acordáis de ese hombre que le presentaron a nuestra cuñada hace un par de años? Ese que era profesor de matemáticas en el instituto de secundaria K. Era buena persona, pero al final no se dieron bien las cosas con nuestra cuñada. En fin, le ocurrió lo peor a su mujer, que parece que estaba en

el último mes de embarazo. La pobre estaba esperando a su marido en la puerta de su casa cuando...

Mi tía de Daejeon, la esposa de mi segundo tío, no exclamó «Dios mío» sino que se quedó parpadeando, sus ojos grandes como los de un buey, esperando a que mi madre terminara la frase, Mientras mi madre hacía una pausa forzada tratando de encontrar las palabras para proseguir, mi tía de Gwangju la interrumpió diciendo:

—Yo también escuché lo que pasó. No sabía que fuera la esposa de ese hombre.

—Sí, le pegaron un tiro y ella murió, pero el bebé en su vientre vivió varios minutos más...

Imaginé por un momento lo que habría pasado si mi tía se hubiera casado con ese profesor de matemáticas. En mi inmadura fantasía infantil, mi tía de veinticinco años estaba de pie en la puerta de su casa sosteniendo con los brazos su panza redonda cuando una bala se incrustaba en su frente blanca. En el vientre de mi tía, a quien le gustaba cantar las canciones de Yang Hee-eun^[64] como una soprano, se agitaba un bebé como un pez con los ojos abiertos.

* * *

Fue dos años después, en verano, cuando mi padre trajo a casa esa recopilación de fotografías. Dijo que la había conseguido en la terminal de autobuses cuando iba a un velatorio en Gwangju. Contrariando mi imaginación infantil, mi tía no solo no había recibido un balazo en la frente sino que ni siquiera se había casado todavía y estaba de visita por unos días en casa. Después de que los grandes se pasaran ese libro unos a otros, se impuso un pesado silencio. Para que los niños no lo viéramos, mi padre lo guardó en la parte menos accesible de la estantería de su dormitorio con el lomo vuelto hacia adentro.

Pude hojear a escondidas ese libro de fotografías un día en que los adultos estaban en la cocina viendo como siempre las noticias de las nueve. Recuerdo el instante en que pasé la última página y vi el rostro de una chica profundamente desgarrado por el filo de una bayoneta. Algo frágil que había dentro de mí y que yo desconocía que existía se hizo entonces añicos en silencio.

* * *

El suelo del polideportivo estaba destrozado.

Me quedé de pie en el suelo de tierra rojiza que había quedado al descubierto debajo de la madera levantada. Al alzar la cabeza, vi los grandes ventanales en las cuatro paredes del salón de actos. En la pared de enfrente todavía seguía colgado un cuadro con la bandera nacional. Los tubos fluorescentes del techo todavía seguían allí. Pisando el suelo de tierra casi congelado, caminé hacia la pared de la derecha. Leí la frase que estaba impresa con letra cursiva en un folio plastificado: «Quítese el calzado cuando haga ejercicio».

Al darme la vuelta hacia la puerta, vi la escalera que llevaba al palco. Subí por los escalones descuidados y cubiertos de polvo. Me dejé caer sobre uno de los asientos de la grada, desde donde se podía abarcar todo el salón de actos. Cuando dejé salir el aire de la boca, el hálito se dispersó en forma de vapor. El frío que me transmitía el cemento me atravesaba los tejanos. Los cuerpos tapados con sábanas blancas, los ataúdes cubiertos de banderas, las mujeres y los niños que lloraban a gritos o estaban sentados con la mirada perdida temblaron un poco sobre el suelo de tierra rojiza y luego desaparecieron.

Pensé que había tardado demasiado.

Debería haber venido antes de que dismantelaran el piso de madera, antes de que cubrieran con lonas los andamios del edificio en obras del Gobierno Provincial, antes de que arrancaran buena parte de los *gingkos* que presenciaron todo lo ocurrido, antes de que se secara por completo la sófora que tenía ciento cincuenta años.

Pero había venido justo ahora. No había remedio.

Me subiría hasta arriba el cierre del chaquetón y me quedaría hasta la caída del sol, hasta que los rasgos de Dongho se hicieran nítidos, hasta que pudiera oír su voz, hasta que pudiera vislumbrar desde atrás su silueta ondulante caminando sobre el suelo de madera, que ya no estaba.

* * *

Había desempaquetado mis cosas en el apartamento de mi hermano menor dos días antes. Quedamos en cenar juntos cuando él saliera del trabajo y me fui en busca de mi vieja casa de Jungheung-dong antes de que oscureciera. Como no conocía bien la ciudad porque la había dejado cuando era pequeña, cogí un taxi y le pedí que me llevara hasta la escuela primaria a la que había ido hasta tercer grado. Crucé la calle dando la espalda a la escuela y haciendo memoria caminé hacia la izquierda. Había una papelería donde la recordaba. Había que pasar la papelería y doblar por la callejuela de la derecha.

Confiando en el sentido de la dirección grabado en mi cuerpo, elegí la segunda bifurcación de calles. Los muros de la fábrica Hojeon que se alargaban sin fin habían desaparecido, así como las casas tradicionales que daban a ese muro. Según lo que recordaba, en la esquina de esta calle y la avenida había una cantera del tamaño de una vivienda. Esa cantera y mi casa compartían una pared. Era imposible que existiera todavía esa cantera, que era como un terreno baldío, así que mi casa tenía que ser la segunda del final.

Pasé por una casa de una sola planta, un edificio de apartamentos bajo, una academia de piano y una tienda de sellos, y por fin llegué al final de la calle. En el lugar donde estaba la cantera, se levantaba un edificio de cemento de tres plantas insulso y lúgubre. Mi vieja casa había sido demolida y en el predio había una construcción hecha con contenedores. Era una tienda que vendía artículos para la renovación de cocinas y baños, como lavabos, griferías, fregaderos e inodoros.

¿Qué había esperado encontrar yo allí? Como una persona que espera a alguien, me quedé deambulando un buen rato delante de esa tienda brillantemente iluminada.

* * *

Al día siguiente salí temprano y fui al Centro de Investigaciones del 18 de mayo de la Universidad de Chonnam y a la Fundación Cultural del 18 de mayo de Sangmujigu^[65]. No pude entrar a la base militar de la Unidad 505 de Seguridad, donde estuvo instalada la Agencia Central de Inteligencia desde los años 70 y se llevaron a cabo las torturas, porque la habían clausurado.

Por la tarde fui al colegio secundario D. Dongho no había podido graduarse, así que su fotografía no estaba en los álbumes de fotos. Gracias a la llamada que hizo un antiguo profesor de arte que se había jubilado en ese colegio y había sido amigo de mi padre, me permitieron ver los registros escolares. Vi su foto por primera vez entre esos registros. Sus párpados no tenían pliegues, sus ojos eran mansos y tenían forma de media luna. Era una cara común y corriente, fácil de confundir con cualquier otra. Un rostro sin ninguna peculiaridad, un rostro que se olvidaba enseguida al quitar la vista de él.

Empezó a caer la nieve cuando salí de la sala de profesores y crucé el campo de deportes. Cuando llegué a la puerta de entrada del colegio, los copos se hicieron más gruesos. Me sacudí la nieve de las pestañas y cogí un taxi. Pedí que me llevara de nuevo a la Universidad de Chonnam porque me

pareció que había visto una cara parecida en el museo que había en la planta baja del Centro de Investigaciones del 18 de mayo.

En la sala del museo había instalados varios televisores pequeños de plasma que mostraban diferentes vídeos de manera continua. No me acordaba en qué vídeo lo había visto, así que tuve que verlos todos desde el principio. Encontré a un chico de secundaria parecido en la parte en que aparecía una carretilla transportando los cuerpos de los jóvenes encontrados en la nueva estación de trenes. El chico miraba de lejos los cadáveres con cara de asustado, como si fuera a ponerse a llorar en cualquier momento. Era finales de primavera, pero tenía los brazos cruzados con fuerza como si tuviera mucho frío. La escena pasó tan rápidamente que tuve que quedarme esperando hasta que el vídeo terminara y empezara de nuevo. La vi dos, tres y también cuatro veces. Este chico también tenía una cara tan común y corriente que podía ser confundido con cualquier otro. No estaba segura. Probablemente los chicos de entonces, que iban con el pelo cortado al rape y vestidos con uniforme, se vieran todos muy parecidos. Chicos de ojos mansos y párpados lisos, chicos que por estar en edad de crecimiento tenían las mejillas flacas y el cuello delgado.

* * *

Desde el principio me impuse la premisa de revisar todos los materiales documentales que pudiera encontrar. Desde principios de noviembre no leí otra cosa, ni escribí ni quedé en verme con nadie. Así pasaron dos meses y hacia finales de enero sentí que no podía seguir.

La causa fueron los sueños.

Yo huía de un grupo de soldados. Jadeaba tanto del esfuerzo que tenía que bajar la velocidad de mi carrera. Uno de ellos me daba un empujón por la espalda y me hacía caer al suelo. En el instante en que me daba la vuelta para mirarlo, me atravesaba el pecho con su bayoneta, justo en mi plexo solar. Eran las dos de la madrugada. Me incorporé asustada y me puse la mano sobre el pecho. Durante cerca de cinco minutos no pude respirar bien, me castañeteaban las mandíbulas. No sabía que estaba llorando, pero cuando me pasé la mano por la cara, me quedó la palma empapada.

Unos días después soñé que venía a verme alguien. Me decía que había decenas de detenidos de las manifestaciones de mayo de 1980 que habían estado encerrados hasta ahora en celdas ocultas durante treinta y tres años, y que iban a ser ejecutados secretamente al día siguiente a las tres de la tarde. En el sueño eran las ocho de la tarde, así que solo quedaban diecinueve horas

hasta la ejecución. ¿Cómo iba a evitarlo? La persona que me había avisado había desaparecido y yo me encontraba en mitad de una calle sin saber qué hacer con el móvil en la mano. ¿A dónde tenía que llamar para dar aviso de lo que ocurriría? ¿Quién podría evitarlo si le avisaba a tiempo? ¿Por qué me lo habían dicho justamente a mí, que no tenía ningún poder? Tenía que coger un taxi cuanto antes. ¿Pero a dónde le diría que me llevara? ¿A dónde tenía que ir y qué tenía que hacer...? Me desperté con la boca seca de la desesperación. Era un sueño. Abrí los dedos que tenía fuertemente apretados en un puño y murmuré repetidas veces que todo había sido un sueño.

* * *

Alguien me regalaba una pequeña radio. Me decía que tenía una función especial que permitía retroceder en el tiempo, que bastaba con cambiar el año y la fecha en la pantalla digital. Apenas la recibía, la ponía en el 18 de mayo de 1980, puesto que para escribir sobre esos acontecimientos no había otra manera mejor que estar allí. Sin embargo, un instante después me encontraba en medio de la avenida Gwanghwamun totalmente desierta. «Ah, es porque solo me he desplazado en el tiempo, pero sigo aquí en Seúl», pensaba. Hubiera debido hacer un tiempo primaveral si fuera mayo, pero la calle se veía fría y desolada como en un día de noviembre. Reinaba un silencio aterrador.

* * *

Otro día salía de casa, después de mucho tiempo, para asistir a una boda. Como en el sueño que había tenido unos días antes, era enero de 2013 y las calles de Seúl se veían frías y desoladas. La lámpara de araña que colgaba del techo del salón de bodas era fastuosa. Las personas que había allí se veían espléndidas, actuaban como si no pasara nada y me parecían todos desconocidos. No lo podía creer, ¡con la cantidad de gente que había muerto! Un colega que escribía reseñas me reclamaba sonriendo que le mandara pronto la antología de cuentos que estaba escribiendo. Era increíble, ¡con la cantidad de gente que había muerto! Terminada la ceremonia, me decían que fuéramos a comer, pero yo me retiraba del lugar sin darles una excusa plausible.

* * *

El día se aclaró como si nunca hubiera nevado. Por las ventanas del polideportivo entraba oblicuamente la luz de la tarde a raudales.

El suelo estaba tan frío que me puse de pie. Bajé la escalera, abrí la puerta y salí del salón de actos. A través del resquicio de la lona gigante que tapaba la vista, atisé la esquina del edificio de paredes blancas del Gobierno. Luego me quedé esperando. No iba a venir nadie, pero me quedé esperando. Nadie sabía que estaba allí, pero de todas formas me quedé esperando.

Me acuerdo de la primera vez que fui sola al cementerio de Mangwoldong^[66]. Era invierno y tenía veinte años. Caminando entre las tumbas sobre la colina, buscaba su lápida. Entonces no sabía su apellido, solo recordaba su nombre, que había escuchado mencionar a los mayores en sus conversaciones. Me lo había aprendido de memoria enseguida porque era parecido al nombre del menor de mis tíos. Se llamaba Dongho y tenía quince años.

Recuerdo también que perdí el último autobús que salía del cementerio e iba al centro de la ciudad, de modo que tuve que andar por la carretera con el viento a mis espaldas mientras caía la oscuridad. Después de un buen rato me di cuenta de que había caminado todo ese tiempo con la mano derecha sobre el lado izquierdo de mi pecho, como si se hubiera abierto una grieta en el borde de mi corazón, como si se hubiera convertido en algo que necesitara ser protegido de esa manera para que no se rompiera.

* * *

Hubo militares que fueron particularmente crueles.

Una de las cosas que más me costó comprender cuando leí por primera vez los materiales documentales fueron los reiterados hechos de sangre que se cometieron cuando no se buscaba efectuar detenciones. Fueron hechos violentos a plena luz del día, sin la menor conciencia de culpa o vacilación, manifestaciones de crueldad incitadas y ordenadas por los oficiales superiores.

Se cuenta que durante las manifestaciones de resistencia a la dictadura que ocurrieron en Busan y Masan en otoño de 1979, el jefe de la secretaría presidencial Cha Ji-cheol le dijo al presidente Park Chung-hee: «En Camboya mataron a más de dos millones de personas. No hay ninguna razón para que no hagamos lo mismo». Cuando en mayo de 1980 se extendieron las manifestaciones a Gwangju, los militares atacaron con lanzallamas a la gente, que estaba desarmada. Les dieron balas de plomo a los soldados, cuando estaban prohibidas en la legislación internacional por causas humanitarias.

Chun Doo-hwan, que fue el hombre de confianza de Park Chung-hee al punto de ser considerado como su hijo adoptivo, estaba estudiando como próxima medida bombardear la ciudad con aviones de combate en caso de que el Gobierno Provincial no fuera capturado. Vi el vídeo en el que él llegaba en un helicóptero militar y pisaba el suelo de la ciudad el 21 de mayo por la mañana, poco antes de que abrieran fuego a mansalva sobre la población. Era un joven general de cara imperturbable que bajaba del helicóptero y se aproximaba a grandes trancos para estrechar con fuerza la mano del oficial que había venido a recibirlo.

* * *

Leí que un superviviente de las torturas decía en una entrevista que la experiencia era parecida a recibir un baño de radiación. Las sustancias radiactivas se adhieren a los huesos y los músculos y permanecen durante décadas en el cuerpo produciendo mutaciones en los cromosomas. Hacen que las células se vuelvan cancerosas y ataquen el organismo. Aunque muera la persona radiada y se queme su cuerpo hasta que solo queden sus huesos, los elementos radiactivos no desaparecen.

Recuerdo lo que dije en un murmullo sin darme cuenta una madrugada de enero de 2009 cuando veía las imágenes de la caseta de vigilancia envuelta en llamas durante las manifestaciones de Yongsan^[67]: «Eso es Gwangju». Es decir, Gwangju era el otro nombre del aislamiento, de lo que es pisoteado por la fuerza, de lo vulnerado, de aquello que no debería ser dañado de ningún modo. La radiación no había acabado. Gwanju renacía y era asesinada una y otra vez. Se engangrenaba, estallaba y se reconstruía bañada en sangre.

* * *

Y estaba el rostro de esa chica.

La había visto a los doce años en la última página del libro de fotografías y tenía la mejilla y el cuello atravesados por una bayoneta y había muerto inclinada de lado con un ojo abierto.

Cuando, en la sala de espera de la terminal de autobuses y delante de la estación de trenes, estaban tirados atrozmente todos esos cuerpos, cuando los soldados apaleaban y desnudaban a punta de bayoneta a la gente que pasaba para llevársela cargada sobre camiones, cuando registraban las casas y apresaban a los jóvenes en sus hogares, cuando la ciudad y los alrededores estaban sitiados y no funcionaban los teléfonos, cuando dispararon a mansalva contra la muchedumbre desarmada que clamaba, cuando en poco

menos de veinte minutos la calle quedó cubierta de más de cien cadáveres, cuando cundió como un reguero de pólvora el rumor de que los masacrarían a todos, cuando los varones comunes y corrientes se hicieron con los viejos fusiles que se guardaban en los campos de entrenamiento de las fuerzas de reserva y, reunidos en pequeños grupos, armaron puestos de vigilancia en las escuelas y los puentes de los riachuelos, cuando las autoridades públicas se retiraron como la marea y la gente organizó en su reemplazo un gobierno civil en el Gobierno Provincial, entonces yo iba y venía del colegio en autobús desde mi casa de Suyu.

Cuando volvía de la escuela, cogía el periódico vespertino que habían metido por la rendija de la puerta y leía los titulares mientras atravesaba el estrecho y largo patio: «Quinto día de anarquía en Gwangju», y veía las fotos de los edificios ennegrecidos por el fuego, los camiones llenos de hombres que se habían atado tiras de tela blanca en la frente. El ambiente de la casa era de turbación y pesadumbre. «Hoy tampoco funcionan los teléfonos», decía mi madre tratando tenazmente de llamar a su familia, que vivía detrás del mercado Daein.

Al igual que se había salvado del peligro la menor de mis tías, yo también me había salvado. Nadie de la familia había salido herido o muerto ni tampoco había sido detenido. Sin embargo, en otoño de ese año me pregunté si ese chico que estaba en la secundaria no habría usado ese cuarto que estaba pegado a la cocina, ese cuarto en donde yo hacía los deberes con la barriga pegada al suelo frío de linóleo. Me pregunté si en verdad ese chico no había podido atravesar ese sofocante verano como lo había atravesado yo.

* * *

Crucé la calle por el paso subterráneo que estaba frente al Gobierno Provincial en obras y caminé a través del bullicio de la calle nocturna en donde se mezclaban confusamente los carteles de neón y la música. Llegué a la enorme academia de ingreso a la universidad en la que estuve hace dos días. En la planta baja estaba el mostrador de información, que lucía delante un muestrario de folletos publicitarios de la academia, además de los horarios y folletos a todo color de los cursos más demandados.

—Solo le puedo dedicar treinta minutos —me dijo ayer por teléfono—. Venga a las cinco y media al aula donde doy clases. Le ruego su comprensión. Si alguno de los alumnos cena rápido y entra antes a clase para estudiar, puede ser que no pueda hablar con usted ni siquiera media hora.

Después de quedarme un rato dando vueltas por los alrededores de mi vieja casa de Jungheung-dong, entré en la tienda de artículos de baño y cocina. Una mujer de cincuenta y tantos años que vestía una chaqueta acolchada color lila levantó la vista del periódico.

—¿En qué la puedo ayudar? —preguntó con el fuerte acento local.

Después de que nos hubiéramos ido de aquella ciudad, solo había hablado el dialecto de Gwangju con mis parientes. Sin embargo, desde que había llegado, gente que no conocía se estaba comportando como si fuera de mi familia y eso me producía incomodidad y al mismo tiempo congoja.

—Antes había en este lugar una casa tradicional... ¿Hace mucho que está esta tienda aquí?

Así como yo sentía incomodidad y congoja, la mujer pareció sentir desapego por mi acento de Seúl.

—¿Busca a alguien que vivía en esa casa? —volvió a preguntar, esta vez con perfecto acento de la capital.

No sabía qué otra cosa decirle, así que le respondí que sí.

—Esa casa fue demolida hace dos años —explicó sosegadamente—. La habitaba una anciana que vivía sola, pero parece que falleció. La casa era tan vieja que no se podía alquilar, así que el hijo la echó abajo y levantó este edificio provisional. Luego llegamos nosotros, pero la ubicación es tan mala que nos marcharemos en cuanto termine el contrato de dos años que firmamos.

Le pregunté si había conocido al hijo de la anciana y ella respondió:

—Lo vimos cuando firmamos el contrato. Oí que enseñaba en una academia muy grande. Pero no debía de ganar demasiado, puesto que solo pudo construir este edificio provisional.

Salí de la tienda y anduve un buen rato por la avenida hasta que cogí un taxi. Llegué a la academia que me indicó la señora y encontré al hermano de Dongho en las fotos que aparecían en los folletos publicitarios. No fue difícil. Solo había dos profesores de apellido Kang y uno de ellos era un hombre joven de veintitantos años. El otro profesor, de edad madura, enseñaba ciencias, llevaba gafas de lentes gruesas, tenía la frente canosa, vestía camisa blanca y una corbata azul marino, y miraba de frente en la foto.

* * *

Lo siento, tenía pensado terminar temprano la clase, pero al final se alargó más de lo usual. Siéntese, por favor. ¿Quiere algo de beber?

Tenía conocimiento de que esa casa había pertenecido a un profesor que había enseñado a Dongho, pero no me imaginé que estuvieran enterados de lo que nos ocurrió.

La verdad es que he dudado un poco. No veía el motivo de verla a usted, ya que no tengo nada que decirle, pero después me pregunté qué habría hecho mi madre si estuviera viva.

Por supuesto, si ella estuviera aquí, la habría recibido sin dudar lo más mínimo. No la habría dejado irse de tantas cosas que le habría contado de Dongho. Así vivió durante treinta años, pero yo no puedo hacer lo mismo.

¿Que le dé permiso? Claro que se lo doy. Eso sí, tiene que escribirla bien. Que sea una historia recta y cabal. Escríbala de tal manera que nunca más puedan injuriar a mi hermano.

* * *

Pasé la noche en vela en la pequeña habitación junto a la puerta donde dormí en casa de mi hermano. Cada vez que me adormecía por un breve instante, me encontraba de nuevo en la calle nocturna de la academia. Estudiantes espigados de bachillerato que tenían la edad que Dongho nunca había podido alcanzar, pasaban junto a mí rozándome los hombros. *Escríbala de tal manera que mi hermano nunca más pueda ser injuriado.* Camino con la mano derecha sobre el pecho izquierdo como apretándome el corazón. En medio de la calle oscura brillan vagamente unos rostros. Son los rostros de las personas asesinadas. El rostro vacío del asesino que clavó una bayoneta en mi pecho.

* * *

Yo siempre le ganaba cuando hacíamos luchas con los dedos de los pies. Es que él tenía muchas cosquillas. Se retorció entero con solo tocarle el pie con el dedo gordo. No sé si era porque le dolía que lo pellizcara o porque tenía cosquillas, pero contraía toda la cara y se reía sin parar con las orejas y la frente coloradas.

* * *

Así como hubo militares especialmente crueles, también hubo quienes mostraron una actitud particularmente compasiva.

Hubo un miembro de la unidad de paracaidistas que cargó sobre sus espaldas a un herido que sangraba y lo dejó frente a un hospital para luego

escapar a toda prisa. Hubo soldados que dispararon con el cañón apuntando hacia arriba para no darle a la gente cuando se les dio la orden de tirar a mansalva. Las cámaras de la prensa extranjera capturaron la imagen de un soldado que permaneció hasta el final con la boca cerrada cuando, formados en línea, todos cantaban una marcha militar delante de los cadáveres caídos frente a la sede gubernamental.

Se puede encontrar una actitud parecida entre los de la milicia civil que se quedaron en el edificio del gobierno. La mayoría de los que recibieron armas no disparó un solo tiro. Ante la pregunta de por qué se quedaron en el edificio cuando sabían que iban a perder, los sobrevivientes que testificaron respondieron todos de una manera parecida: «No lo sé, simplemente pensé que debía hacerlo».

Fue un error por mi parte verlos como víctimas. Se quedaron allí justamente porque no querían serlo. Cuando pienso en los diez días vividos por esa ciudad, me viene a la memoria el instante en que los linchados que habían quedado casi muertos abrían los ojos con las pocas fuerzas que les quedaban, el instante en que escupiendo los dientes y la sangre que les llenaba la boca abrían a la fuerza sus párpados para mirar de frente a su torturador, el instante en que recordaban sus propios rostros y voces, y la dignidad humana que habían tenido en su vida anterior. *Haciendo añicos ese instante, llega la masacre, la tortura, la represión violenta. Arrinconan, despedazan y barren. Sin embargo, ahora, mientras tengamos los ojos abiertos, mientras estemos alerta, no podrán con nosotros...*

* * *

Espero que tú me guíes a partir de ahora. Que me lleves a la claridad, a donde brilla la luz, a donde se abren las flores.

El chico de cuello largo y ropa liviana camina por el sendero entre las tumbas cubiertas de nieve. Yo sigo sus pasos. A diferencia de la ciudad, en este lugar todavía no se ha derretido la nieve. La nieve acumulada moja los dobladillos de sus pantalones de gimnasia color celeste y humedece sus tobillos. El chico siente el frío y se da la vuelta. Me sonríe con los ojos.

* * *

No, no me he encontrado con nadie a la vera de las tumbas. Simplemente salí del apartamento de madrugada, dejándole una nota a mi hermano que aún dormía. Solo cargué una mochila, pesada, con todos los materiales documentales que reuní en la ciudad, y tomé un autobús para ir a aquel sitio.

No pude comprar flores. Tampoco frutas o una botella de licor. Solamente traje un encendedor y tres velas de esas que se utilizan para calentar teteras, que estaban en una caja que encontré en el armario del fregadero de la cocina de mi hermano.

El hermano mayor de Dongho me dijo que su madre ya no fue la misma después de que los restos del chico fueran trasladados del viejo cementerio de Mangwol-dong hasta el nuevo cementerio nacional.

El traslado de los restos se hizo en la misma fecha fijada para todos, pero cuando se abrieron los ataúdes, se descubrió que los restos conservaban tal cual su lastimoso aspecto. Los huesos estaban envueltos en plásticos y cubiertos con banderas manchadas de sangre... Como lo habíamos podido amortajar nosotros, al menos los restos de Dongho estaban en mejor estado. Compramos tela de algodón y, como no queríamos encargarle la tarea a nadie, nosotros mismos limpiamos cada uno de sus huesos. Tuve miedo de que la impresión fuera demasiado grande para mi madre si ella se encargaba de la cabeza, así que la tomé yo antes y repasé con cuidado cada uno de los dientes con el trapo. Pero de todos modos parece que fue demasiado para ella. Debería haberla obligado como fuera a que se quedara en casa.

Por fin encontré su tumba entre todas las tumbas cubiertas de nieve. La tumba que había descubierto tiempo atrás en Mangwol-dong solo tenía su nombre y las fechas de nacimiento y muerte grabadas en la lápida, pero esta tenía además una foto en blanco y negro que era una ampliación de la que había visto en su registro escolar. Las sepulturas que estaban a su derecha e izquierda pertenecían a estudiantes de bachillerato. Contemplé sus rostros de rasgos pueriles y sus uniformes de color negro en las fotos, que debían haber sido tomadas cuando se graduaron en la escuela secundaria. La noche anterior su hermano mayor había dicho que Dongho había tenido suerte, puesto que había muerto de inmediato al recibir el tiro. Con los ojos extrañamente exaltados, se esforzó por obtener mi asentimiento preguntándome si no opinaba como él. Me contó que uno de los chicos de bachillerato que lo flanqueaba había recibido un tiro frente al Gobierno Provincial como Dongho, pero que no había muerto al instante, sino que había permanecido vivo hasta que lo remataron con otro tiro. El día del traslado de los restos al nuevo cementerio, él había visto que tenía un agujero en mitad de la frente y la parte posterior del cráneo volada. El padre de ese estudiante, que tenía los cabellos totalmente blancos, había llorado sin hacer ruido tapándose la boca.

Abrí mi mochila y puse las velas que había traído delante de la tumba de Dongho. Con una rodilla hincada en el suelo y la otra doblada, las encendí. No recé. Tampoco cerré los ojos ni guardé silencio. Las velas se quemaron lentamente. Oscilando sin hacer ruido, las llamas de color naranja fueron absorbiendo la cera y formando un hoyo. De pronto sentí que se me estaba helando un tobillo, pues sin darme cuenta había hundido los pies en la nieve acumulada frente a su lápida. La nieve se filtraba lentamente a través de los calcetines húmedos hasta mi piel. Yo me quedé mirando en silencio los bordes de las llamas, que se agitaban como alas translúcidas.

La violencia, vista desde las profundidades

Mar Abad

* * *

A Han Kang le gusta redondear preguntas. Meterse en ellas y recorrerlas hasta lo impensable. Estirarlas y lanzar al vacío el punto de la interrogación para descubrir cómo suena el viaje hacia las profundidades. Porque nunca espera que vuelva, de rebote, una respuesta. Escribe para ahondar en sus interrogantes. Eso es lo que vio que hacían todos los libros que leyó desde que era pequeña y lo que la llevó a escribir.

En las lecturas de adolescencia buscaba, afanada, cualquier respuesta a las incógnitas que le inquietaban. Intentaba hallar en alguna página de un libro una fórmula desesperada que pudiera explicar quién era ella, qué sentido tiene el ser humano y por qué un día cualquiera viene la muerte y arrambla con todo.

Después de mucho leer solo halló una respuesta: escribir es preguntar. Vio que todos los libros que había leído abordaban página a página sus mismas intrigas pero ni la última línea guardaba una contestación. Lo más lejos que habían llegado los escritores era a un lugar distinto, inesperado, desde el que observar sus dudas. Entonces, se dijo, ella también podía escribir. Porque tampoco tenía respuestas, pero desde pequeña flotaba entre misterios e incógnitas que cada vez se hacían más grandes y sorprendentes.

A los nueve años le asaltó una pregunta a la cara como un bofetón. La imagen de una mujer apaleada se le clavó en el pecho como un anzuelo en la boca de un pez. Era el remate de un signo de interrogación que, afilado como un garfio, planeaba anidar ahí por mucho tiempo. La pregunta empezó a rodar por su cabeza, días y noches, veranos e inviernos, hasta que acabó formulada con la frialdad de una bola de nieve: «¿Somos los humanos violentos por naturaleza?».

Eso la llevó a escribir *La vegetariana* (2007) y *Actos humanos* (2014). A Han Kang le asombra tanto la crueldad que se arroja en picado hasta sus viscosas entrañas. Encara la violencia mirándola a los ojos, aunque derramen sangre, y agarrándole las manos, a pesar de las heridas donde se relamen las moscas. A la coreana no le tiembla el pulso cuando describe lo cruel y el dolor. Pero lo hace con tal delicadeza y exquisitez que sus historias, en vez de acabar boleadas por la ventana, atrapan sin remedio.

En *La vegetariana* vistió de mujer al interrogante del por qué existe la violencia. Mostró la incompreensión, la intolerancia, la presión, la opresión y el inmenso vacío que se va fortificando alrededor de una persona que no pisa las mismas baldosas que los demás. Nadie entendió que Yeonghye, la protagonista, decidiera dejar de comer carne. Al rechazar la violencia, la tomaron por loca.

Han Kang abordó la violencia desde el cuerpo de una sola mujer y dejó tan impresionado al jurado del Man Booker, en su edición de 2016, que le concedieron este reputado premio. Años después decidió ir más lejos y se atrevió a trazar el interrogante en mayúsculas. En *Actos humanos* la crueldad es más punzante. Es una matanza planeada por villanos a sueldo en horario laboral; una carnicería con saña y olores fétidos. Esta vez el interrogante acaba destilando una desesperanza en notas tan altas que llega a sonar a alarido.

El primer zarpazo de este interrogante lo suelta el propio título. Al principio, parece frío. Solo frío; quirúrgico, como si lo hubieran redactado con bisturí; como si lo hubiesen extraído de un documento burocrático. Pero al leer la última línea de *Actos humanos* el título se ha convertido en hielo; tan duro y tan gélido que hasta sus letras duelen. Desesperanzador. O no. Han Kang no otorga; solo echa a rodar la cuestión que lleva décadas pesando sobre sus hombros: «¿Podemos superar la violencia?».

Tampoco resuelve esta incógnita ninguno de los personajes de *Actos humanos*. A ellos también les sorprende la crueldad, el ensañamiento, la muerte. Y lo cuentan desde todas las redondeces del asombro y la incredulidad. Desde las voces confundidas de un joven que no sospecha que en diez minutos lo reventará una bala, de una mujer incapaz de formular con palabras los calambres de la tortura, de un alma que no sabe si volar o agarrarse a una reja. El desconcierto, el trauma, el extravío. Tan difícil es entender ese derroche de agresión que incluso a las propias palabras se les cae el significado: qué representa la *patria* cuando el himno nacional desparrama sus notas sobre cientos de cadáveres.

La historia de esta masacre parece flotar entre las voces de unas personas que, de pronto, se ven atrapadas en una grieta entre la vida y la muerte. Voces que suenan antes del linchamiento y voces que retumban después. *Actos humanos* relata treinta años de desconsuelo en los que el dolor ha quebrado el sentido del tiempo y las cicatrices nunca dejan de sangrar. «¿Es el hombre un ser cruel por naturaleza?», se pregunta una víctima. «¿Lo de la dignidad humana es un engaño y en cualquier momento podemos transformarnos en insectos, bestias o masas de pus y secreciones?».

El tiempo también ha caído en esa red que une a todos los dolientes y que el relato va entretejiendo, unos con otros, para mostrar la idea del Todo. Así lo sintió un joven cuando cientos de rifles lo apuntaban dentro de una multitud: «Me asombré de descubrir algo muy puro dentro de mí. Recuerdo todavía vívidamente esa sensación de no tenerle miedo a nada, de estar dispuesto a dar la vida en cualquier momento, de que la sangre de todos los que estábamos allí fluía en una única y gigantesca arteria. Pude escuchar el pulso de esa sangre que corría palpitante, de ese corazón que era el más grande y sublime del mundo. Lo digo con humildad, pero me sentí parte de un todo».

Y en ese todo Han Kang presenta la naturaleza como lo más humano, lo menos despiadado. Los árboles respiran; el llanto de los ejecutados cae en gotas de lluvia; la vida echa a volar como lo haría un pájaro cuando una persona da su última exhalación. Aunque la naturaleza muestra también imágenes siniestras de la muerte. La asocia a los bichos pegajosos, al repelús de sus movimientos y de su menudez. Y ahí se arremolinan la podredumbre, el insomnio, el alcohol: «Entre las pesadillas y la imposibilidad de dormir, entre los analgésicos y los somníferos diarios, dejamos de ser jóvenes».

Actos humanos es una historia de víctimas. Han Kang habla desde la piel de las personas que fueron abatidas en una protesta en favor de la democracia. Habla por los que no pueden hacerlo; da voz a los sin voz, como decía Albert Camus. Y sigue la recomendación del periodista: «Uno no debe ponerse del lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen»^[68].

Asombra lo que son capaces de teclear los dedos de esta profesora de escritura creativa en Seúl. Menuda, silenciosa, hasta que empieza a escribir y se hace inmensa. Era imposible imaginar el poder de sus historias y de sus palabras cuando hace unos meses, en Madrid, me tendió su mano, con timidez, cuando nos presentaron. Me contaron que estaba sorprendida por la soltura con la que nos tocamos aquí: los abrazos, los besos efusivos; el tacto, el contacto. Decía que le gustaban esas muestras de afecto que no se piensan

dos veces y que en Corea parecen de lo más inapropiado. Entonces se redondeó ante mí una pregunta: ¿Es ahí, en ese roce, en ese choque entre su sensibilidad infinita y las vigas de hierro de la sociedad coreana donde despierta su apasionante obra monumental?

Hay recuerdos que no cicatrizan nunca

Álvaro Colomer

* * *

El país de los dictadores

El 26 de octubre de 1979, el director de la Agencia Central de Inteligencia Coreana, Kim Jae-gyu, descerrajó dos tiros sobre el presidente de su país. Ocurrió durante el transcurso de una cena privada. Discutían sobre el modo más eficaz de disolver las revueltas populares de Busan y Masan, la conversación pivotaba entre dos posturas claramente antagónicas, el tono de la conversación aumentaba por segundos. El responsable de los servicios secretos defendía la implantación de reformas que contentaran a las masas, mientras que Park Chung-hee, militar al mando de la nación tras perpetrar un golpe de estado en 1962, y su jefe de seguridad Cha Ji-cheol abogaban por sacar los tanques y aplastar a la chusma. Ya habían abordado ese asunto en otras ocasiones, pero aquella noche el ambiente se caldeó en exceso. El presidente y su adlátere recriminaban a Kim su tibieza a la hora de contener al populacho y este insistía en que los surcoreanos no tolerarían otra masacre. Los esfuerzos del director por evitar una nueva matanza caían constantemente en saco roto y en cierto momento, harto ya de tanta cháchara, se levantó de la mesa, salió al vestíbulo y susurró a uno de sus ayudantes: «Hoy es el día»^[69]. Regresó al comedor provisto de una pistola semiautomática Walther PPK y, convencido de que las palabras debían dar paso a la acción, disparó en el pecho de Park y en el brazo de Cha. El primero murió en el acto, pero el segundo aprovechó que el arma se había encasquillado para refugiarse en el cuarto de baño. Si pensaba que esto le salvaría, estaba equivocado. Porque Kim Jae-gyu no era un hombre que dejara las cosas a medias. No, no lo era en absoluto. De hecho, salió de nuevo al vestíbulo, se agenció un revólver Smith & Wesson 36 y regresó para terminar lo que había empezado. Abrió la puerta del lavabo, miró a los ojos del funcionario y, acaso disfrutando con el

hecho de tener encañonado al individuo que había abogado por su destitución, le perforó el abdomen. Después se colocó tras el cadáver del presidente y, queriendo asegurarse de que no había espacio para el error, le encajó una segunda bala en la nuca. Acababa de rematar a uno de sus mejores amigos.

Cuando los medios de comunicación difundieron la noticia del magnicidio, la gente respiró aliviada. Diecisiete años de dictadura terminaban de forma abrupta y aquella misma noche los surcoreanos soñaron con la derogación de la ley marcial, la liberación de los opositores encarcelados y la convocatoria de elecciones libres. Fueron unos ingenuos; nada de eso ocurrió. Y es que la muerte de Park Chung-hee solo sirvió para que otro militar, Chun Doo-hwan, forzara la entrada del palacio presidencial e instaurara un régimen tan autoritario como el anterior. Un régimen que los cínicos del país todavía denominan «democracia estilo coreano»^[70].

El levantamiento de Gwangju

Desde su creación en 1945, Corea del Sur ha soportado a cuatro dictadores: Syngman Rhee (1948-1960), Park Chung-hee (1963-1979), Chun Doo-hwan (1980-1988) y Roh Tae-woo (1988-1993). Todos recibieron el visto bueno de Estados Unidos —y Japón— y todos fueron observados con recelo desde la Unión Soviética —y China—, pero ninguno se libró del odio en las calles. Los intentos de asesinar al presidente de turno y los conatos de rebelión se sucedieron a lo largo de cuarenta años de regímenes autoritarios, y los militares que ostentaban el poder siempre respondieron del mismo modo: recortando los derechos de los trabajadores, prohibiendo la disidencia política y pertrechando a los soldados con armas de mayor calibre. Chun Doo-hwan no fue una excepción.

Nacido en el seno de una familia campesina, se alistó en el ejército tan pronto como terminó la secundaria y, tras pasar por varias academias norteamericanas, regresó convertido en un especialista en la lucha de guerrillas y en la guerra psicológica. Sin embargo, sus aspiraciones jamás se limitaron al universo castrense y en 1980 dio un Golpe de Estado que le permitió suceder a su amigo Park Chung-hee. La represión de las clases populares no se hizo esperar, siendo en esta ocasión tan despiadada que el mismísimo presidente de Estados Unidos, a la sazón Jimmy Carter, manifestó públicamente su preocupación por los derechos humanos en Corea del Sur. No sirvió de nada. La llegada al poder de Ronald Reagan supuso un espaldarazo para el dictador. El nuevo inquilino de la Casa Blanca no solo le

dio carta blanca para gestionar el país según le viniera en gana, sino que estimuló la economía local hasta asentar el llamado «milagro económico»^[71] y apoyó la candidatura de Seúl para los Juegos Olímpicos de Verano de 1988. Eran los tiempos de la Guerra Fría y Chun Doo-hwan podía poner los pies sobre la mesa, cerrar los ojos y echar una cabezadita.

Pero fue su propio pueblo el que lo despertó. Los altercados que Han Kang relata en *Actos humanos* ocurrieron en Gwangju, en aquel entonces capital de Jeolla del Sur, provincia conocida como «el granero de Corea»^[72]. Los recursos naturales de este territorio han despertado históricamente la codicia de los dirigentes del país y el expolio de sus riquezas ha sido tan frecuente que la población autóctona ha generado una «cultura de oposición» al poder que todavía pervive. Por decirlo de un modo sencillo, Jeolla del Sur es la piedra en el zapato de la Casa Azul^[73] y no hay dictador que aguante semejante humillación.

Así, cuando el 18 de mayo de 1980 los estudiantes de la Universidad de Chonnam se manifestaron exigiendo la instauración de la democracia, una unidad de boinas verdes asumió el control de la situación. Primero les rodeó, después les disparó y por último les golpeó con tanta furia que, de haber ocurrido en cualquier otro país del mundo, todos habrían agachado la cabeza. Pero estamos en Corea del Sur y poca broma con esta gente. La indignación surcó los barrios como un pulso electromagnético y la población salió en bloque a la calle, entró en las comisarías y, tras robar las armas, creó una milicia civil.

Fue entonces cuando Chun Doo-hwan ordenó a Chung Ho-young, comandante de las Fuerzas Especiales, que metiera a la purria en vereda. Y lo hizo. Caramba si lo hizo. Las secciones de paracaidistas pisaron Gwanju esa misma noche y, diez días después, reinaba el silencio en la ciudad.

Lo que empezó el 18 de mayo terminó el 27 del mismo mes y todavía hoy existen dudas sobre las cifras de muertos. El gobierno fijó una cantidad cercana a los doscientos fallecidos (144 civiles, 22 militares y dos policías) y a los cuatrocientos heridos, y zanjó el asunto encarcelando a quienes dudaron del recuento. En consecuencia, tuvo que ser la prensa internacional la que elevara el número de víctimas mortales a mil o incluso dos mil, y la que denunciara no solo la matanza indiscriminada de civiles, sino también otras atrocidades como, por ejemplo, el asesinato de los policías locales que, atónitos ante la crueldad con la que actuaba el ejército, trataron de liberar a los manifestantes que todavía no habían pisado la sala de torturas. Además, según cuenta la propia Han Kang en su novela, los soldados recibieron una

dotación de ochocientas mil balas, cuando el censo de Gwangju apenas alcanzaba las cuatrocientas mil almas. «Tenían una provisión suficiente como para meterles dos veces la muerte a cada uno de los habitantes», afirma un personaje.

Al término de la revuelta, 1394 personas atestaban las cárceles, quinientas de las cuales fueron acusadas formalmente, siendo siete las condenadas a muerte y cuatro las sentenciadas a cadena perpetua. Los medios de comunicación oficiales aseguraron que los detenidos pertenecían a grupos comunistas y que los cabecillas de la revuelta trabajaban para el gobierno de Corea del Norte. Solo el paso de los años desveló la verdad y, cuando la fiscalía inició sus pesquisas, Chun Doo-hwan pidió disculpas públicamente y anunció su retiro a un monasterio budista. No coló. En 1995 se reabrió el caso y un juez firmó su ejecución. Un recurso logró que le conmutaran la pena por otra de cadena perpetua, pero la amnistía decretada en aras de la «reconciliación nacional» permitió su liberación un año después.

Los recuerdos de Han Kang

Han Kang tenía nueve años cuando el ejército irrumpió en su ciudad natal. Afortunadamente, en aquella época vivía en Seúl. Sus padres se mudaron a la capital cuatro meses antes del levantamiento y, aunque ese traslado fortuito les libró de una desgracia, siempre lamentaron no haber estado junto a sus amigos durante aquellos trágicos días. De hecho, fue ese remordimiento el que, algún tiempo después, les llevó a comprar un libro de fotografías sobre la masacre. Lo escondieron en las profundidades de una estantería, lejos del alcance de los niños, allá donde los objetos terminan cogiendo polvo, pero Han Kang lo encontró y quedó tan impresionada con las imágenes que, por primera vez en su vida, entendió el significado de las palabras dignidad y violencia.

Con todo, no es necesario remontarse a la infancia de la autora para encontrar el germen de *Actos humanos*. Porque, al cabo de los años, Han Kang presenció otro acontecimiento que tuvo una influencia si cabe mayor. Ocurrió en 2009, en el distrito de Yongsan (Seúl), durante las protestas de los inquilinos de un inmueble comercial afectado por los planes urbanísticos del gobierno local. Los vecinos se negaban a abandonar el edificio hasta que no les ofrecieran una compensación económica acorde con la realidad del mercado, y cuando los cuerpos de seguridad del Estado rodearon la manzana, los inquilinos se atrincheraron en la azotea. No esperaban que las autoridades

desplegaran a 1400 policías y 500 agentes especiales para contener a cuarenta manifestantes. Pero así fue. Los antidisturbios entraron en la portería, subieron las escaleras y, haciendo un uso desproporcionado de la fuerza, provocaron un incendio que terminó con la vida de cinco civiles y un funcionario. Aquella noche, desde la ventana de su casa, Han Kang divisó el humo elevándose sobre la ciudad y, cuando la prensa difundió las imágenes del altercado, recordó el libro de fotografías que sus padres ocultaron en aquella estantería del pasado. De pronto le invadió la idea de que su país continuaba anclado en 1980, de que el calendario moral de Corea del Sur se había detenido en la masacre de Gwangju, de que los métodos coercitivos empleados por los dictadores seguían siendo una opción válida para el gobierno actual y, en definitiva, de que los cambios experimentados a lo largo de los últimos treinta años tan solo afectaban a la capa más superficial de la sociedad. Así pues, y como dice otro de sus personajes, tuvo al fin conciencia de que «hay recuerdos que no cicatrizan nunca».

Han Kang podría haber elegido cualquier otro momento de la historia nacional para escribir una novela que reflejara la violencia ejercida por la administración contra su propio pueblo. Ejemplos no le faltaban: la matanza de 1960, las protestas de 1979, la marcha nacional por la paz de 1987^[74]... Todos estos levantamientos terminaron convertidos en baños de sangre, pero hoy sabemos que sus víctimas no murieron en balde. Cada manifestación, cada pancarta e incluso cada proyectil sirvieron para aislar un poco más a los militares que ostentaban el poder y las primeras elecciones realmente libres llegaron en 1993. Curiosamente, ese mismo año Han Kang publicó su ópera prima.

Empezar su carrera en paralelo con el inicio de la democracia hizo que, según ha declarado ella misma, nunca sintiera la necesidad de significarse políticamente. La suya era una generación que podía escribir sobre cualquier cosa y, tras décadas de una literatura obsesionada con la guerra civil y con la reunificación, la narrativa surcoreana se escoró hacia asuntos más estéticos, más internacionales, más intimistas, dando no obstante cierta preeminencia al tema de la intromisión del capitalismo en la vida privada de la gente. Y es en este contexto donde hay que situar *La vegetariana*, título que valió a su artífice el reconocimiento internacional no solo por la calidad del texto, sino también por la denuncia de la violencia ejercida contra la mujer y, en general, contra cualquier ser vivo.

Sin embargo, cuando la autora ya había encaminado su obra hacia la exploración de la individualidad y mientras andaba convencida de que no le

interesaban los acontecimientos de naturaleza política, el levantamiento de Gwangju resurgió en su memoria y, tras meses de investigación, se lanzó a escribir una novela que, igual que hiciera su colega Lim Chul-woo en la monumental *Días de primavera*^[75], aprovecha aquella masacre para ejemplificar el sufrimiento soportado por los surcoreanos en los tiempos de la Guerra Fría. De alguna manera, Han Kang había comprendido que, por más que se empeñen en lo contrario, los escritores nunca pueden permanecer al margen de la Historia.

La «conexión común».

Dice Angela Davis que existe una «conexión común»^[76] entre todos los oprimidos de la tierra. Los palestinos de Gaza, los afroamericanos de Ferguson, los kurdos de Irak, los albinos de Tanzania, los periodistas de Sinaloa, los gitanos de Rumanía, los homosexuales de Rusia, los indígenas de la Amazonia, los refugiados de Siria y, entre otros muchos grupos más, las mujeres de medio mundo comparten una geografía del sufrimiento que atraviesa el planeta de un modo transversal. De hecho, se puede afirmar sin miedo al error que no hay país que no reprima —o, cuando menos, controle— a algún colectivo instalado en su territorio, y aunque es verdad que algunos gobiernos lo hacen —o lo han hecho— con más crueldad que otros, no deja de ser menos cierto que la civilización continúa cimentándose sobre los cadáveres de los más débiles.

Pero no todos los pueblos se han dejado dominar de un modo pasivo y, en este sentido, *Actos humanos* debe ser leída en clave de «literatura de la rebelión». Los gritos de los hombres, mujeres y niños que murieron en Gwangju resuenan en nuestros corazones con la misma fuerza que el alarido lanzado por David antes de derribar a Goliat, que los quejidos de don Quijote retorciéndose entre las aspas de un molino o que los insultos proferidos por Lillith cuando Adán quiso tumbarse por primera vez sobre su vientre. A lo largo de los siglos, los escritores han dejado buena constancia de la resistencia ejercida por los sectores más explotados de la sociedad y cada uno de esos libros ha servido para ampliar el perímetro moral de la literatura: Émile Zola (*Germinal*) rindió homenaje a los mineros franceses que soltaron los picos y alzaron los puños; Charlotte Brontë (*Shirley*) dejó constancia de la oposición de los obreros ingleses a la Introducción de maquinaria pesada en las fábricas; Benito Pérez Galdós (*Episodios nacionales*) reconstruyó la lucha emprendida, entre otros, por los gerundenses de a pie contra el asedio napoleónico; Oscar

Zeta Acosta (*La revuelta del pueblo cucaracha*) defendió las reivindicaciones de los chicanos que aspiraban a convertirse en ciudadanos de primera categoría; Philip Roth (*Pastoral americana*) describió los disturbios raciales que alarmaron a las clases pudientes de Estados Unidos durante la década de los sesenta... Son solo algunos ejemplos de novelas que han puesto el foco de atención en las distintas revueltas surgidas aquí y allá, y que han servido para conservar el recuerdo de quienes lucharon por conseguir la libertad de la que ahora gozamos nosotros.

Uno de los personajes de Han Kang se pregunta en este libro si existe algún lugar en el que se reúnan las almas de cuantos perecieron durante el Levantamiento de Gwangju. Y desde aquí nos atrevemos a responder: sí, sí que existe ese lugar. Se llama *Actos humanos*. Y en sus páginas resuena el murmullo de millones y millones de seres humanos que, a lo largo de los siglos, han dado su vida por una causa noble.



Han Kang (Gwangju, Corea del Sur, 1970) empezó su carrera como novelista al ganar el concurso literario de primavera del diario *Seoul Shinmun* en 1994. *La vegetariana*, su primera novela traducida al inglés, ganó en 2016 el Premio Booker Internacional. Su siguiente novela, *Actos humanos*, le valió el Premio Manhae de Literatura de Corea y el Premio Malaparte en Italia en 2017. *El libro blanco* fue finalista del Booker International en 2018. La autora ha recibido también el Premio Yi Sang, el Premio Artista Joven del Año, el 25.º Premio de Novela Coreana, el Premio de Literatura Hwang Sun-won y el Premio de Literatura Dong Ri. Hasta 2018 trabajó como profesora en el departamento de Escritura Creativa del Instituto de las Artes de Seúl, y en la actualidad se dedica por completo a la escritura. Kang ha sido publicada en más de treinta idiomas. Premio Nobel de Literatura en 2024

Notas

[*] La «Masacre de Gwangju» (5.18 /) o «Levantamiento de Gwangju» () ocurrió en dicha ciudad del 18 al 27 de mayo de 1980, tras una serie de manifestaciones en contra de la dictadura de Chun Doo-hwan (). A dicha masacre también se le conoce como «18 de mayo» (5·18) o «Movimiento Democrático de Gwangju» (5·18). <<

[1] Los «Gingko» o «Ginkgo» () son un tipo de árboles milenarios, originarios de Asia Oriental. Suelen medir entre 15 a 25 m de altura y sus hojas se tornan de un intenso color amarillo en otoño. Son famosos por su longevidad — siendo considerados «fósiles vivientes»—, y por estar asociados a diversos mitos y leyendas. <<

[2] En alusión al «Antiguo edificio de la Oficina Provincial de Jeonnam» () ubicado en la calle Geumnam-ro () del distrito Dong () de la ciudad de Gwangju (). Es considerado el edificio más famoso durante los acontecimientos del «18 de mayo» (5·18). El nombre «Jeonnam» o «Chonnam» () es un diminutivo de «Jeollanam-do» (), es decir, Provincia de Jeolla del Sur, en donde se encuentra la ciudad de Gwangju. <<

[3] En alusión a la fuente (5.18) ubicada en la calle Geumnam-ro () en frente de la Oficina Provincial (). <<

[4] El «Aegukga» (애국가) o himno nacional de Corea del Sur. <<

[5] La *Hibiscus syriacus* (– «mugunghwa») es la flor nacional de Corea. <<

[6] Primer verso del coro del himno nacional de Corea del Sur: « ». <<

[7] «Ryeo» (려) en coreano, o «liàng» (亮) en chino simplificado. <<

[8] En la palabra coreana para «Alceas» o «Malvarrosas» (), los dos primeros caracteres () significan «plato» y el último () significa «flor». <<

[9] El «Arirang» () es el canto lírico tradicional más famoso de Corea. Es considerado un himno no oficial. Desde 2012, fue designado como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO. <<

[10] Una de las famosas estrofas del «Arirang»: « 가 / 가 ». <<

[11] La «Gwangju Speer Girls' High School» () es una secundaria privada para mujeres ubicada en el Distrito Nam () en Gwangju. <<

[12] La «Universidad Nacional de Chonnam» () es una famosa universidad pública ubicada en Gwangju, en la provincia de Jeolla del Sur (- Jeollanam-do). El campus de dicha universidad fue el punto de partida del levantamiento del «18 de mayo» (5·18). <<

[13] En alusión a la «Sala de Situación» o «Sala de Crisis» () ubicada en el edificio del Gobierno Provincial u Oficina Provincial de Jeolla (). <<

[14] La «Taegukgi» () o bandera nacional de Corea del Sur. <<

[15] En alusión al «Yakgwa» (), un tipo de dulce o galleta tradicional coreana hecha a base de trigo, miel, arroz, aceite de sésamo, entre otros ingredientes.
<<

[16] En alusión al «Gangjeong» (강정), un tipo de confite hecho a base de harina de arroz glutinoso, cubierto con miel y frutos secos. <<

[17] El «Jesa» () es el nombre que recibe un rito o ceremonia en honor a los ancestros. <<

[18] En idioma original, se hace alusión al «Castella» (), un tipo de bizcocho a cuyo nombre se le atribuye un origen portugués. <<

[19] O «Gimbap» (김밥), es un plato tradicional coreano, a base de arroz blanco, algas y que se suele acompañar con *kimchi* (김치). Es una variante del *sushi* (寿司) japonés. <<

[20] Antes de hacerse con el poder en agosto de 1980, Chun Doo-hwan () llevó a cabo dos Golpes de Estado: uno el 12 de diciembre de 1979 (12.12) y otro el 17 de mayo de 1980 (5.17). Tras este último, se prorrogó el estado de sitio o «ley marcial» (5.17) que ya se había decretado desde 1979. Este acontecimiento fue una de las razones de que, un día después (5.18), comenzara el «Levantamiento de Gwangju» (). <<

[21] La moxibustión () es un tipo de medicina tradicional de origen chino en la que se emplea terapia con calor. Se queman pequeñas bolas de hojas pulverizadas de la planta artemisa () colocadas sobre la piel para estimular algún punto de acupuntura del paciente. <<

^[22] También conocido como «El Cumpleaños de Buda» (𑀘𑀓𑁆𑀭) es una festividad que coincide con el octavo día del cuarto mes del calendario lunar (). <<

[23] En alusión al «sangbok» (喪복), es decir, la vestimenta tradicional de luto coreana hecha con fibra de cáñamo (苧麻). <<

[24] En alusión a los «Manjang» (), un tipo de piezas de tela rectangulares y verticales, en las que se escribe una elegía u oda fúnebre en honor a una persona difunta. <<

[25] El «kimchi» (), es un plato tradicional coreano, generalmente hecho a base de col china () fermentada y pimiento rojo (). <<

[26] «Sangmudae» () es un centro de entrenamiento militar del Ejército de la República de Corea (), ubicado en el distrito Seo () de la ciudad de Gwangju () hasta finales de 1994. Desde entonces fue trasladado al condado de Jangseong (). <<

[27] La tortura de «sujetar con una horquilla» () —en alusión al «binyeo» (), un tipo de horquilla o sujetador tradicional coreano para el pelo—, es un tipo de tortura coreana que consiste en atarle los brazos a la víctima detrás de la espalda, y luego colocarle un palo de madera (la «horquilla») entre las muñecas atadas y la parte baja de la espalda. También se ataban cuerdas alrededor del estómago y la cintura de la víctima. <<

[28] La tortura del «pollo asado» (), más conocida en otros países como «Pau de arara» o «Percha del loro», es un método de tortura en el cual la víctima es suspendida de una barra colocada sobre sus bíceps y detrás de sus rodillas, con las muñecas y los tobillos atados. <<

[29] La tortura con agua (), también se suele conocer en otros países como «submarino», «*waterboarding*» o «ahogamiento simulado», y consiste en colocar a la víctima sobre una tabla o mesa, cubrirle la cara con un paño o toalla y verter agua en boca y nariz para simular que se ahoga. <<

[30] En alusión al edificio de la YMCA en Gwangju (YMCA), en donde se solían llevar a cabo mítines de carácter democrático. Fue el principal objetivo de ataque en la madrugada del 27 de mayo de 1980, donde murió una gran cantidad de civiles. <<

[31] El «soju» () es una bebida alcohólica popular en Corea, elaborada a base de cereales, como el arroz, el trigo y la cebada. <<

[32] El «Levantamiento de Busan-Masan» () ocurrido entre el 16 y el 20 de octubre de 1979, consistió en una serie de manifestaciones en las ciudades de Busan () y Masan () en contra de la dictadura del presidente de la época, Park Chung-hee (). <<

[33] El «régimen Yushin» o «Sistema Yushin» () es el periodo en el que entró en vigor la llamada «Constitución Yushin» (), siendo Yushin () una palabra que puede interpretarse como reforma de «revitalización» o «restauración». El régimen comenzó el 17 de octubre de 1972, conociéndose a dicha fecha como «Yushin de octubre» o «Restauración de octubre» (10), bajo el poder del entonces presidente Park Chung-hee (). Park renovó la constitución para permitir su reelección, fortalecer su dictadura y concederse poderes especiales. Gobernó Corea del Sur entre 1963-1979. <<

[34] Se refiere a la violenta represión que realizó el ejército contra la insurrección popular de la isla Jeju, Corea del Sur, en 1948 (4·3); a la masacre que sufrieron los coreanos y otras minorías étnicas en manos niponas durante el Gran Terremoto de Kanto, Japón, en 1923 (); a la masacre que perpetraron los japoneses contra los habitantes de Nankín durante la Guerra Sino-japonesa entre 1937 y 1938 (南京大屠殺); y a los actos de limpieza étnica que se produjeron durante la guerra de Bosnia entre 1992 y 1995 (Rat u Bosni i Hercegovini). <<

[35] En alusión a las «Medidas de Emergencia» (), estipuladas en la «Constitución Yushin» () de 1972 bajo el «régimen Yushin» () del presidente Park Chung-hee (), que le conferían el poder de suspender temporalmente los derechos y libertad de los ciudadanos. <<

[36] En alusión a la «Rendición de Japón» () el 15 de agosto de 1945, que marcó el fin de la Ocupación Japonesa de Corea (). <<

[37] En alusión al Sindicato de Cheonggye () que se fundó el 27 de noviembre de 1970 tras la inmolación de un famoso activista por los derechos de los trabajadores de la industria textil, Jeon Tae-il (), ocurrida el 13 de noviembre del mismo año. El sindicato fue liderado por la madre del activista, Lee Sosun (), y estuvo conformado por trabajadores del «Mercado Pyeonghwa» (), considerado el principal mercado mayorista de ropa de Corea del Sur, ubicado en Cheonggyecheon (), un espacio público en Seúl por el que pasa un río del mismo nombre. <<

[38] En alusión a la «Ley de Normas Laborales» (). <<

[39] Se refiere a la represión por parte de la policía contra las protestas del Sindicato de Obreras de la Fábrica Textil Dongil () el 25 de julio de 1976, en el barrio Manseok-dong () de la ciudad de Incheon (). <<

[40] «Gisul» () en coreano, y «jìshù» (技术) en chino simplificado. <<

[41] «Innaesim» () en coreano, o «nàixīn» (耐心) en chino simplificado. <<

[42] Se refiere a la «Sociedad Misionera Obrera» (), una organización cristiana que vela por los derechos de los trabajadores desde los años 70. <<

[43] Se refiere a Kim Gyeong-sook () (1958-1979), una obrera y activista de la fábrica de pelucas YH (YH) que falleció el 11 de agosto de 1979 durante las protestas en contra del cierre de la empresa y las malas condiciones laborales, conocidas como el «incidente de la YH» (YH) y reprimidas brutalmente por la policía. <<

[44] En alusión al «Nuevo Partido Democrático» (), el principal partido político de oposición en contra de la dictadura de Park Chung-hee (). Estuvo activo entre 1967-1980. <<

[45] La Agencia Central de Inteligencia Coreana (ACIC) (), actualmente conocida como Servicio Nacional de Inteligencia (NIS) (ㄱ). <<

[46] Se refiere a la «Medida de Emergencia No. 9» (9) decretada el 13 de mayo de 1975, que tenía como objetivo frenar los movimientos de protesta estudiantil. <<

[47] El presidente Park Chung-hee () fue asesinado el 26 de octubre de 1979 por Kim Jae-gyu (), entonces director de la Agencia Central de Inteligencia Coreana (). <<

[48] Se refiere a Chun Doo-hwan () y al golpe de Estado del 12 de diciembre de 1979 (12.12). <<

[49] En alusión a la «Fábrica Textil de Jeonnam» () que desde 1961 es una de las dos fábricas en las que se dividió la antigua «Corporación Textil de Jeonnam» (). La segunda de ellas es la «Fábrica Textil de Ilshin» (). Las obreras de ambas fábricas textiles participaron en las marchas del «18 de mayo» (5·18). <<

[50] Letra de la «Hula Song» (), una canción entonada comúnmente durante las protestas a partir de los años 70, y que está inspirada en la famosa canción irlandesa *Johnny I Hardly Knew Ye* de temática antibelicista. <<

[51] Se refiere al «Movimiento Nueva Comunidad» o «Saemaul Undong» (), un movimiento de modernización agrícola creado a principio de los 70 por Park Chung-hee () y que perduró hasta su asesinato en 1979. <<

[52] Se refiere a la Estación de Gwangju (). <<

[53] Se refiere a los brazaletes o bandas para brazo que utilizan tradicionalmente los hombres en su brazo izquierdo durante los funerales coreanos. Los parientes del difunto suelen ponerse dichos brazaletes: si lo hace la persona encargada de supervisar el funeral (por ejemplo el hijo mayor del difunto), se le conoce como «Sangju» () y su brazalete lleva dos líneas negras; si se trata de otros parientes, se les conoce como «Sangje» () y su brazalete lleva una sola línea. <<

[54] Se refiere al incidente ocurrido el 1 de marzo de 1976 (3·1) tras la misa de conmemoración del «Samiljeol» () —fiesta nacional en honor al «Movimiento Primero de Marzo» ()— en la «Catedral de Myeongdong» o «Catedral de la Inmaculada Concepción» (), en donde se hizo lectura de la «Declaración de Salvación Nacional Democrática» () por parte del Nuevo Partido Democrático en contra del régimen Yushin. <<

[55] Se refiere a la «Fábrica Textil de Ilshin» (). <<

[56] En alusión al antiguo «Centro Católico» (가톨릭) que estaba ubicado en la calle Geumnam-ro () de la ciudad de Gwangju (), en donde se conservaba el archivo de los hechos ocurridos el «18 de mayo». Tras llevar funcionando 36 años desde 1976, el Centro Católico fue trasladado y en su lugar se construyó un nuevo edificio en 2015 conocido como el «Archivo del Levantamiento Democrático del 18 de mayo» (5·18). <<

[57] En alusión a la «Asociación de familiares en duelo» (5·18). <<

[58] En alusión a la «Asociación de Personas Heridas» (5.18). <<

[59] Se refiere al «Go-moku» (), un juego de mesa de estrategia en el que se busca alinear cinco piezas en un tablero de Go (围棋). <<

[60] En Corea del Sur se suele categorizar las escuelas e institutos con el sonido o letra inicial de su nombre. En este caso, aunque no queda claro a cuál secundaria se refiere la autora, puede tratarse de la «Secundaria Dongsin de Gwangju» () ubicada cerca del barrio Jungheung-dong (), la cual sufrió varias bajas durante las protestas del «18 de mayo». <<

[61] Se refiere a una «hanok» (), es decir, una vivienda tradicional coreana. <<

[62] El «Chuseok» () es la fiesta tradicional coreana de la cosecha, celebrada el 15 de agosto del calendario lunar (). <<

[63] Se refiere a la antigua sede de la «Agencia Central de Inteligencia» () ubicada en la montaña Namsan (). <<

[64] Se refiere a «Yang Hee-eun» (), una cantante muy popular en Corea del Sur en los años 70 y 80. <<

[65] Respectivamente, se refiere al «Instituto de Investigaciones del 18 de mayo de la Universidad de Chonnam» (5·18) y al «Centro cultural conmemorativo del 18 de mayo» (5·18) del distrito de Sangmu (). <<

[66] El «Cementerio de Mangwol-dong» (), que realmente está ubicado en el barrio Sugok-dong (), fue el primer cementerio donde se enterró a las víctimas del «18 de mayo». Posteriormente se construyó un nuevo cementerio en 1997, conocido como «Cementerio Nacional 18 de Mayo» (5·18), al que fueron trasladados los restos y donde permanecen a día de hoy, ubicado en el barrio Unjung-dong (). <<

[67] Se refiere a las protestas del 19 de enero de 2009 por parte de los expropiados de un edificio residencial en el distrito de Yongsan () en Seúl, en el marco de la renovación de dicho distrito. La fuerza bruta de la policía provocó el posterior incendio del edificio y la muerte de seis personas. A este episodio se le conoce como «desastre de Yongsan» (). <<

[68] En su discurso de 1957 tras recibir el Premio Nobel de Literatura, Camus se refirió al papel del escritor, diciendo que: «*Le rôle de l'écrivain ... il ne peut se mettre aujourd'hui au service de ceux qui font l'histoire: il est au service de ceux qui la subissent*». («El papel del escritor ... no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen»). <<

[69] En alusión a la frase dicha por Kim Jae-gyu (): « , ㄱㅏ » («Lo haré esta noche»). <<

[70] La «democracia estilo coreano» () fue una ideología política propuesta por el «régimen Yushin» () del dictador Park Chung-hee (). <<

[71] El crecimiento económico que experimentó Corea del Sur entre 1953 y 1996, recibe el nombre de «milagro económico» (). <<

[72] La Provincia de Jeolla del Sur (*Jeollanam-do* -) es apodada el «granero de Corea» () por la riqueza de sus tierras agrícolas. En ella se encuentra la Llanura de Naju () que, junto con la Llanura de Honam () de la Provincia de Jeolla del Norte (*Jeonbuk* -), son las principales zonas de cultivo o «graneros» de Corea del Sur. <<

[73] La «Casa Azul» () fue la residencia presidencial oficial de Corea del Sur desde 1948 hasta el 2022. <<

[74] Respectivamente: la matanza de más de 100 estudiantes universitarios por parte de la policía ocurrida en 1960 durante la «Revolución del 19 de abril» (4.19) en contra del régimen dictatorial de Syngman Rhee (); las protestas ocurridas durante el «Levantamiento de Busan-Masan» () entre el 16 y el 20 de octubre de 1979, en contra de la dictadura de Park Chung-hee (); y la Gran Marcha Nacional por la Paz () ocurrida el 26 de junio de 1987, como parte de la serie de protestas del movimiento conocido como «Levantamiento Democrático de Junio» (6) en contra del régimen dictatorial de Chun Doo-hwan (). <<

[75] La obra «Días de primavera» () del escritor Lim Chul-woo (>) es una saga de cinco libros que aún no ha sido traducida al castellano. <<

[76] Una idea que expresa la filósofa y activista norteamericana en libros como *Freedom is a Constant Struggle* (2015) y *Women, Culture, and Politics* (1989). <<

Han Kang

ACTOS HUMANOS

Traducción de Sunme Yoon

Paratextos de Mar Abad y Álvaro Colomer

**Espero que tú me guíes a partir de ahora.
Que me lleves a la claridad, a donde brilla
la luz, a donde se abren las flores.**

**El chico de cuello largo y ropa liviana
camina por el sendero entre las tumbas
cubiertas de nieve. Yo sigo sus pasos.
A diferencia de la ciudad, en este lugar
todavía no se ha derretido la nieve.
La nieve acumulada moja los dobladillos
de sus pantalones de gimnasia color celeste
y humedece sus tobillos. El chico siente
el frío y se da la vuelta. Me sonrío con los ojos.**



Lectulandia